Corso di Laurea magistrale (*ordinamento ex D.M. 270/2004*)
in Lingue e Letterature europee, americane e postcoloniali

Tesi di Laurea

Si te dicen que caí

Traducción italiana de la novela con estudio crítico-traductológico

Relatore
Prof. Patrizio Rigobon

Correlatore
Prof.ssa María Eugenia Sainz González

Laureando
Nicola D'Altri
Matricola 845657

Anno Accademico
2014 / 2015

ÍNDICE

1. Breve nota biográfica sobre el autor…….....5
2. Introducción:
   2.1. Breve introducción a la novela con su historia editorial.....7
   2.2. Aspectos clave de la traducción
      2.2.1. *Las características culturales: ¿adaptar o no adaptar*?.....9
      2.2.2. *Los modismos. ¿Cómo se traducen?.....12*
      2.2.3. *La estructura de la narración. ¿Devolver la complejidad del texto o semplificar?.....15*
3. Nota final.....*24*

Mapas.....27

Traducción de *Si te dicen que caí*

Capítulo 1.....45

Capítulo 6.....89

Capítulo 10.....124

Bibliografía.....*141*

1. Breve nota biográfica sobre el autor

Juan Marsé nació el 8 de enero de 1933 en Barcelona. Su madre murió en el parto, y fue adoptado por una pareja que subió casualmente al taxi del padre, Juan Faneca.

A los trece años tuvo que dejar la escuela y empezó a trabajar en una joyería, pues el padre había ingresado a la cárcel por militar en partidos de la izqierda catalanista. Sin embargo, ya a los catorce empezó a publicar sus escritos, en la revista Insula y en otra publicación dedicada al cine.

Su primera novela, *Encerrados con un solo juguete*, salió en 1961 por Seix Barral, y llegó finalista al Premio Biblioteca Breve de la misma editorial. En el mismo año el escritor se trasladó a Paris, donde vivió durante dos años trabajando como ayudante en el Instituto Pasteur. De vuelta a España publicó *Esta cara de la luna*, pero llegó al éxito con *Últimas tardes con Teresa* (1965), cuyo protagonista –el Pijoaparte- pertenece ahora al imaginario colectivo español. Posteriormente publicó *La oscura historia de la prima Montse* (1970) y *Si te dicen que caí* (1973), que se considera su obra maestra y es una de las novelas cumbre de la narrativa española contemporánea.

Otras de sus obras son: *Un día volveré* (1982); *Ronda del Guinardó* (1984, Premio Ciudad de Barcelona); *Teniente Bravo* (1987); *Señoras y señores* (1988); *El amante bilingüe* (1990, Premio Ateneo de Sevilla); *El embrujo de Shangai* (1993, Premio de la Crítica y Premio Europa); y *Rabos de lagartija* (2000).

En 1997 recibió el Premio Juan Rulfo. También ganó el Premio Internacional de Literatura Romance de la Unión Latina (1998), la Medalla de Oro de Barcelona al mérito cultural (2002), el Premio Extremadura a la Creación literaria de autor iberoamericano (2004) y uno de los Premios Quijote '06 de la Asociación Colegial de Escritores (ACE). El 27 de noviembre de 2008 fue galardonado con el Premio Cervantes, el más importante de las letras hispanas.

En el año 1966 se casó con Joaquina Hoyas, con la que tendrá dos hijos, Alejandro, nacido en 1968, y Berta, en 1970. Actualmente vive y escribe en Barcelona.

2. Introducción

He's a poet he's a picker he's a prophet he's a pusher
He's a pilgrim and a preacher and a problem when he's stoned
He's a walkin' contradiction partly truth and partly fiction
Taking every wrong direction on his lonely way back home.

KRIS KRISTOFFERSON (de *Taxi Driver*, Martin Scorsese, 1976)

2.1. Breve introducción a la novela con su historia editorial

Libro descomunal, definido novela pero dificil de resumir, *Si te dicen que caí* narra las andanzas de una pandilla de adolescentes en la Barcelona de los años Cuarenta; pero también de un grupo de *maquis,* los partesanos antifranquistas; y de un celador de una morgue, que recuerda todo esto. Todo en una forma que transciende la obra narrativa, pasando por la fábula hasta llegar a la narración histórica, a través de una distorsión de sus reglas, primero, y luego de su reafirmación.

Considerada la obra más importante de su autor, *Si te dicen que caí* tiene una historia editorial complicada. Su primera edición se hizo en México (México, Editorial Novaro: 1973) por haber ganado el premio México en el mismo año; pero su autor no pudo revisarla, y la novela apareció con muchos errores. Algo parecido pasó con la primera edición española (Barcelona: Seix Barral: 1976). De ahí pues, el autor decidió revisarla y *Si te dicen que caí* salió en una nueva versión en 1989. Finalmente, en 2010, Cátedra publicó, acompañada por un estudio entre las diversas versiones, una introducción crítica y una gran cantidad de notas –todo hecho por Ana Rodríguez Fischer y Marcelino Jiménez León -otra versión de la novela, que el autor considera definitiva. Sin embargo, todas las versiones de *Si te dicen que caí* están contemponeamente presentes en el mercado editorial internacional.

La primera traducción italiana de *Si te dicen que caí* salió solo en 2007. La traducción, hecha por Hado Lyria y publicada por Frassinelli, es de la versión de la novela de 1989: esto, ya de por sí imponía la necesidad de una traducción de la versión de 2010. Las muchas diferencias que hay entre las dos versiones, y el hecho de que la última constituya para el autor la definitiva, consolidan esta necesidad.

Mi decisión de escoger los capítulos 1, 6 y 10 procede, además obviamente de mi preferencia personal, también de la convicción de que estos, juntos, constituyen una óptima representación de la obra porque en ellos aparece buena parte de las posibilidades del libro. En efecto, en la complejidad de una obra en la que el concepto clásico de historia deja espacio a unos movimientos vertiginosos, estos capítulos ofrecen una mirada hacia las temáticas, los personajes, las relaciones, los ambientes, los tiempos y las posibilidades expresivas más importantes del texto. Pues aparecen Java, Ramona, Conrado, Sarnita, Ñito y la descripción de las "aventis". Aparece la ciudad, con su «viejo hedor de vagabundo piojoso, aquel tufo de miseria carcelaria que anidaba en algunos portales oscuros» (p. 132), pero también con toda su maravilla.

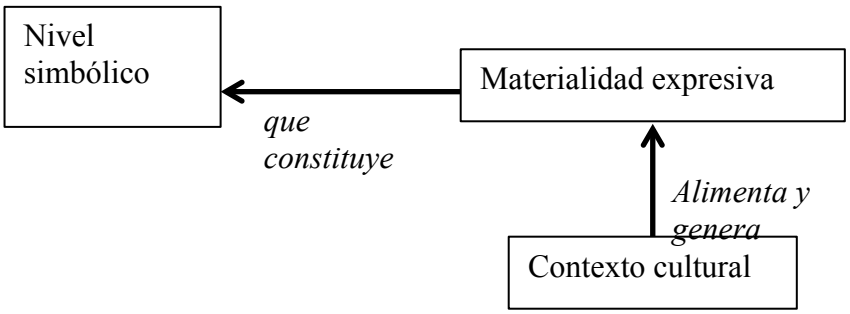
A parte de constituir la traducción de un texto bastante diferente, mi trabajo ha seguido otros criterios respecto a los utilizados por la traductora española, y a esto hay que añadir las normales diferencias que proceden de dos lecturas distintas. En concreto, Hado Lyria ha preferido trabajar, si bien de forma muy sutil y sabia, hacia una forma de adaptación lingüística de la novela: demonstración de esto es la falta, en su versión, de cualquier tipo de nota explicativa.

En este ensayo voy a explicar cuál ha sido mi experiencia de traducción, cuál mi método y cuáles mis soluciones a los problema que he encontrado durante el trabajo.

2.2. *Los aspectos clave de la traducción*

2.2.1. *Los elementos culturales: ¿adaptar o no adaptar*?

La primera dificultad está en la adaptación, en la necesidad de encontrar un camino mediano entre el vacío dejado por cierta información que le falta al público italiano, y el demasiado lleno de un texto constelado de notas.
Muchos traductores consideran las notas el fracaso de la traducción[1]; en mi opinión, depende del texto: *in primis,* de la frecuencia de las referencias culturales; pero sobretodo de cuánto estas influyan en la experiencia del texto, o sea, de su centralidad. Por lo que se refiere a *Si te dicen que caí*, a mi modo de ver, su peculiaridad se puede resumir de esta manera:



Si imaginamos *Si te dicen que caí* como una doble pantalla, el nivel simbólico está en el fondo –mientras la superficie está constituida por el contexto cultural. Por tanto, si deformamos la superficie, el fondo también resultará deformado. Si rompo las referencias culturales rompo la materialidad expresiva del texto y cierro el camino hacia el nivel simbólico y por tanto universal de la obra. Esto implica la necesidad de saber muchas cosas, pero para ello es mejor agregar a la traducción unas cuantas notas.

[1] cfr. Mounin, G. (1998).

Por tanto, en mí traducción, los nombres propios permanecen iguales en el texto en italiano. En la ocurrencia en que un nombre tenga también un significado (y en el caso en que esto no se pueda deducir del texto) he añadido una nota.
Lo mismo he hecho con los nombres de los lugares. Las calles se quedan calles y no "vie" ni "strade", así las plazas y los parques, etc. Por consecuencia el lector italiano recibirá una representación geográfica de Barcelona hecha principalmente en castellano, como es propio de *Si te dicen que caí* y de todas las demás obras de Marsé.
Las otras referencias culturales también se han quedado en la lengua de origen: las "fiestas" de Gracia se han quedado tal cual; la posible traducción en "festa" o "feste" no era correcta, y la traducción "sagra" habría significado efectuar aquel movimiento cultural que no he querido efectuar.
Lo mismo hice con todas aquellas palabras que contienen una referencia cultural especifica, en relación con la Barcelona de los años 40 que aparece en la novela: los "kabileños", los "moros", la "cheka", y sobre todo las "aventis", que a diferencia de mí, la traductora de la versión anterior ha preferido devolver con un calco en el italiano "avventi". Todos estos términos han permanecido iguales en la traducción al italiano, y he preferido añadir una nota al texto con una explicación sintética de lo que indican. Para hacer esto, han sido muy útiles las notas de Ana Rodríguez Fischer presentes en la última edición de la novela (Cátedra: 2010).
Sin embargo, los niveles culturales en los que se mueve el texto son varios, a causa de su procedencia pero también de sus particulares características: esta es una novela sobre la memoria, pues está constituida por una gran cantidad de referencias a un tiempo que ya ha pasado. Además, es muy limitado el espacio entre las referencias reales y las ficticias, hasta el punto que resulta dificil trabajar hacia una abertura del significado para un público no hispanohablante. Las opciones serían o evitar el problema y dejarlo todo en la pura, ipotética obscuridad; o, al revés, apuntarlo todo. Como siempre, he decidido intentar emprender un camino mediano. Sabrá el lector que cuándo encuentre una referencia cultural sin nota, es porque: o se puede intuir del texto qué es lo de que se está hablando; o porque no hace falta saberlo para seguir la lectura. En efecto,

un texto es una supeficie cultural, y si se quiere mantener intacta esta superficie hay que resignarse al hecho que ciertos detalles se quedarán oscuros.

Los lugares, de por sí, son unos elementos culturales, y son evidentemente intraducibles. Queda por tanto un vacío. La posibilidad de llenarlo está constituída por la oportunidad de ver la novela como un espacio a tres dimensiones, y entonces, del uso de los mapas. De todas formas, hay que ser bien conscientes del vacío representado por los lugares desconocidos.

En definitiva, por lo que se refiere a los elementos culturales, hay que tomar unas decisiones y llevarlas al cabo, para darle al texto una coherencia y una intuitividad generales.

2.2.2. *Los modismos. ¿Cómo se traducen?*

En general, tanto en los diálogos como en la pura narración, la lengua de Marsé es muy rica en registros y superposiciones.

Antetodo es muy rica en catalanismos: "camándula", que he traducido como "mentecatto"; "mastresa" = "signora"; "trinxes" = "teppisti"; "esquífido" = "pappamolla"; "destrempadora"= sconvolgente; "ganàpias"=canaglia, "fer llufa"= fare cilecca; "cucs"=vermi; "estripar"=strappare; "hacer las faenas"=fare le faccende; "tifa"=cagata, "meuca"=troia.

Sin embargo, la lengua fluye de manera uniforme, y no hay en ningún momento una referencia a unos estereotipos de tipo social o cultural. Por tanto, me ha parecido más honesto reflejar esta uniformidad, buscando un significado adecuado para cada palabra sin intentar devolver al lector las superposiciones lingüísticas que esta padece. Esto habría significado intentar establecer una adeherencia entre las dialécticas culturales de la novela y otras, posibles, presentes en la cultura italiana. Se pierde algo, es indudable, pero el resultado me parece más adecuado.

Por lo que se refiere a los registros, en general, he intentado encontrar un compromiso entre una traducción estrictamente atada al significado y otra que se mueve libremente buscando solo comunicar el sentido. Sin embargo, coherentemente con el criterio de no-adaptación lingüistica del que he hablado antes, hay que tener mucho cuidado con este segundo movimiento, porque en italiano, justamente, los modismos son a menudo: o expresiones de las lenguas regionales y de los dialectos, o del lenguaje del doblaje de las películas estadounidenses. La literatura también tiene sus expresiones: queda por tanto un espacio muy reducido, y éste, a mi modo de ver, es el único espacio posible en el que moverse.

Cada fragmento está animado por una intención que se tiene que saborear, y habitar pues durante la traducción. Esta intención dictará la posible traducción de cada uno de ellos. De hecho, las palabras no constituyen una superficie rigida,

sino que son una materia liquida cuyo sentido se debe buscar cada vez con parámetros distintos. El trabajo de traducción impone seguir los movimientos de esta materia, y, por tanto, no buscar una rigidez inalcanzable.

Ejemplos clave de esta cuestión son los términos que se denominan "modismos", o sea, aquellas palabras o frases que acompañan una acción o una intención y no indican simplemente un objeto o una cualidad. En esos términos, por tanto, domina el sentido y no el significado directo. Veamos, por ejemplo, este fragmento:

> -Hola, hijo. Qué.
>
> -No puedo –dijo él-. Me gustaría seguir haciendolo, han sido ustedes muy buenos conmigo y con la abuela, pero no puedo.
>
> -Piénsalo bien, no seas tonto.
>
> -Hay muchos tísicos, mastresa.
>
> -Precisamente. En aquella casa siempre se pesca algo, ya sabes. Mira yo –dejó que asomara entre las solapas el pico tostado del pan -: Quieres un aumento, quieres que se lo diga?
>
> -No es solo eso. Es que no puedo, tan seguido, me se pone una flojera en las piernas que me caigo. Rediós, que no puedo!
>
> -Anda ya. No seas comediante.
>
> -Ella nunca es la misma, y cada vez tengo que enseñarlas lo que hay que hacer. -Es muy pesado, en serio, me estoy quedando tísico…
>
> -Está bien –dijo la gorda -. Te pagarán más, yo me encargo.
>
> (pp 110-111)

Las palabras no se limitan a proporcionar una información, sino que describen la relación entre la "mastresa" y Java: comprendida esta relación, el texto brotará en la lengua de destinación siguiendo las dinámicas expresivas propias de esta:

-Ciao, tesoro. Allora?
-Non posso –disse lui-. Mi piacerebbe continuare, siete stati molto buoni con me e con la nonna, ma non posso.
-Pensaci bene, non essere sciocco.
-Ci sono molti tisici, signora.
-Appunto. In quella casa si raccimola sempre qualcosa, lo sai. Guarda –fece spuntare dai risvolti la punta tostata del pane-. Vuoi un aumento, vuoi che glielo dica?
-Non è solo questo. È che non ci riesco, così di frequente, le gambe mi diventano
così molli che a momenti cado. Non ce la faccio, accidenti!
-Andiamo. Non fare l'attore.
-Lei non è mai la stessa, e ogni volta mi tocca spiegare quello che bisogna fare. È molto stressante, sul serio, mi sto prendendo la tisi…
-Va bene –disse la cicciona -. Ti pagheranno di più, ci penso io.

(p. 49)

La novela impone la necesidad no solo de traducir el contenido, sino de devolver el tono del discurso. En efecto, la novela se basa en su gran cantidad de registros y el tono discursivo tiene mucha relevancia, pues proporciona a la novela su gran viveza espresiva.
En definitiva, no existe una sola traducción para cada término, y más allá de la coherencia lexical, lo que impone la traducción es la uniformidad.

2.2.3. *La estructura de la narración. ¿Devolver la complejidad del texto o simplificar?*

De forma más geométrica ha sido necesario trabajar en los pasajes descriptivos y narrativos. Encontrar las coordinatas del sentido, abstraerlas y luego devolverlas en la lengua de destinación. A veces es necesario sacrificar algo, otras veces hay que añadir:

> Calles sin pavimentar, tapias erizadas de vidrios rotos y aceras desparrunzadas donde crecía la hierba, eso era el barrio.
>
> (p. 109)

La riqueza semántica del término "erizadas" no se puede devolver en italiano. Sin embargo, ese vocablo no hace otra cosa que moltiplicar la visión semántica de "los vidrios rotos":

> Strade sterrate, mura di cinta ricoperte di vetri rotti e marciapiedi sventrati dove cresceva l'erba, questo era il quartiere.

En general, por lo que se refiere a la narración, no veo particular importancia en el análisis de las rupturas narrativas –de un tiempo a otro y de un espacio a otro- como ocurre en muchos momentos de la novela, ya que para hacerlo deberíamos estar frente a un texto que se entrega con toda confianza a las estructuras narrativas clásicas, y de éstas se hace proteger. Pero no es así. Más adapto a esta obra, creo, es intentar de-semantizar, des-narrar el texto para llamar a la atención

aquellos fenómenos que están sí atados al contenido –a las historias y a las voces- pero que trabajan en el lector de forma sutil generando en él la percepción de uniformidad.

La narración puede verificarse tanto a través de una voz externa, como a través del relato de uno o más personajes. El problema es que nunca la narración deja de mostrar o evocar su arbitrariedad, o sea que cualquier cuento viene:

1. Por parte de una persona, pues no puede haber un relato "objetivo", y entonces:
2. Cualquier cuento es de por sí una operación mentirosa.

La acción narrativa es siempre, en definitiva, también metanarración. La técnica clásica no es autómatica, como un instrumento, sino que choca con la heterogeneidad del texto hasta constituir otra opción expresiva. En el fondo, siempre, queda un poco de ironía. El movimiento se desarrolla así a través de la palabra; por tanto sí hay acción pero es una acción que se queda en el nivel expresivo-semántico y no en el nivel narrativo. De hecho, los pasajes narrativos y descriptivos son los que más muestran las posibilidades poéticas de Marsé.

La visión es su primer elemento característico. Esto se puede notar antetodo en el nivel semántico: es muy frecuente el uso del verbo "ver" como medio descriptivo. Es decir que las escenas aparecen a menudo a través de los ojos de uno de los personajes. Pero incluso más sutilmente, es justamente de la vista como sentido fundamental y de la visión como acción que precede la concreción objetiva del texto; la raridad del concepto frente a la densidad del objeto, tanto en sentido cualitativo como cuantitativo.

Desde luego, tratándose de una lengua que no relata ni representa, sino que rafigura, el texto no puede hacer otra cosa que moverse a través de una serie de "presentes", de imágenes, pirdiendo narratividad, es decir, esa consecuencialidad lógica que es el fundamento de todo relato. Aquí domina la imagen, la figura, que aunque esté bien anclada a un cronotopo socio-cultural da la posibilidad de abrir unos rasgones hacia el exterior, y ofrecer así una visiones de un lugar que en realidad todavía "nunca ha cambiado".

En general, por tanto el tejido expresivo de la novela se mueve a través de apariciones. Se trata, antetodo, de un rasgo estilístico. A menudo el autor se mueve dentro de los ambientes y evoca los objetos, con un tono sacral o épico que eleva primero ciertas características, para atribuirlas luego a su proprio posesor. A través de esta técnica, el autor juega deliberadamente con la imaginación sugestiva del lector, creando y confirmando o rompiendo expectativas. Como en este pasaje:

> [Java] Se metió en la cocina y estuvo lavando bajo el grifo un condón usado que luego infló con la boca para ver si tenía agujeros. *Agachada junto a la pared de ladrillo rojo, sin encalar, casi oculta por rimeros de amarillentos periódicos y viejos semanarios llenos de polvo, la abuela recogía del suelo un plato de hojalata con su cuchara.*
>
> (p. 108; cursiva mía)

La abuela de Java se configura como un personaje épico, dentro del espacio de una visión evidentemente recreada a través del recuerdo.
Entre todas estas dinámicas, destaca –en relación con la traducción -la elípsis frecuente del verbo de tipo "decir" en los diálogos, tanto directos como indirectos. El autor se limita a poner en el gerundio las acciones que ocurren entre una y otra intervención de los personajes, o más simplemente aún, construyendo así un texto constelado de frases nominales:

> Esa noche, cuando Sarnita llegó al vestuario, la Fueguiña ya estaba preparada de Virgen, sentada muy rígida en una silla. Los cabellos sueltos, los pies denusdos y juntos, la túnica blanca y el manto azul, y debajo nada, se le notaba. Habían encendido candelabros y los repartían

estratégicamente. Java apagó la luz del techo y puso dos candelabros en el suelo, uno a cada lado de la Fueguiña, que no parecía tener miedo, nunca se quejaba. Solo dijo: ¿aquí, por qué aquí?, mejor en el escenario.

-Primero ensayaremos un rato aquí –dijo Java-. Figura que te llamas Aurora.

-Me habías dicho que ensayaríamos tu y yo solos… -Y recelando de los demás, mirando los preparativos, la caja de cerillas en las guarras manos de Amén: ¿Ellos también tienen un papel?

-Hoy no vamos a ensayas Los Pastorcillos –dijo Java corrigiendo la posición de los candelabros-. Es una función nueva que se ha inventado Sarnita. Verás, queremos darle una sorpresa al señorito Conrado. ¿Has entendido, niña? Función nueva.

-¿Cómo se titula?

-Aurora, la otra hija de Fu-Manchú –dijo Sarnita.

-Seguro que al director le gustará mucho –dijo Java-. Primero dame las manos, déjate, no tengas miedo.

-Y todo el rato así, amarrada?

-No. –Sarnita suavecito como un guante, acercándose con la cuerda al hombro -,todo el rato no. Depende de tí, chavala.

(p. 242; cursiva mía).

Aunque en el castellano coloquial esta forma suene algo más "posible" que en italiano, no es sin embargo una forma correcta desde el punto de vista gramatical. Haciendo esto, la forma narrativa clásica –narrador externo, pasado indefinido- sin dejar de "remandar" en el lector a su clasicidad, padece una aceleración y resulta más dinámica.

Así, entre la posibilidad de simplificar, tal vez ampliando el texto o cambiando la estructura para que quedara más claro, y la de dejar del todo la ambigüedad arriesgando un resultado demasiado complejo, he escogido la segunda.

Quella notte, quando Sarnita arrivò al camerino, Fueguiña era già pronta da Vergine, seduta molto rigida su una sedia. I capelli sciolti, i piedi nudi e uniti, la tunica bianca, la mantella blu, e sotto niente, si notava. Avevano acceso dei candelabri e li distribuivano strategicamente. Java spense la luce del tetto e ne mise due a terra, uno a ciascun lato della Fueguiña, che sembrava non avesse paura,non si lamentava mai. Disse solo: Qui? Perché qui? Meglio sulla scena.

-Prima proveremo un po' qui –disse Java-. Fingi di chiamarti Aurora.

-Mi avevi detto che avremmo provato io e te da soli…- e diffidando degli altri, guardando i preparativi, la scatola di fiammiferi fra le sudicie mani di Amén-: Anche loro hanno una parte?

-Oggi non proveremo I Pastorelli -disse Java, correggendo la posizione dei candelabri-. È una funzione nuova che ha inventato Sarnita. Vedrai, vogliamo fare una sorpresa al signorino Conrado. Hai capito, piccola? Nuova funzione.

-Come si intitola?

-Aurora, l'altra figlia di Fu-Manchù –disse Sarnita.

-Al regista piacerà di sicuro –disse Java-. Prima dammi le mani, lasciami fare, non avere paura.

-E tutto il tempo così, legata?

-No. –Sarnita dolce come un guanto, avvicinandosi con la corda alla schiena -,tutto il tempo no. Dipende da te, ragazzina.

La puntuación también crea a menudo problemas durante la lectura. Ya en el primer párrafo:

> Cuenta que al levantar el borde de la sábana que cubría el rostro del ahogado, en la cenagosa profundidad de pantano de sus ojos abiertos revivió un barrio de solares ruinosos y tronchados geranios cruzado de punta a punta por silbidos de afilador; un remoto espejismo traspasado por el aullido azul de la verdad.

El punto y coma no respeta las reglas clásicas. Y a menudo las frases son muy largas:

> Pero recordará que alrededor de la cripta de la que había de ser nueva iglesia, solo había los pozos y covachas que años después cobijarían los solidos cimientos, los fundamentos de la futura gran Parroquia, porque la República o la guerra interrumpió las obras, de modo que la pequeña y primitiva capilla, chamuscada por el incendio y acribillada de balas, aún servía para el culto a pesar del boquete en el techo, del frío y de la humedad y la poca gente que cabía, pues incluso, acuérdese, cuando la misa del gallo en Nochebuena usted tenía que dirigir el coro de niños en la misma puerta.

Alguna vez he tomado en consideración la oportunidad de recortar las frases, para que quedaran más fluídas. Pero luego, de vuelta al texto, he decidido volver a llevarlo a su forma original:

> Racconta che alzando l'orlo del lenzuolo che copriva il volto dell'annegato, nella fangosa profondità di pantano dei suoi occhi aperti rivisse un quartiere di cortili in rovina e gerani sbriciolati attraversato da un estremo all'altro da

> fischi di arrotino; un miraggio remoto trapassato dall'ululato blu della verità.

Y:

> Ma ricorderà che intorno alla cripta che sarebbe diventata la nuova chiesa, c'erano soltanto i pozzi e le grotte che anni dopo avrebbero accolto le solide fondamenta, le basi per la futura Grande Parrocchia, perché la Repubblica o la guerra interruppero i lavori, e la piccola e primitiva cappella, sbruciacchiata dall'incendio e crivellata di pallottole, era ancora in uso per il culto nonostante la crepa sul tetto, il freddo e l'umidità e nonostante ci entrasse così poca gente, addirittura, ricorda, quando dovette dirigere il coro dalla porta stessa.

El caos es en efecto la característica de esta novela y simplificar, clasicizar. significaría deformarla.

La puntuación reproduce la intermitencia de los discursos y de las voces que componen el texto. El mismo ritmo es a menudo el resultado de estas intermitencias, y no desaparece ni dentro de las descripciones, donde el texto parece remandar a un interlocutor interactuando con sus expectativas:

> El montón de basuras en la esquina Camelias y Secretario Coloma parecía más alto y repleto de sabrosas sorpresas, pero era que el nivel del arroyo, después de la última venida de aguas, había bajado. No era un zapato viejo lo que asomaba entre el fango, sino una rata envenenada. Todavía el cielo

> rafiguraba una gran telaraña gris. Pasó la tormenta, pero quedaba una llovizna tenebrosa, una cortina interminable y enmarañada que borraba las fachadas leprosas, portales y ventanas que aun sostenían trozos de vidrio y listones carbonizados.

La dificultad es fruto así de la complejidad del texto, que pone frente, además de la posibilidad de simplificar, la problemática de su mismo sentido.
Sin embargo, es justamente gracias a esta extrema complejidad que se puede transmitir el sentido de uniformidad del texto: una uniformidad que va mucho más allá de las clásicas categorías del texto literario, que es generada por elementos sutiles –por una vigilancia, una mirada desde lo alto, que se eleva sobre todas las elecciones expresivas y las observa, que es expresada gracias a una multiplicación de las formas incluso gráficas de la escritura literaria:

> -¿Tampoco tú tienes padre? –dijo Java.
> Juanita se encogió de hombros, los labios prietos.
> -Como todas las de la Casa –gruñó contrariada, escupiendo las palabras-. Los nacionales lo fusilaron, por si te interesa. *Bueno, que más quieres, presumido. Para qué me quieres.* Martín me ha dicho que es por las municiones…¿O no es por eso?
> (p. 147, cursiva mía)

La voz narrante se mueve entre la dimensión espacio-temporal de lo que está describiendo y otros tiempos y espacios; y de la escena narrada al proceso mismo de narrarla. Es por eso que es necesario dejar la complejidad incluso en italiano, porque dentro de esa alternancia se abre la dimensión más expresiva de *Si te dicen que caí*:

-Neanche tu hai il padre? –disse Java.

Juanita fece spallucce, le labbra premute.

-Come tutte quelle della Casa –grugnì contrariata, sputando le parole-. I nazionalisti lo hanno fucilato, nel caso ti interessi. Insomma, cos'altro vuoi sapere, presuntuoso. A cosa ti servo. Martín mi ha detto che è per le munizioni…O non è per questo?

3. *Nota final*

La colina de las Tres Cruces, citada en la primera página de la novela, es decir, La Montaña Pelada o Monte Carmelo, es la colina de en medio de las tres que constituyen ahora el Parque de los Tres Cerros. Tanto en ella como en el cerro de la Rovira, la colina más al norte de las tres, que se eleva sobre el barrio Guinardó, hubo hasta los años '70-'80 un poblado de barracas habitado principalmente por inmigrantes del Sur de España.

El habla de los kabileños de *Si te dicen que caí* reproduce fielmente el de la zona, que es el fruto de la mezcla cultural que tuvo lugar entre las barracas y sus alrededores.

He querido añadir al texto un capítulo visual, para permitir al lector orientarse dentro de la novela no solo a través de las palabras, sino también a través de la mirada. Lejos de constituir éstos un instrumento riguroso, los mapas manifiestan una intención hermenéutica clara, o sea: la posibilidad de ver el texto literario como un guia para moverse en lugares desconoscidos, y por tanto el deseo de añadir un elemento más a esa posible visión. La geografía no es solo una ciencia, sino una convicción.

La decisión de incluir unas fotografías procede básicamente de la fascinación que producen, y de su poder sugestivo. Por el resto, espero que la lectura sea de interesante y clara tanto como de dificil ha sido mí traducción.

Mapas

Fuente: Institut Cartográfic de Catalunya (www.icc.cat)

D Barcelona con Garraf

D Barcelona grande

3) Barrios que aparecen en "Si te dicen que caí"

Ciutat Vella

1 el Raval
2 el Gòtic
3 la Barceloneta
4 Sant Pere, Santa Caterina i la Ribera

L'Eixample

5 el Fort Pienc
6 la Sagrada Família
7 la Dreta de l'Eixample
8 Antiga Esquerra de l'Eixample
9 Nova Esquerra de l'Eixample
10 Sant Antoni

Sants-Montjuic

11 el Poble Sec
12 la Marina del Prat Vermell
13 la Marina de Port
14 la Font de la Guatlla
15 Hostafrancs
16 la Bordeta
17 Sants-Badal
18 Sants
PM Parc de Montjuïc
FP Zona Franca-Port

Les Corts

19 les Corts
20 la Maternitat i Sant Ramon
21 Pedralbes

Sarrià - Sant Gervasi

22 Vallvidrera,Tibidabo i les Planes
23 Sarrià
24 les Tres Torres
25 Sant Gervasi-Bonanova
26 Sant Gervasi-Galvany
27 el Putget i Farró

Gràcia

28 Vallcarca i els Penitents
29 el Coll
30 la Salut
31 Vila de Gràcia
32 el Camp d'en Grassot i Gràcia Nova

Horta - Guinardó

33 Baix Guinardó
34 Can Baró
35 el Guinardó
36 la Font d'en Fargues
37 el Carmel
38 la Teixonera
39 Sant Genís dels Agudells
40 Montbau
41 la Vall d'Hebron
42 la Clota
43 Horta

Nou Barris

44 Vilapicina-Torre Llobeta
45 Porta
46 el Turó de la Peira
47 Can Peguera
48 la Guineueta
49 Canyelles
50 les Roquetes
51 Verdun
52 la Prosperitat
53 la Trinitat Nova
54 Torre Baró
55 Ciutat Meridiana
56 Vallbona

Sant Andreu

57 la Trinitat Vella
58 Baró de Viver
59 el Bon Pastor
60 Sant Andreu
61 la Sagrera
62 el Congrés i els Indians
63 Navas

Sant Martí

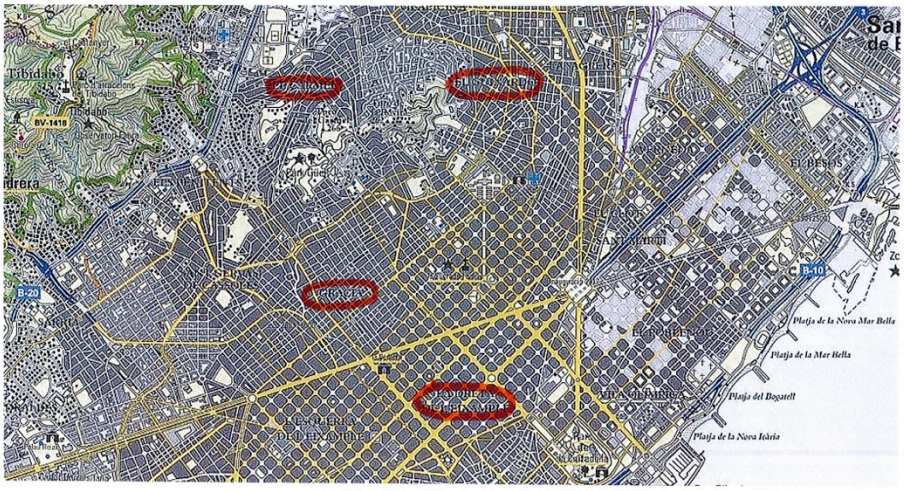
64 el Camp de l'Arpa del Clot
65 el Clot
66 el Parc i la Llacuna del Poblenou
67 la Vila Olímpica del Poblenou
68 el Poblenou
69 Diagonal Mar i el Front Marítim del Poblenou
70 el Besòs i el Maresme
71 Provençals del Poblenou
72 Sant Martí de Provençals
73 la Verneda i la Pau

Gracia { La Salud
Vila de Gracia

Horta-Guinardó { El Guinardó
El Carmelo

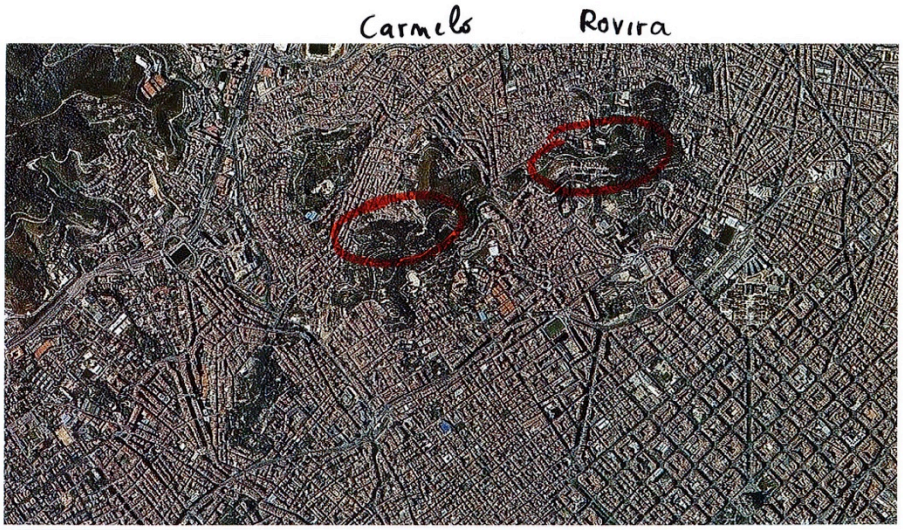
El Ensanche { La Derecha del Ensanche

4) Barcelona grande con ubicación de los nombres



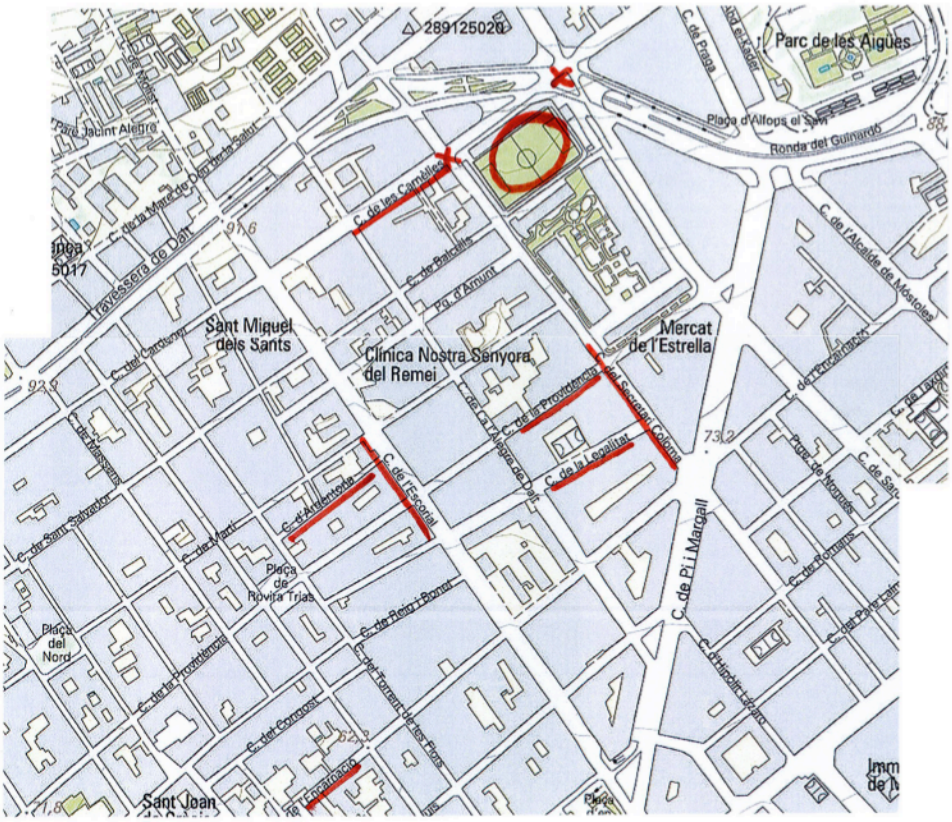
zona de desarrollo de la novela.

5) Parque de los tres cerros.
Carmelo y Rovira

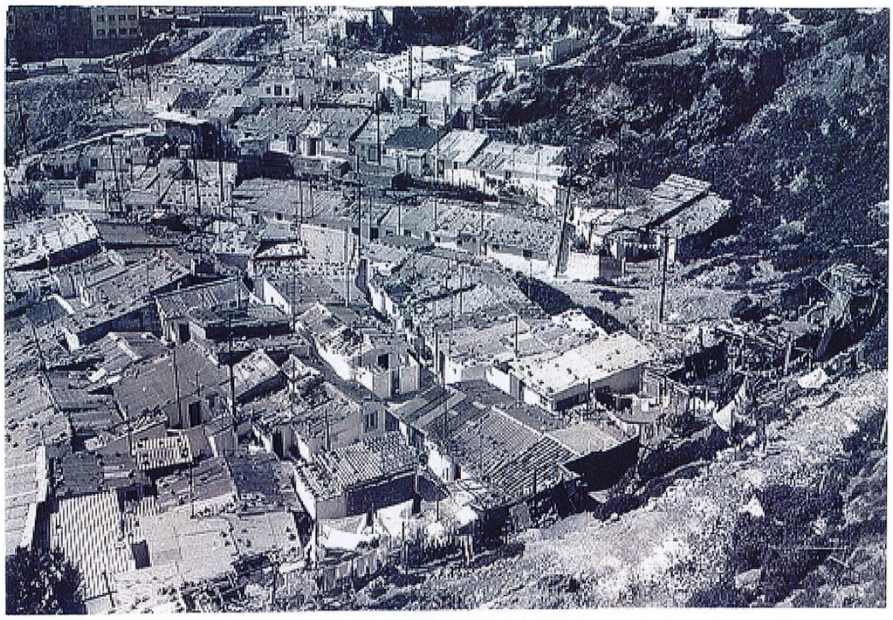


6) Parque de los Tres Cerros. Vista actual

7) Zona de desarrollo de la novela Vila de Gracia y Guinardó.



8) Otra zona de desarrollo de la novela
La Derecha del Ensanche



9,10 Fotos de la barracas del Carmelo.
vista general ; calle con arroyo

Calle de las barracas de Francisco Alegre (El Hoyo), Barcelona, hacia 1974. Mariano Velasco. Archivo del Patronato Municipal de la Vivienda de Barcelona

Si te dicen que caí[2]

[2] Il titolo del romanzo è un verso di *Cara al sol,* l'inno della Falange Franchista. Ha qui un senso chiaramente ironico.

1

Racconta che alzando l'orlo del lenzuolo che copriva il volto dell'annegato, nella fangosa profondità di pantano dei suoi occhi aperti rivisse un quartiere di cortili in rovina e gerani sbriciolati attraversato da un estremo all'altro da fischi di arrotino; un miraggio remoto trapassato dall'ululato blu della verità. E che nonostante le eleganti tempie argentate, la pelle abbronzata e i denti d'oro che ancora sfoggiava il cadavere, lo riconobbe; erano stati tutti miraggi, a quel tempo e in quelle strade, compreso questo straccivendolo che dopo trent'anni aveva raggiunto la sua corruzione finale mascherato da dignità e denaro.

-Qui dice acqua ossigenata, ma è sbagliato -mormorò Suor Paulina. Scrisse con attenzione sull'adesivo attaccato alla boccetta, impugnando saldamente la matita rossa, e, muovendo appena le labbra, sillabò ciò che annotava-: Per iniezioni.

Il custode capì male e questo lo spinse a continuare: -Il quartiere era fuori di testa, sí, può dirlo forte[3]– evocando una remota scenografia in cartongesso, un labirinto di vie ripide e strette, nubi veloci che coprono la collina delle Tres Cruces, piccole terrazze dove si rintanava la musica della radio e facciate a pezzi con le loro finestre come orbite vuote trafitte da uccelli, fumo nero e sogni svaniti.

Il colossale Drago Verde della scalinata del Parque Güell sputa acqua avvelenata, bimba, non bere. I peli verdi che escono dall'orecchio del Capitán Blay[4] non sono peli, è un cespuglio di lenticchia che un giorno gli si è infilato nell'orecchio e è germogliato, quell'orecchio è terreno fertile, ciccio, il capitano non si lava mai.

Il comportamento di un cadavere in mare è imprevedibile. Nel vedersi riconosciuto, l'annegato voltò sdegnosamente la testa verso il fondo torbido e i

---

[3] Questo passaggio si regge sull'ambiguità del termine "pera", che può indicare, come nell'italiano gergale, iniezione o siringa, mentre l'espressione "ser la pera" significa qualcosa come "essere fuori di testa".

[4] Personaggio molto comune nell'opera di Marsé, il suo nome proviene dalla pronuncia scorretta del nome Blight, personaggio interpretato da Charles Laughton in *La tragedia di Bounty* (1935) di Frank Lloyd.

suoi capelli ondeggiarono intrecciandosi alle alghe: non bere acqua o morirai marcio come me, Ñito, dice che gli disse.

-E io che cosa gli rispondo? Acqua?! Non ci penso neanche!

-Come sei, Ñito. – Si lamenta la suora-. Sembra una bugia.

-Scherzo, Sorella. Il morto era un amico. Lo giuro su mia madre.

E che a sua madre, vedova e con il ventre sempre più piatto di un'asse da stiro, la chiamavano proprio la «Preñada»[5], e ricorda: quelle vicine con la lingua lunga e bigodini ai capelli, malate d'irrealtà e di rossi geloni, che trascinavano bacinelle d'acqua dalla fontana infestata di vespe e dicerie; quella battaglia di infamie contro sua madre un pomeriggio d'inverno in cui sentì una bolla di luce rompersi bruscamente nel suo cervello e disse: ora sono grande, sono memoria e d'ora in avanti non la passerete liscia, streghe.

Tuttavia, ancora per molto tempo le apparenze avrebbero giustificato il soprannome della madre e lo stupore del figlio, che ogni notte, nel letto di lei, si svegliava di colpo per trovarsela vestita da vecchia e perfettamente incinta, una grande pancia appuntita e in lutto che avanzava in mezzo alla penombra della stanza, e sua madre dietro la pancia fradicia di sudore, in equilibrio come una bambola sulle gambe aperte. Si ferma, afferra le sbarre del letto e si abbandona a un profondo sospiro. Sconvolto, strofinandosi gli occhi, il ragazzo non sapeva se stava uscendo da un sogno o se ci era appena tornato; era l'ora in cui sorge il sole e la fame gli scalciava nello stomaco e lo portava a sedersi sul letto, e allora tutto gli era rivelato dalla luce, sempre più intensa, che s'infilava fra le persiane: quel pistolero colpito che cadeva come per allacciarsi una scarpa, sulla cui fronte scivola un cappello a tese piegate, ritornava ad essere la vecchia giacca del padre appesa alla sedia; quello scoppio di granata, quella fiammata rossa senza urto che sputava vetro e legno scheggiato, era il sole che passava fra le assi della finestra lurida; e il Mauser appeso alla parete, una macchia di umidità. Ma sua madre, che si reggeva con disperazione alla base del letto e gemeva per il dolore, persisteva in quella condizione misteriosa di vedova incinta e lui le guardava il ventre gonfio e pensava ecco, adesso partorisce a gambe aperte qui sulle mattonelle e io cosa

[5] Come forse è intuibile dal testo, "Preñada" significa "incinta".

faccio. Vide che si arrotolava la sottana del lutto, consumata dallo sforzo e dall'angoscia, e una massa, che lei fece appena in tempo a afferrare, cadde dolcemente fra le sue gambe. Dalle sue cosce bianche scorrevano fino a terra spessi fili di sangue e le sue dita erano come pesci rossi affilati. Traspirando un sudore di morte, una fatica infinita, si adagiò nel letto a fianco a lui, avvolgendolo in un intenso odore di legumi secchi e coperte da viaggio, di vagoni di treno marciti su binari morti.

Il secondo episodio che gli fece strofinare gli occhi ebbe luogo alcune ore dopo nella bottega di Java. Luis e Martín lo stavano aspettando, seduti sul marciapiede, e gli altri arrivarono man mano. Entrando nella bottega sbattè il muso contro una montagna di uccellini di carta che arrivava al soffitto, e lanciò un fischio di ammirazione. Poi si buttò a terra e fu sommerso dalla montagna.

Non aveva mai visto tanti uccellini tutti insieme e di tante misure diverse. Notò che la maggior parte erano fatti con pagine strappate da vecchie riviste repubblicane che la nonna di Java non si decideva a buttare, che conservava impilate in fondo alla bottega. L'inverno scorso, in giorni piovosi e tetri come questo, il Tetas e Amén si ammazzavano di seghe sfogliando la rivista *Crónica*[6], che era piena di coriste nude e bagnanti in costume, annunci con seni appuntiti e duri e viziose cabarettiste morfinomani che si infilavano la siringa nella coscia da sotto il tavolo. Che peccato, commentò Sarnita, ma che grande idea per venderle, ciccio: così nessuno vedrà che sono riviste proibite e veneree, si o no? Tua nonna la sa lunga, Java, che razza di pazienza a fabbricare uccellini.

Ma Java disse di no, improvvisamente irritato e senza degnarsi di guardarlo, non mi venire a raccontare storie così presto la mattina, gli uccellini li ho comprati da un paralitico in un appartamento dell'Ensanche, e aggiunse:

-Tu sempre a raccontare *aventis*[7], Sarnita, diventerai scemo.

Andò in cucina e lavò sotto il rubinetto un preservativo usato che poi gonfiò con la bocca per vedere se era bucato. Chinata a fianco alla parete di mattoni rossi senza intonaco, quasi nascosta fra mucchi di giornali ingialliti e vecchi settimanali

---

[6] Popolare rivista settimanale pubblicata a Madrid fra il 1929 e il 1936.
[7] Distorsione della parola "aventura", cioè "avventura". "Aventis" è la sua forma plurale.

pieni di polvere, la nonna stava raccogliendo da terra un piatto di latta con il suo cucchiaio. Lì in giro c'era sempre qualche piatto con resti di zuppa che si ricopriva immediatamente di muffa: per il gatto, diceva di solito Java, come preso in fallo. Ma non c'era nessun gatto nella bottega, e quasi da nessuna parte; in tutto il quartiere non ce n'era più di una mezza dozzina, secondo l'ultimo conteggio del vecchio Mianet. Vedere lì un gatto sarebbe stato più strano che vedere un preservativo usato.

-Fra l'altro –disse Sarnita-, i gatti non mangiano con il cucchiaio.

-Storie della nonna –disse Java, sbrogliando un ammasso di corde-. Vai, che ho molto da fare. Sei sordo? Non senti che ti chiamano dalla strada?

-Adesso vado. Ma tutto questo è molto strano.

Se riunì al gruppo seduto sul marciapiede e rapidamente gli fecero spazio, alcuni si strofinavano le mani dall'impazienza: racconta, Sarnita. Continuiamo con l'*aventi* di ieri o ne inventiamo un'altra? Continua: la ragazza sapeva troppo, correva pericolo. Una cresta d'erba spunta dal marciapiede davanti alla patta aperta di Luis. Strade sterrate, mura di cinta ricoperte di vetri rotti e marciapiedi sventrati dove cresceva l'erba, questo era il quartiere. La montagna di spazzatura all'angolo fra calle Camelias e Secretario Coloma sembrava più alta e gonfia di invitanti sorprese, in realtà il livello del torrente, dopo l'ultimo passaggio delle acque, si era abbassato. Non era una scarpa vecchia che spuntava dal fango, ma un topo avvelenato. Il cielo raffigurava ancora una grande ragnatela grigia. La tormenta era passata, ma restava una pioggierella tenebrosa, una cortina interminabile e intricata che cancellava le facciate lebbrose, i portoni e le finestre che ancora reggevano cocci di vetro e listelli carbonizzati. Racconta, Sarnita, racconta.

A partire da ora, ragazzi, il pericolo incombe da ogni fianco e da nessuno, la minaccia sarà costante e invisible, ogni giorno è una trappola. Lontano, molto lontano, oltre le trincee e i reticoli di rovi, dicono che ancora riderà la primavera e dicono anche che era un spia che sapeva troppo, e che molti anni dopo che le fu esplosa fra i piedi l'ultima granata nascosta fra l'erba, quel pomeriggio che attraversò il campo in compagnia di uno sconosciuto, vi ricordate?, dicono che la

polvere che si alzò con l'esplosione continuava a cadere sul suo corpo biondo e duro ma dimacrato e sifilitico, perché era una puttana, ragazzi, una troia, una mignotta della peggior specie. Allora, a fianco alla spazzatura, comparve d'improvviso la voluminosa padrona del bar Continental, nascondendo un filone di pane bianco fra i risvolti dell'impermeabile nero. I suoi occhi verdi pastrocchiati guardano di sfuggita il ratto che sguazza nel fango girando tremolante sulle zampe posteriori, senza sapere che direzione prendere. Ai piedi del mandorlo in fiore del cortile di Can Compte, racconta Sarnita, ci sono delle cartucciere marcite dalla pioggia e un Mauser ossidato e con il calcio rotto: questo vuol dire che le munizioni non sono lontane. Il ratto attraversò il torrente a zigzag, strillando, trovò tutte le fogne tappate dal fango e Java si sporse dalla porta della bottega e guardò la donna, socchiudendo le palpebre cispose.

In mezzo al torrente, la cicciona con l'impermeabile si voltò sui tacchi alti come un'incappucciata trottola nera e seguì con gli occhi l'ultima disperata traiettoria del ratto. Schivò con agilità le pozze d'acqua nerastra e avanzò verso la bottega.

Prima di vederle aprire la bocca, Java aveva già notato il suo alito di avvoltoio.

-Ciao, tesoro. Allora?

-Non posso –disse lui-. Mi piacerebbe continuare, siete stati molto buoni con me e con la nonna, ma non posso.

-Pensaci bene, non essere sciocco.

-Ci sono molti tisici, signora.

-Appunto. In quella casa si raccimola sempre qualcosa, lo sai. Guarda –fece spuntare dai risvolti la punta tostata del pane-. Vuoi un aumento, vuoi che glielo dica?

-Non è solo questo. È che non ci riesco, così di frequente, le gambe mi diventano così molli che a momenti cado. Non ce la faccio, accidenti!

-Andiamo. Non fare l'attore.

-Lei non è mai la stessa, e ogni volta mi tocca spiegare quello che bisogna fare. È molto stressante, sul serio, mi sto prendendo la tisi…

-Va bene –disse la cicciona -. Ti pagheranno di più, ci penso io.

Java distolse lo sguardo assonnato facendo un cenno a Sarnita, che interruppe l'*aventi* e si alzò informando il gruppo con la stessa voce reverenziale, astuta: continueremo dopo, levatevi di torno. Lo seguirono tutti, come lumache, verso la spazzatura fresca ammucchiata sotto il giogo e le frecce di vernice ancora fresca, il ragno nero stampato sul muro di cinta del campo di calcio dell'Europa. Luís e il Tetas, in ginocchio, stavano già scavando; le loro mani pestifere raccoglievano spirali rosse di buccia d'arancia, gusci d'uovo e resti lividi di scarola, cosa che fece riflettere Sarnita: sembra che i genitori di Susana siano tornati alla villa, disse, guardate, si vede che adesso mangiano bene.

Dalla porta della bottega non si vedeva la villa di calle Camelias, ma Java immaginò il cancello del giardino aperto come un tempo, l'aria impregnata dell'aroma dei tigli, la ghiaia ripulita dalle foglie secche e l'amaca tesa di nuovo fra la palma e l'eucalipto.

La cicciona del Continental lo guardava aspettando una risposta. Ricci neri come tizzoni sulla fronte, residui di rossetto sulle grosse labbra squartate, labbra rosse in cui si accumulavano labbra, e orli di rimmel sulle borse sotto agli occhi verdi. Una faccia larga completamente occupata da una civetteria calcolatrice ma affabile.

-Allora?

-Va bene. Ma lei non è mai la stessa, mentre io sì. – insistette Java -. Che strano, no?

-È così che vogliono –disse la cicciona con la sua grande bocca sdentata-. Anche a me mi comandano, tesoro.

-È un casino, signora. A volte la ragazza non si lascia fare tutto, o non è capace, o ha le sue cose.

-Faccio quello che posso, cerco di scegliere il meglio. Dai, andrà tutto bene. Ma oggi non mancare, eh? Alle quattro. Lavati bene, prima. E già lo sai, acqua in bocca. Prima di tutto.

-Sono più muto della nonna, signora.

-Allora d'accordo, ciao.

Una ragazza a cavalcioni su un a bicicletta da uomo gialla pedalava piangendo senza arrivare al sellino, con rabbia, sgraziata e instabile. Quando passò davanti a Java lo guardò con occhi furiosi e tirò ai suoi piedi un giornale piegato. Si allontanò sbandando per la strada allagata, avvolta dalla sua sciarpa rossa tarmata e con le ginocchia rosse per il freddo. Piangeva, il seno stretto in una giacca grigia da bambino con le cuciture rotte. Era un giorno autunnale di cielo alto e incappottato che sembrava un incendio o il riflesso di un incendio molto lontano. La padrona del bar Continental si fermò sull'angolo e spezzò la punta del pane per darla a Sarnita, che le si era accostato mendicando con la mano e l'altro braccio rattrappito, zoppicando, alla Cottolengo[8]: un povero meningitico, testa rapata a zero e gambe come fil di ferro, incurabile, cara signora, il bastardo sembrava vero. Prima di scomparire, la cicciona si voltò per fare l'occhiolino allo straccivendolo: Non mancare, mio re.

E continua a raccontare che, quando lei girò l'angolo e non poteva più vedere Java, lui alzò le spalle e poi fece tié con il braccio che sfoggiava la polsiera di cuoio nero, tié e tié, signora, e che allora Sarnita spiegò: ma non mancherà, ragazzi, io so dov'è l'appuntamento e so quanto interessa a Java, non mancherà anche se adesso protesta e fa il duro. Sgranocchiando la crosta di pane tenero fra i suoi denti putridi, sul serio: io so quanto lo pagano per andarci, che tipo di lavoro è quello, dove e per cosa lo vogliono ben lavato. E il gruppo sempre più intrigato, siediti e racconta, Sarnita, qual è la parola segreta?, perché lavati bene prima? Calma, andiamo per parti: l'indirizzo lo sa a memoria, non c'è nessuna parola segreta, paura non ce l'ha e stavolta non si porta nemmeno il coltello in tasca.

Prenderà il tranvia 30 per poi saltare dalla piattaforma posteriore su calle Bruch ad angolo con calle Mallorca e camminerà per un tratto in direzione del Paseo de Gracia. La sciarpa legata al collo e lo stomaco vuoto, le gambe un po' tremanti come il primo giorno, non di strizza ma di debolezza. Miauuuuu! gli fanno le budella. Maledizione! In meno di due settimane è la quinta volta che va all'appuntamento segreto, e fra tutte si ricorda specialmente la prima, quel

[8] Fondato a Torino da Benito Cottolengo e poi a Barcellona da un padre gesuita, questo istituto era dedicato al ricovero di bambini con handicap fisici e degli orfani.

pomeriggio che faceva il giro di raccolta per un tragitto diverso dal solito, lontano dal quartiere, nell'Ensanche e sotto i suoi lunghi balconi zeppi di bandiere e coperte, rami di alloro e palme secche. Come sempre portava il sacco sulle spalle e la bilancia alla cintura, ma sospettava già che non lo avessero chiamato per vendergli carta, stracci vecchi o bottiglie. Se avesse saputo perché, si sarebbe lavato tutto con il sapone e avrebbe grattato via la schifezza dai piedi con la pietra pomice, sul serio, la nonna mi avrebbe spulciato la testa, avrebbe tolto quell'odore di intemperie dai miei vestiti e io non mi sarei fatto nemmeno una sega per almeno un mese. Ma gli avevano detto solamente: per tot quattrini, presentati il giorno tale alla tal ora al tal indirizzo. E si domandava perché, cosa sarà, una trappola, una *cheka*[9] di quelle che funzionano ancora ma adesso sono in mano agli sbirri, cosa diceva il padre di Mingo? Una storia di contrabbando, una vedova bisognosa di consolazione? Qualcuno che cerca notizie di un familiare sparito al fronte, o sangue per un tisico…? Java non lo sapeva.

Un vento umido percorreva la città, quel giorno che fu la prima volta. Pedoni rasati male e dallo sguardo losco sorgevano dagli angoli come apparizioni e si allontanavano rasentando le pareti quasi cercando un buco dove nascondersi, una fessura da cui fuggire, come se le strade minacciassero di trasformarsi in una fiumana. Dietro le acacie nude si levavano fantasmi di edifici in rovina. Balconi scarnificati mostravano i ferri storti e rossastri di ruggine, e finestre come bocche sdentate sbadigliavano al vuoto. Davanti a una rivendita di carbone si agitava una coda di donne coi piedi ingarbugliati in un rumore di foglie secche, e un gruppo di carcerati ammassava calcinacci sotto lo scheletro metallico di un garage, in mezzo a una luminosa polvere rossa. Il numero indicato conduceva a un altissimo portone, un corridoio profondo con le pareti e il tetto a cassettoni; la scala di marmo saliva intorno al buco dell'ascensore, fermo per restrizione elettrica.

Vetrate di cristallo smerigliato risparmiate dalle bombe, secondo piano, prima porta, aprì la cicciona del Continental, che si stava ingozzando: hai fatto bene a

[9] Il termine proviene dal russo, e fa riferimento ai locali in cui le polizie segrete nate durante la Guerra Civile rinchiudevano, interrogavano e torturavano gli oppositori politici.

venire, non te ne pentirai, tesoro, portandolo per mano lungo un oscuro corridoio sulle cui pareti sfilano eserciti profondi in desolati paraggi, sanguinosi fronti di cavalleria con sauri impennati fra nuvole di polvere e armature spettrali, scudi e bandiere, spade, pistole ad acciarino e pugnali decorati a sbalzo. Un appartamento antico e enorme, immerso in un'odorosa penombra, con risonanze di maiolica nel cortile interno. Sudari bianchi ricoprivano sedie e poltrone ripetendosi negli specchi. Aprendo una porta imbottita di velluto color vino, la strega del Continental lo fece passare e la porta si richiuse dietro di lui come una trappola. È solo. È una camera da letto illuminata a gas, c'è un vecchio paravento con putridi cherubini e scrostate nuvolette perlacee, abiti femminili buttati sul divano, tende pesanti color miele, e, sotto i suoi piedi tremanti, il grande tappeto con un'evanescente alba sulla spiaggia e degli uomini antichi e lividi ammanettati a fianco a un frate cappuccino. Li fucileranno, pensa, e allora vede la schiena nuda di una ragazza seduta dall'altra parte del letto. Si sta togliendo le calze molto lentamente, se le sfila dalle gambe con una dolorosa attenzione, come se si stesse spellando. E d'improvviso si gira e guarda Java da sopra la spalla come una coniglia spaventata prima di essere afferrata per la collottola. Grrrr…! reclamano ancora le budella di Java. Maledizione!

Ma questa volta sarà diverso. Vorrebbe urinare ma si trattiene. Oggi Java ha mezzora di tempo e entrerà in un bar quasi vuoto, al bancone ordinerà una busta di patate fritte e un bicchierino di acqua di seltz, per favore, poi andrà al gabinetto: coi pantaloni abbassati, a cavalcioni sul water, tira la catenella e con l'acqua corrente si lava l'uccello e le palle, consumato dalla voglia di urinare. Mastica lentamente delle patate come cartone bagnato, mentre gli inguini umidi gli trasmettono una vaga apprensione per le malattie veneree e la tubercolosi. Di nuovo davanti al bancone, guardando un piatto di involtini rinsecchiti, percepisce nella nuca gli occhi come spilli infilati, si volta, e lo vede: non troppo bello ma nemmeno malaticcio, non tanto magro né giovane, così vanitoso, lo sguardo superiore e stronzo, con molta brillantina sulla stretta testa e il baffetto nero da sognatore galante sopra la bocca livida, non esattamente così, ma molto peggio; e

in una sedia a rotelle, con le gambe avvolte in uno scialle di lana blu e la mano scheletrica appoggiata sul pugno d'avorio del bastone.

Oltre il tavolo di marmo, pieno di tessere del domino, il damerino guarda Java attraverso il vapore della tazza di camomilla che soffia all'altezza della bocca. Java gli volta le spalle e contempla un'altra volta gli involtini, pensieroso: troppo cari, cosa guardi, checca, non ci sto coi soldi, chi sei. Un acuto fischio di uccello lo fa voltare di nuovo: adesso la sedia a rotelle è spinta verso la strada da una ragazza alla quale non aveva prestato attenzione, un'ombra grigia in una rozza vestaglia da domestica o da scolaretta povera.

All'angolo, un vecchio appoggiato a due stampelle applica energiche pennellate di pittura nera alla placca che sostiene sulla parete; nel togliere la placca resta il ragno nero, che gronda orli luttuosi, pizzi neri come un vomito nero schizzato sul muro. Java si arrotola la sciarpa intorno al collo, il vento lo spettina e ha la fronte olivastra piena di ricci. Passa davanti alla Delegazione Provinciale di Falange, si volta, e la sedia a rotelle lo segue a venti metri, sotto le acacie. Il giro dell'isolato portando a spasso un invalido, pensa, che cretinata. La ragazza spinge come una sonnambula, poveri sandali di gomma sopra spessi calzettini color cachi. Non vide mai alcun portinaio nell'ampio ingresso, la guardiola di legno lavorato e solenne come un alto confessionale è sporca di polvere e abbandonato, e l'ascensore non funziona. Sale le scale correndo e bussa alla porta con le nocche, tira fuori il pettine dalla tasca, se lo passa precipitosamente fra i capelli. Prima che gli aprano, tre lunghi fischi di uccello salgono svolazzando per il buco dell'ascensore. Minchia.

-Sei arrivato presto. –La padrona del Continental socchiude le palpebre truccate di grigio sugli occhi verdi e lo conduce alla saletta con i mobili che odorano di olio di lino e con alte vetrate piombate che danno sul cortile. Lo lascia a sedere molto composto sul divano.

Dieci minuti dopo la porta si apre di nuovo e la cicciona fa passare la ragazza, un gioiellino, sul serio: non una bionda ossigenata, magra e pallida, occhi immensi e bocca smorta da pesce, non una troia ossuta con scarpe rosse da puttanone sfatto, gonna aperta da un lato, non solo questo. Che scena, ciccio.

Questa volta non me la presentarono nemmeno, la cicciona se ne andò chiudendo la porta senza dire go. Ciao, dissi, sollevandomi sul divano un po' così. E lei ciao, una voce vuota, occhiatine di sottecchi, passi nervosi davanti a me agitando le strette anche, infine si sedette all'altro lato del divano. Accavalla le gambe, apre la borsa e tira fuori il tabacco.

-Come ti chiami, ragazzo?

-Daniel.

-Daniel e poi?

-E tu?

Non risponde. Sembra interessata, adesso, a riordinare il contenuto della borsa. Non è una vecchia come le altre, perlomeno. Qualche kilo in più e sarebbe a posto. Belle ginocchia, calze rammendate fino alla disperazione e sopra calzettini corti. Scarpine da casa, con nappe rosa. Una gonnellina a pieghe e una giacchetta arancione, e, buttato senza attenzione sulle spalle, un impermeabile marrone. Sembrava una volgare donna di casa che è scesa un momento a comprare qualcosa all'alimentari.

-Ramona –disse, dopo aver acceso la sigaretta, come parlando a se stessa, e appoggiò la schiena sul divano.

-Ti ha contattato la signora? Dove ti ha pescato, si può sapere?

Guardandolo di nascosto, lei chiude gli occhi e increspa la bocca come se stesse ingoiando una bestemmia: si è appena fatta un'idea dell'età di Java.

-Non mi avevano detto che sarebbe stato con un bambino. Merda. Chi ci vive qui?

-Io conosco solo la signora.

-Sei venuto altre volte?

-Sì.

-È vero che pagano quello che dicono?

-Se sai fare quello che vogliono, sì.

-Sembri un ragazzo sveglio.

-Nella norma.

Con un misto di curiosità femminile e di paura, la puttana lo guardava attraverso il fumo blu della sigaretta, sbattendo le palpebre come se non riuscisse a vederlo, calcolando la sua età, il vigore delle sue mani grandi e sporche, quanti anni hai? una faccia da graziosa affamata che mastica topiragno, quanti, ragazzino?, mentre Java sorride senza dire niente e lei crede di vedere una pallida rosa aprirsi sulla sua fronte. Dei colpi alla porta ed entra la cicciona portando un vassoio con due bicchieri di latte e due panini al tonno. Java si alza, con falsa autorità nella voce: non c'è del vero caffè, signora? portando la mano veloce sul panino e senza aspettare una risposta, alla sua compagna: mangia tranquilla, abbiamo tempo. La grassa se ne va ma non tarda a tornare, stavolta con mezza dozzina di involtini in un piatto. Oggi non ti lamentarai, dice, e Java con il broncio: guarda un po', pensa, gli involtini rinsecchiti del bar.

Ramona divora il suo panino dandogli le spalle, incurvata sul bordo del divano, accovacciata come una bestia affamata, con le dita che becchettano le briciole dalla gonna, non se ne lasciò sfuggire nemmeno una. Poi dice:

-Bisogna aspettare molto?

-Dipende.

-Dipende da cosa?

-Che ne so.

-Lui chi è?

-Non lo so –Java adesso la guarda con diffidenza-. Ti hanno spiegato quello che devi fare?

-Sì.

-E sei d'accordo con tutto? Poi non venire a…

-L'unica cosa che voglio è finire il prima possibile.

Chiacchiericcio di serve e rumore di maiolica e argenteria nel cortile interno, improvvisamente. Java si infila in tasca due involtini mentre la cicciona apre la porta e si sporge: è ora, dice senza entrare, e loro la seguono per il corridoio in penombra. Adesso Java nota nella sua mano la mano gelata e sudata di Ramona, e gliela afferra stringendola con forza.

Nella camera da letto, in piedi, lei si sofferma a guardare le due lampade a gas velate di giallo, una sul comodino e l'altra sul lucernaio; emettono un fischio costante, come calabroni di luce. La apertura centrale svela, sommersa da ombre, una piccola porta in pannelli, e è lì che lo sguardo di Ramona si sofferma un momento, dopo che la cicciona se n'è andata lasciandoli soli. Ma la ragazza recupera subito una certa vivacità, apre la borsa e lascia il tabacco e i fiammiferi sul comodino, si toglie le scarpe, inizia a snudarsi. Java si toglie le scarpe e i suoi occhi cisposi vagano sul tappeto, per le linee imprecise e i colori sfumati del tappeto col suo disegno di uomini ammanettati davanti a un plotone di fucilazione: deve essere molto vicino alla riva, pensava ogni volta, perché sulla sabbia si vedono pietre arrotondate ricoperte di muschio, e sangue, e a volte mi sembra perfino di sentire il rumore delle onde sulla battigia, con la schiuma che sfiora i piedi dei caduti sulla prima linea, cavolo, sembrano veri…A gesti indica a Ramona di snudarsi piano, si posiziona dietro di lei e abbracciandola le toglie la giacchetta sussurrando nel suo orecchio lascia fare a me, io so quello che vuole il tipo, il maglione sopra la testa, la gonna che scivola a terra, poi il reggiseno e lei molto tranquilla, che protende il sedere, guarda da una parte, si lascia mordere la nuca. Il suo corpo bianco emette un effluvio malaticcio di sudore e sapone di bassa qualità. Nell'accarezzarle il seno, muovendo ora le mani con un'esagerata lentezza, un ossequio dedicato già ad una terza presenza, Java avvertirà sulla pelle un rilievo sottile a forma di moneta, delle cicatrici.

Adesso tocca a te, svegliati, mormora Java, e lei si volta offrendogli il ventre, colpendolo goffamente con l'osso del pube e dei ricci come fil di ferro. Ancora in piedi, Java con dita veloci percorre la pelle, tastando a volte la cicatrice senza sapere dove, gli sfugge da sotto i polpastrelli, la trova e la perde di nuovo: e questo cos'è? le dice, una ferita? Lei finisce di snudarlo con mani fredde e assenti, così? va bene, mordimi, sospira, grida se oggi vuoi un pasto caldo, piccola, così, va bene. Si strofinano di fronte per un po', ma comicamente fermi dalla vita in su: abbracciati come per riposare o riflettere o restare lì in piedi un po', sentendo il rancoroso fischio di serpente che rilasciano le lampade a gas.

Ramona con un domanda muta nello sguardo:

-È qui? Ci sta vedendo?

-Non lo so.

-Ma deve vederci…

-Suppongo. Abbassa la voce.

-Sia maledetto mille volte.

-Taci.

-Con tutti i suoi morti.

-Adesso lascia fare a me. Ecco, dái qua.

Guidare la sua mano rigida fino al sesso, spingere dolcemente le sue spalle verso il basso, lei si inginocchia lentamente portando la bocca all'altezza conveniente, ma senza decidersi del tutto, contenendosi. Grrrr! Maledizione! Scansa la bocca come una santarella e una repressa. Il fremito delle sue labbra, la nervosa resistenza della testa di lato, quello sforzo per guardare da un'altra parte: accidenti, pensa Java, un'altra che me la farà sudare, e gli attraversa la mente l'idea che potrebbe essere non una troia come le altre, ma una di quelle vedove di guerra buttate in strada ogni giorno dalla miseria e dalla fame dei figli piccoli. Perché, se no, quell'angoscia negli occhi, perché quegli scatti di ribrezzo e paura?

Il patto era che la funzione doveva durare non meno di un'ora, e lui aveva già acquisito una certa tecnica: lasciarsi andare subito al primo orgasmo, per poi, situato in un grado inferiore di eccitazione e senza soprassalti, poter controllare la lenta corsa di esse e prolungarne il piacere senza lasciarle cadere, senza mollarle mai ma nemmeno accelelarle, portandole fino alla fine del tempo concordato.

-Quello no –disse Ramona, fingendo raffinatezza con una risatina-. Tutto tranne quello.

-Non mi dire.

-Per favore.

-Chiudi gli occhi, bellezza.

Il corpo bagnato di sudore, rilucente alla luce color limone del gas come una neve sporca, a pancia sotto e abbracciata al cuscino, rifiutava Java per la seconda volta, con occhi supplichevoli. Questo no. Devi lasciarmi fare, dái, non fare la santa. Boccheggiando. La carne viva del suo membro, investita da una sensibilità

che non ubbidiva a nessun desiderio ma che era piuttosto un trionfo cieco della volontà, non riusciva a penetrare fra le natiche contratte. Dai, non mi dirai che è la prima volta, sciocca. Improvvisamente lei nasconde la faccia sul cuscino, che stringe fra le sue braccia. Java appoggia per caso la mano sulla tela bagnata, prima schiocca la lingua, sorpreso e contrariato, poi si rassegna all'evidenza.

-Ecco, come temevo. Non piangere, accidenti.

Ma non piangeva per quello, per quello che faceva o si lasciava fare. Rilassando il braccio, borbottando a voce bassa merda sono capitato male, perché cazzo mi devo sorbire sempre queste troie morte di fame, si stende al suo fianco e aspetta che smetta di frignare. Accende una sigaretta guardando il soffitto: e ancora il peggio deve venire, piccola, e le stava per chiedere: da quanto tempo fai questo mestiere?, quando sente con tutta chiarezza il doppio fischio di uccello dietro la tenda.

La tenda, ora aperta di tre palmi, rivelava la porta a pannelli decorata. Ramona si solleva un po' e vede qualcosa che la ricaccia nuovamente sul cuscino inzuppato di lacrime. Un fremito percorre il suo corpo, si rannicchia vicino a Java, si nasconde dietro di lui. Allora Java gira gli occhi verso la tenda e guarda a sua volta, ma in tutta tranquillità, guarda il nido vermiglio di ombre dove sembra galleggiare una maschera di cera e capta l'ordine imperioso raccolto fra due ruote nichelate: via le sigarette, al lavoro, a incassare un'altra volta gli inguini doloranti fra le natiche gelate di lei.

Il guardone permaneva in un'immobilità accidentale e inumana, da manichino rotto. Lo scialle era scivolato dalle sue ginocchia e si trovava a terra. Brillarono all'ombra le sue pupille, un istante, poi si spensero. Levò il mento in aria, un gesto che rivelava l'abitudine al comando, e ripetè l'ordine battendo a terra con il bastone: ancora. Coprimi, che non mi veda, sussurra Ramona stesa sul fianco lungo il bordo del letto, ricevendolo ora senza resistenze ma come cadendo con lui in un pozzo, gemendo. I suoi occhi, abituati al disprezzo, alla fine si chiudono. Abbiamo quasi finito, le bisbiglia Java nell'orecchio, aiutami, tesoro, mordicchiando un nuca tesa, per favore.

Lei non solo non guarderà più in direzione della tenda, ma farà anche in modo per tutto il tempo di coprirsi il volto, come se di là partisse un riverbero che avrebbe danneggiato i suoi occhi e la sua memoria. Che diavolo ti prende?, penetrando lui attraverso tenerezze concentriche che non si aspettava, ma senza riuscire a toccare il fondo di quell'umiliazione improvvisa e quella paura così strane per una mignotta. Finalmente le mani di Ramona lo percorrono, abbandonate ai propri impulsi, alza una gamba tremante e avvolge le sue, ma nascondendosi ancora da qualcosa. Abituato a captare il flusso di ordini che partono dalla tenda, Java andrà indicando quello che bisogna fare, gemere in certi momenti e in altri gridare, bestemmiare, mordere, insultare. In ogni caso lei non smetterà di coprirsi malamente la faccia, anche nel rotolare abbracciata a lui sopra il tappeto, portandosi dietro il suntuoso copriletto, o camminando a gattoni e ricevendo dei colpi mezzo simulati, fingendo a sua volta di soffrire e di proteggersi con le braccia ma facendolo così male che lui deve ordinarle a voce bassa lamentati, insultami, piangi, e che si senta, altrimenti dovrò schiaffeggiarti veramente, cretina. La colpisce tre volte ma i gemiti sono deboli e troppo autentici, non credibili, esprimono solo sorpresa e vergogna, lei accucciata a terra e guardandolo come un coniglio spaventato e lui pensa così non va, sentendo quasi pena per lei: il suo rosario di vertebre, la sua testolina di capellacci corti come quelli di un ragazzo, la sua triste nuca da pidocchiosa.

In un altro momento la vedrà inginocchiata sul letto a strofinarsi il rossetto sulle labbra, cosa fai, puttana presuntuosa?, forse per riprendere fiato, ovviamente di spalle alla tenda. Ma subito suonano tre colpi di bastone sul parquet: via il rossetto, e nuovo ordine: stenderla e aprirle le gambe e morderla tu sai dove fino a farla gridare come un matta, condurla alla sedia e farle indossare il mantello pluviale, unirle le mani dietro la spalliera e legarle con il cordone viola, e succhiarle le tettine mentre lei getta la testa all'indietro, agitando le gambe. Questo sarebbe riuscito meglio, ma poi, trascinandosi lungo il tappeto mentre lui la frusta con il cordone, si sarà immobilizzata di nuovo rannicchiata vicino ai fucilati all'alba con la testa nascosta fra le braccia. Sudando, Java tira il cordone e lei punta le ginocchia nella sabbia schizzata di sangue, fra la testa distrutta dalla

scarica e il cappello a bombetta caduto, a chi verrebbe in mente di andare a morire con un cappello a bombetta?, rannicchiandosi piano con le mani nella nuca fino a toccarsi le ginocchia con la fronte. Sente il rumore pietroso delle onde sulla battigia che si ripete lungo la spiaggia. Allora, in piedi a fianco a lei, aprendo le gambe, Java prende la mira attentamente e svuota la vescica sulla magra schiena ricurva, finalmente, che sollievo, sopra la nuca e la testa. Lei rabbrividì nel ricevere il getto caldo, lo sente scorrere lungo i suoi fianchi e le sue cosce, sgocciolare dai suoi capelli, dal suo naso, dal suo mento. Ubbidendo a un altro segnale, Ramona doveva alzarsi, lasciarsi prendere per i fianchi e scivolare lentamente sopra di lui, verso il basso, fra le sue gambe aperte. Java avrà notato nel sesso la guancia irrigata di lacrime e urina e sudore, e avrà dovuto centrarle la testa con le mani, obbligarla, sostenerla, ricordarle ancora: se oggi vuoi mangiare, regina, non ti fermare. E Ramona si trattiene finché non sente le bastonate che esigono più decisione, più vivacità. Ora il sesso di Java arde indifferente a qualche centimetro dalla sua bocca. Inginocchiata, lei cede infine alla forza delle mani.

Simulando nell'atto degli accessi di tenerezza, Java avrà innestato un sogno scintillante laddove la realtà continuava ad essere dura e difficile: sentiva grugnire di noia o di fame degli intestini che non sapeva più se erano suoi o di lei, percepiva la sua bocca contratta dalla nausea e ad un certo punto, per caso, la sua mano inciampa sulla cicatrice, rannicchiata sulla spalla di Ramona come una lucertola rosa, vicino al collo. È una cicatrice molto brutta, lunga, un marchio a fuoco, pensa Java, la Donna Marchiata[10], urca, mi si affloscia…Così, un vuoto si impadronisce rapidamente del suo uccello nella bocca calda di lei, e glielo lascia molle. Ramona alza la testa e lo guarda con occhi interrogativi, remoti. Java si sforza di cancellare dalla sua mente l'immagine dell'orribile cicatrice, la tappa con la mano, ma è inutile. A gattoni, ansimando, lei risale il suo corpo leccandoglielo più e più volte. Finalmente ci riesce con i denti, impegnandosi oltre la sua stessa paura, e Java la rivolta, sono intrecciati come in una rissa, si cercano, si rifiutano. Di nuovo ordina: grida, cogliona, insultami, strilla, graffiami,

[10] Riferimento al film *Le cinque schiave (Marked woman*, 1937) di Lloyd Bacon e Micheal Curtiz, il cui titolo in spagnolo è appunto *La mujer marcada*.

ma lei dice soltanto, a voce molto bassa, uccidimi, due volte alla fine, uccidimi uccidimi, e lui non seppe mai se lo diceva sul serio o fingeva.

Poco dopo si accorgono di essere soli. Ramona corre a chiudersi in bagno e lui si veste. Quando ritorna lei non vuole guardarlo negli occhi, trema ancora e ha fretta.

-Chi paga?

-Sei molto tranquilla adesso. Potevi pensarci prima. Mi hai fatto sudare l'anima.

-Non lui, suppongo.

-No. La signora.

Già vestiti, aspettano seduti sul letto. Ramona fuma furiosamente, Java tira fuori un involtino dalla tasca e mangia guardando il vuoto, assorto come un bambino. Sentono bussare alla porta con le nocche, escono nel corridoio e dopo aver consegnato una busta a ciascuno, la cicciona li accompagna alla porta.

In strada, prima di separarsi, trovano il passo sbarrato di fronte alla Delegazione Provinciale di Falange; il marciapiede è occupato da una trentina di uomini in camicia blu, che, scesi rapidamente da un camion a disposti in due file, cantano. Molti pedoni si fermano, diffidenti e servili, e si uniscono al gruppo con le proprie voci magre, il braccio in alto e la camicia nuova a cui giusto ieri hai fatto gli orli rossi, *mi troverà la morte se arriva e non ti vedo più*[11]. Devono aspettare che finisca il rituale, *ancora riderà la primavera*, e quando Java è sul punto di azzannare l'ultimo involtino sente una voce al suo fianco:

-Voi, non siete capaci di salutare?

-Ci mancherebbe, sí signore! –dice Java.

-Su con quel braccio, cazzo!

-Sí, signore.

-Signore un cazzo! Su il braccio!

-Sí, camerata.

---

[11] Versi di *Cara al sol*, l'inno della Falange Franchista composto nel 1935 dal quale proviene anche il titolo del romanzo.

Java era già sull'attenti quando ricevette il ceffone. Non riuscì nemmeno a vedergli la faccia, a quello che glielo diede. Anche Ramona, con il mento attaccato al petto, che puzzava ancora di urina, tremando, estende il braccio verso i rami nudi delle acacie che graffiano un cielo di piombo; gli occhi bassi, più che salutare sembra che con la mano rifiuti qualcuno che non vuole vedere, che non vuole ascoltare. Java, nascondendo l'involtino dietro la schiena, la bocca piena e gli occhi umidi a causa dello schiaffone, guarda il nulla di fronte a sé; gli resta ancora animo per masticare di nascosto mentre aspetta le grida di rigore.

Il Simca 1200 GLE, bianco, numero di matricola B-750370, emergeva di un palmo sulla superficie del mare. A mollo nella luce rosa dell'alba, col suo tettuccio di vinile nero e la vernice brillante delle sue forme, esibiva ancora tutta l'eleganza che un giorno fu in grado di ammaliare il suo compratore. Il muso affondava nell'acqua, ai piedi delle rocce, e l'olio produceva spruzzi di schiuma sopra la bianca coda alzata. Una delle portiere era aperta e le onde giocavano con essa. Nel sedile posteriore, due bambini identici spiaccicavano i nasi sull'unico vetro rimasto intatto e guardavano con i loro occhi rotondi e già velati il torbido nulla dell'ambiente sottomarino. I loro corpi galleggiavano, privi di gravità e leggermente di lato, come in una camera sottovuoto o in un acquario, fra alghe ondeggianti e qualche medusa trasparente. Gli altri vetri dell'automobile sembravano fatti di neve sporca: frantumati, con migliaia di fessure. Una delle ruote posteriori, con pneumatici radiali e cerchi bianchi, poggiava sgonfia su una roccia sommersa. Spuntavano per intero solo le alette posteriori della coda, le cui luci intermittenti, nei dieci secondi successivi all'incidente, avevano prodotto riflessi dell'alba, ghigni inumani, freddi segnali di una sopravvivenza tecnica alla catastrofe e alla morte; un lampeggiare sereno e fiducioso, come quando macinava kilometri, come quando veniva parcheggiata davanti alla porta del club.

-Insomma non era più un poveraccio –commentò Ñito.

-Che importa, non potrà più goderselo–disse la suora-. Dio mio, Signore mio.

L'automobile sembrava un animale che si abbevera tranquillamente ai piedi della scogliera, venti metri più in basso della curva più stretta del Garraf. I colpi del mare la facevano ondeggiare lentamente, e sul fianco destro della cazzozzeria, poco sopra la linea di galleggiamento improvvisata, esibiva una grande ammaccatura dalla quale continuava a staccarsi la vernice e diversi fori dai quali sporgeva un legno scheggiato. Dentro la macchina, tutti gli ingenui requisiti dell'opulenza: orologio luminoso, portaoggetti chiuso a chiave, accendisigari, tettuccio foderato, sedili reclinabili. L'uomo che giaceva con la faccia sul volante, di fronte al parabrezza, aveva fatto installare un apparecchio radio, e sua moglie aveva insistito molto perché fosse messa una moquette rosso salmone, forse per impressionare i vicini. Adesso era accoccolata al suo fianco, scalza, la gonna e i capelli che ondeggiavano verso il tettuccio seguendo il capriccio delle correnti marine. Attaccata al pannello di comando c'era una riproduzione esatta, in fotografia, dei gemelli che fluttuavano nel sedile posteriore con la faccia appiccicata al vetro.

Sulla superficie serpeggiava una macchia di olio stretta e viscosa. Un po' più in là, fra le rocce, un cigno di gomma mezzo sgonfio becchettava qua e là ubbidendo all'olio. Galleggiava anche una grande palla blu vicino a una valigia aperta che navigava fra due acque, e, intorno alla macchina, sparsi in un'area di quindici metri, si vedevano camice di seta e vestiti da donna stampati, berretti, teli, sandali e polo da bambino, due cappellini da marinaio, depliant turistici e carte stradali. Sotto, in acque un po' più profonde, un banco di pesciolini allungati e color acciaio, con frange nere, si muoveva intorno all'automobile. Di tanto in tanto, i pesci si precipitavano tutti insieme all'interno della macchina entrando dai finestrini e strattonavano le punta dei coaguli sfilacciati di sangue che fluttuavano come nastri rossi intorno alle teste dell'uomo e della donna.

E racconta che, in cima alla scogliera, i portantini videro una giovane bionda che si copriva la faccia con le mani, a bocconi sul volante della sua macchina sportiva con la parte posteriore ammaccata.

-Questo pazzo, dicono che gridava la ragazza, piangendo –disse Ñito-. Voleva sorpassarmi, gli faceva rabbia starmi dietro e si è messo in testa che mi doveva

sorpassare, strillava. Non pensava ad altro da quando mi venne a sbattere dietro all'uscita da Sitges, povero pazzo.

-Questa mania di correre e correre –sospirò Suor Paulina-. Dio mio.

Ogni giorno, dalle tre del pomeriggio, circa, fino all'ora del rosario, durante quei soffocanti giorni di settembre, il vecchio custode rimaneva seduto con il suo camice blu davanti a un bicchiere di liquore giallognolo nello stanzino scuro e senza ventilazione che Suor Paulina si ostinava a chiamare farmacia, e che non era altro che una specie di puzzolente magazzino per intrugli e boccette. Lì la suora preparava ricette e dolciastri e inoffensivi liquori senza nome a base di coloranti e un pizzico di alcool. C'era una finestrella provvista di inferriate vicino al soffitto, al livello della strada. Man mano che il sole arrivava dritto su questo fianco dell'Hospital Clinic, vicino al deposito dei cadaveri, il caldo aumentava e la faccia rotonda e banale di Suor Paulina, di una bontà viscosa da patata pelata, sembrava riaffermare sempre più quella silenziosa qualità vegetale e lasciava lui a parlare e a divagare liberamente mentre beveva i suoi sciroppi. La suora, impegnata a annotare ordinazioni in un libretto, a sospirare andando avanti e indietro dagli scaffali al tavolo, trascinando i suoi piedi pesanti e invisibili sotto le falde dell'abito, non sembrava nemmeno che lo ascoltasse. Occupava un sedia alta dallo schienale rigido, sulla quale più che sedersi appoggiava soltanto le chiappe, di fronte al custode, che a volte la aiutava a classificare scatoline di iniezioni e di pillole allo scopo di trattenersi ancora un po' e continuare a bere e a parlottare. Sebbene talvolta muovesse la sua grande faccia di luna con le palpebre cucite, sospesa in mezzo alla penombra, e guardasse Ñito senza che lui se ne accorgesse, generalmente lo faceva solo per rimproverarlo di qualche sconcezza, e i suoi occhietti grigi non lasciavano vedere mai una luce di interesse, un segno che indicasse il passaggio di un ricordo condiviso.

-E sua moglie? –disse il custode- Chi sarà? Una di quelle orfane della casa-famiglia, sicuro…Ce n'era una che gli piaceva molto, come si chiamava…

La opereremo di appendicite, a questa piace il pomodoro, hum, non sento palpitare il suo cuore, Luis, dammi la patata dolce. Appoggiando l'orecchio alla tetta sinistra, palpandola: auscultandola, balbettava Amén, bimba, ti stiamo

auscultando. Suor Paulina si schiarì la gola scacciando cattivi pensieri: eravate dei maiali. Premendo con le dita il duro ventre, tastando le ossa del pube, la calda fenditure dell'inguine. Tocchi qua, dottore, diceva l'aiutante. Hum, bisogna aprire immediatamente, signorina, apri le gambe o morirai infettata dal pus, e con brucianti mani alate le alzò la gonna fino a coprirle la faccia. Juanita, si chiamava.

-Però non credo –meditò Ñito.

-E la sua famiglia? Non è venuto nessuno?

-Non verrà nessuno a reclamarli, non hanno nessuno. –Il custode sorrise con una smorfia -. Ma quei ciarlatani mi stanno già cercando per le dissezioni, questo sí. Il dottor Malet me ne ha richieste una da ciascuno.

La suora volle sapere se anche dai bambini gemelli, e il custode disse sí, che razza di avvoltoi.

-Quando uno è morto –sospirò Suor Paulina-, l'unica cosa che conta è l'anima.

-Se lo dice lei, Sorella.

Creature innocenti, pensava lei, angioletti, e la sua mente triste disegnò la caduta nel vuoto, l'automobile sospesa sopra il mare tra frammenti di guard-rail, le ruote che girano in aria e le faccine terrorizzate dei gemelli schiacciate sul vetro. Il custode azzardò l'ipotesi che la madre, da bambina, fosse una a cui piaceva molto giocare al dottore, fare da prigioniera ai *kabileños*[12] del Monte Carmelo e del Guinardó in un vecchio rifugio antiaereo di Las Ánimas. La suora ebbe un sussulto e sostenne di ricordarsi appena del Centro Parrocchiale e poi di bestialità e fandonie non ne voleva più sentire, Ñito, sembra uno scherzo, alla tua età, ti cadranno i pochi denti che ti rimangono, perfino quello d'argento. Ma lui tirava dritto fingendosi sordo, dovrebbe tornare là, Sorella. Andava ricordando, in sereno disordine, le *aventis* e i ragazzi intorno ai falò, il giuramento sul teschio e la misteriosa città dei tredici anni, coi suoi gatti famelici che scavavano nell'immondizia e i suoi piccioni decapitati a fianco alle rotaie del tranvia…Sono troppo vecchia, si lamentò lei. Se ha tempo, disse lui, e s'interruppe.

---

[12] Marsé impiega questo termine come sinonimo di "trinxes", qui tradotto come "teppisti".

Se un giorno prima di morire le capiterà di passare, voleva dire, se le sue vecchie gambe potranno restituirla un giorno al nostro quartiere e si fermerà a contemplare la nuova chiesa, allora ricorderà che quel brutto tempio di mattoni rossi poggia sulle grotte e il rifugio antiaereo che un tempo furono i nostri domini. Una larga striscia di terra che tagliava l'isolato fra calle Escorial e calle Sors, con entrate da entrambe le strade, un vialetto di ghiaia, una cappella bianca con le pareti laterali ricoperte di gerani e fangose macchie di gigli, e una fontana senza acqua. Questa suora a quel tempo era una catechista benevola, una grassottella affettuosa e buona come il pane con i bambini, non più tanto giovane, interessata soprattutto al culto e al coro delle orfanelle, e che perciò non sapeva granché dei teppisti e delle loro terribili guerre di sassi. Ma ricorderà che intorno alla cripta che sarebbe diventata la nuova chiesa, c'erano soltanto i pozzi e le grotte che anni dopo avrebbero accolto le solide fondamenta, le basi per la futura Grande Parrocchia, perché la Repubblica o la guerra interruppero i lavori, e la piccola e primitiva cappella, sbruciacchiata dall'incendio e crivellata di pallottole, era ancora in uso per il culto nonostante la crepa sul tetto, il freddo e l'umidità e nonostante ci entrasse così poca gente, addirittura, ricorda, quando dovette dirigere il coro dalla porta stessa. Vada là un giorno, Sorella, e vedrà le strade in pendenza su cui loro si lanciavano con quegli infernali carretti con i cuscinetti a sfera; anche se oggi sono asfaltate, anche se si levano moderni edifici di appartamenti e ci sono più bar e più negozi, è ancora tutto uguale. Non se ne è mai andato del tutto quel vecchio fetore di vagabondo pidocchioso, quel tanfo di miseria carceraria che si annidava in certi oscuri portali. E vedrà ancora in qualche angolo il ragno nero che trent'anni di piogge e pisciate non sono riusciti a cancellare completamente, che sorveglia la stessa montagna di immondizia di allora ma più grande e varia e succulenta, perché la fame non c'è più, questo no. E ricorderà anche le frontiere del quartiere, i limiti invisibili ma così reali dei domini dei *kabileños* e dei *charnegos*[13], la linea immaginaria e sanguinosa che li separava dai fighetti del Palacio de Cultura e di La Salle, bambini con pantaloni di

[13] Termine con il quale si indicavano in Catalogna gli immigrati provenienti dal sud della Spagna.

golf che giocavano con i bachi da seta nelle loro villette con giardino dell'Avenida Virgen de Montserrat.

I pericolosi *kabileños* del Carmelo vagabondavano nei dintorni del campo di calcio dell'Europa e degli spiazzi in fondo alla calle Cerdeña, giravano in bande, tignosi e attaccabrighe, senza scuola né nessuno a controllarli, molti di loro impararono il solfeggio prima di saper leggere e scrivere, non sono mai riuscita a non farli stonare, sorrise Suor Paulina, le loro voci roche e malsane da vecchi mi spaventavano, erano bambini peggio della peste, bugiardi come il demonio. I loro vestiti odoravano di polvere da sparo bruciata e di falò estivi, frequentavano rifugi antiaerei inondati di terra e acqua piovana, buchi neri che ancora non era tempo di tappare o che la gente aveva dimenticato, e all'inizio non volevano saperne di Las Ánimas, del catechismo e neanche del coro. Suor Paulina scuoteva il capo sopra i suoi sedativi, lasciando morire la conversazione, ma il malinconico custode insisteva: volevo parlarle della nostra passione per raccontare *aventis*, Sorella, un gioco bello e a buon mercato che fu favorito senz'altro dalla scarsità di giocattoli, ma che era anche un riflesso della memoria del disastro, un'eco spenta del fragore della battaglia.

E Ñito parlò di freddi pomeriggi invernali sommersi nel tiepido mare di fumetti e giornali dall'odore acre, nella bottega di Java, intorno a Sarnita e alla sua voce contorta, vecchissima, abietta e reverenziale che raccontava *aventis*: una testa rapata che sfoggiava croste ricoperte di zolfo come rabbiose mosche verdi, delle indiavolate mani tignose, uno splendido pugnale con il manico di madreperla.

-Non so di che gioco a buon mercato mi stai parlando –grugnì la suora.

Ma le *aventis* migliori erano sempre quelle che raccontava Java nei giorni di pioggia, ricordò il custode, quando non usciva a fare il giro con il suo sacco e la sua bilancia e rimaneva in casa: fu in uno di quei giorni che a Java per la prima volta venne in mente di introdurre nell'avventura inventata un personaggio reale che tutti conoscevamo, Juanita "la Trigo", una bambina orfana accolta nella casa famiglia di calle Verdi. In questo preciso momento, nel vedere Juani prigioniera dell'*aventi*, trattenemmo il fiato e l'uditorio restò in attesa e sconcertato. Con il tempo, Java perfezionò il metodo: si mise lui stesso nelle storie e finì per metterci

a noi, e allora era davvero emozionante perché c'era sempre la possibilità che, in maniera inaspettata, uno qualsiasi del gruppo di uditori si vedesse comparire con un'azione decisiva e clamorosa. Ci sentivamo tutto il tempo come qualcuno a cui sta per succedere un evento di grande importanza. Java aumentò il numero dei personaggi reali e ridusse sempre più quello dei fittizi, e inoltre introdusse scenari urbani per davvero, le nostre strade e le nostre terrazze e i nostri rifugi e fogne, e avvenimenti presi dai giornali e perfino le voci misteriose che circolavano nel quartiere su denunce e registri, detenuti e scomparsi e fucilati. Era una voce impostata che ricreava intrighi che conoscevamo tutti a metà o per sentito dire: parlare per sentito dire, questo era raccontare *aventis*, Sorella. Le migliori erano quelle che non avevano ne capo ne coda ma ciò nonostante risultavano credibili: niente aveva un senso a quei tempi, Sorella, si ricorda?, tutto era gambe all'aria, ogni casa era un dramma e c'era un mistero in ogni angolo e la vita non valeva un accidente, per un nonnulla Fu-Manchú ti buttava nella fossa dei coccodrilli. «Loky, i coccodrilli per il nostro amico», ordinava il cinese perverso e stronzo battendo le mani…

-Più rispetto, custode.

-Era il cinese di un film, Sorella.

-È lostesso.

In realtà, pensò Ñito, quelle fantastiche *aventis* si nutrivano di un mondo molto più fantasioso di quanto dei ragazzi di strada avrebbero potuto anche solo immaginare: storie vere con coccodrilli veri, storie di soffiate e di morti ascoltate dopo pranzo dai nostri genitori, a spezzoni e di striscio, quando si abbandonavano ai ricordi, ma che indubbiamente non avevano la stessa strana forza di convinzione delle *aventis* inventate da Java o da Sarnita. Distrutta la nostra capacità di stupore, captavamo soltanto i segni del caso: Amén assicurava di aver visto tre vedove incinta che partorivano fiotti di riso e farina sulla Montaña Pelada, sotto la luna, a gambe larghe come vecchie che pisciano da in piedi; nella stessa bottega, in assenza di Java e della nonna, Sarnita diceva di aver sentito, dietro le alte pile di carta e stracci, il raspare paziente di una lima e dei colpi di cucchiaio in un piatto; e Luis giurava di aver visto un poliziotto in borghese, al

cinema Roxy, che veniva crivellato con uno schioppo da caccia, ma giocattolo. A volte, accoccolati intorno alla più incredibile delle *aventis* raccontata dallo straccivendolo, in inverno, al tramonto, la nebbia ci portava la sirena lontana e spettrale di una nave in entrata nel porto e era come una sirena sentita in sogno, non credibile, una sirena comparsa in un mondo infinitamente meno reale del nostro.

-Queste sono aspirine –disse Suor Paulina, togliendogli di mano un flacone senza etichetta -. Fammi il favore di non mischiare tutto.

Di solito Java cominciava le sue storie a tentoni, cercando un appiglio qualsiasi, per esempio una misteriosa nave che navigava nella notte con le stive piene di polvere da sparo cammuffata in sacchi di caffè Brasile; a quel punto, se non sapeva come continuare, se la sua immaginazione tentennava, si aiutava per un po' con un sonoro «tuuuuuuut!», imitando meravigliosamente le sirena della nave con il fianco della mano sulle labbra e soffiando «tuuuuuut!» mentre pensava alla trama, al seguito, la svolta verso un nuovo intrigo. E subito, afferrandosi le ginocchia, in equilibrio sulle gambe incrociate sotto il sedere, le pupille brillanti in mezzo al cerchio degli uditori, l'intruglio cominciava a fluire dalla sua bocca come l'acqua rapida di un torrente, il racconto si faceva impetuoso e ripido, sfuggente, lasciando qui e là piccole pozze di incongruenze e nodi irrisolti che ci avrebbero intrigato solo molto più tardi. Per esempio: come poteva un invalido sulla sua sedia a rotelle salire fino a un secondo piano che in realtà era un quarto, se c'erano restrizioni di luce e l'ascensore non funzionava? La bambina che spingeva la sedia, la Fueguiña, fin dove lo portava? A parte la signora, che lei non arrivò mai a conoscere, in quell'appartamento non c'era nessun altro ad aiutarla…Ma Java non si soffermava mai in questi dettagli, forse nemmeno lui ne sapeva tanto di più a quei tempi, e sarebbe dovuto passare ancora molto tempo prima che scoprissimo che era lei, la Fueguiña, che una volta arrivati ai piedi delle scale dopo la solita passeggiata pomeridiana, prendeva in braccio il signorino e lo portava su, gradino dopo gradino. Lui si faceva portare come un bambola, le gambine avvolte nello scialle, la testa profumata di capelli neri impomatati reclinata sulla spalla di lei, gli occhi chiusi, i baffetti sottili così ben

rifiniti sulla faccia bianca come la cera. Non ci venne mai in mente di pensare che la Fueguiña, così magra e deperita, potesse avere la forza per sollevare l'invalido, né che dovesse occuparsi così tanto di lui: snudarlo e metterlo a letto, lavargli il corpo con una spugna rosa e aiutarlo a fare i suoi bisogni. E dire che nelle *aventis* di Java, come avremmo visto più avanti, la realtà era una materia oscura e pesante che sarebbe dovuta rimanere ancora a lungo sul fondo, senza poter affiorare in superficie. Ma alla fine tutto si viene a sapere, Sorella…

-Il vostro rifugio preferito si trovava a Las Ánimas –disse la suora-. Dio mio.

-Non lo sapeva nessuno.

-Io sí –disse lei, e una nube di tristezza le attraversò gli occhi-. Vi spiai, una volta, e era un inferno ciò che vidi.

Il sole non colpiva più la parete esterna, e i vetri oscurati della finestrella divennero color cenere. Il custode, finito il bicchierino di liquore alla pera, si alzò dallo sgabello di metallo strofinandosi le labbra con il polsino insaguinato del camice. Grazie, Sorella, ora devo andare a fare l'iniezione ai cani e a dargli da mangiare. La suora lo vide uscire, vai con Dio, Ñito, lo guardava spingere i battenti della porta ma non sembrava che lo vedesse, comportati bene.

Incrociò il dottor Albiol nel corridoio e sfoderò e sparò, leggermente inclinato sul fianco destro. Il dottore rideva e lo fermò, tu scherzi sempre, Ñito, come faremmo senza di te in quest'ospedale, offrendogli una sigaretta. Chiese, allora qualche novità?, e il custode rispose schiettamente: stamattina ne hanno portati quattro, incidente d'auto, una coppia con due figli.

-E i parenti?

-Non ne hanno.

-E tu come lo sai?

Il custode cominciò a tossire, tossì per un po' appoggiando una mano alla parete stuccata. So già quello che vuoi, pensò, siete tutti uguali. Con il suo fazzoletto blu si pulì le labbra, le sopracciglia e la fronte, e si voltò per metà verso la parete e congestionato per poi grugnire non verrà nessuno, se vuole una dissezione lo dica subito, cazzo, pezzo più pezzo meno. Il dottor Albiol domandò

chi farà l'autopsia, e subito dopo, senza aspettare una risposta e con un mezzo sorriso forzato: beh, stai piangendo? Il custode si allontanava: chi è che piange qui, cazzo?

-Dottore, diceva, venga, tocchi.

Premendo con le dita la pelle tesa del ventre, scendendo, palpando l'osso sotto il bacino. Bisogna aprire subito, disse l'altro, e nelle sue mani Juanita notò più delicatezza, più calore e una specie di affetto mentre le alzava la gonna fino alla vita. Di colpo sentì che ruggiva: Forbici!

Buttata di schiena sopra una superficie dura che odorava di legno bruciato, vide la faccia del dottore che si chinava fino alla sua con una scintilla d'argento fra i denti. Sorrise tranquilla, anche se con il petto molto agitato, vedendo che impugnava le forbici e mormorava le fredde raccomandazioni: calma, Juani, non te ne accogerai nemmeno, è come un rasatura a secco, ricrescono subito. Chi è spaventata, io?, con un sorriso che era una sfida: non mi vedrete piangere, accidenti, non vi darò questo piacere. Notò le sudicie mani che con forza aprivano le sue cosce, le dita che si trattenevano nelle zone più tenere, sopra, vicino agli inguini, il contatto freddo delle forbici e il cric-cric che decapitava i duri ricci color miele. Sentì dire, pelosa la bambina, mentre conteneva la respirazione, e sorrise rassegnata all'alta notte d'estate, alle stelle. Caddero gli ultimi ricci e le mani insistevano, esplorando. Avvisa quando fa male, grida se vuoi, non ti sentirà nessuno. Lei si dibattè furiosamente sotto la pressione delle cinghie e pensò che porci, mi mangiano con gli occhi, speriamo che facciano in fretta. Il dottore parlava di ulcere e tumori maligni e qualcuno disse: Anastasia, e un altro rispose anestesia, somaro, e lei vide cadere sul suo naso un crosta nerastra che odorava di muco. Il fazzoletto del Tetas bagnato con acqua di liquirizia. Respira, stupida, ti stiamo anestetizzando.

Juanita si dimenò finché non potè respirare di nuovo. Calma, ragazza, e le cinque facce protese restringevano il cerchio. Bisogna esplorare di più, disse il dottore, e lei maiali, protestò, mi avevate detto che lo avreste fatto coi guanti,

chiudendo le cosce, ma subito quattro mani ansiose la riaprirono, mentre passava davanti ai suoi occhi il pugnale scintillante. Juanita soffocò un grido nel petto sentendo il dito che esplorava nelle vicinanze, separava le labbra, frugava, avvitando, scivolando lungo le umide pareti. Si concentrò provando a immaginare, chiuse perfino gli occhi, e sognò un peso dolce che le opprimeva i seni, le sue labbra, sognò un'affetto per i suoi capelli, ma non sentì nulla. Al lato opposto delle lacrime, sopra, nella cima della rabbia, oltre i rami del mandorlo e delle palme agitati dalla brezza, il luccichio delle stelle impazzì di colpo, la luce si scompose. Non ti rimarrà il segno, diceva il più sornione, calma, se non ti comporti bena verrà a operarti il dottor Java e vedrai che bravo.

Juanità riuscì ad alzare la testa e fissò le pupille su di lui.

-Porco! –lanciò insieme allo sputacchio-. Rognoso di merda!

-Sei stata avvisata –disse Sarnita con calma, pulendosi la faccia con il dorso della mano-. Quindi parla, maledetta, sputa il rospo o assaggerai il Ferro Bollente.

-Ti marchieremo come la Donna Marchiata –minacciò il Tetas.

-O preferisci la patata dolce? –disse Luis.

-A questa piace il pomodoro –sussurrò Martín nell'orecchio a Sarnita, entrambi reggendola per le gambe-. Dirà tutto quello che sa, ma prima vuole provare la patata dolce. Solo la punta.

-Non fare la santa, Juani –diceva il Tetas, bagnando di nuovo il fazzoletto con il liquido nero da una bottiglietta di vermouth -. Parla e ti lasceremo andare, non essere sciocca.

-Sarebbe questo giocare al dottore? –protestò lei-. Questo? Non mi fregherete più. E tu vuoi fare il medico da grande?

-Sarò medico –disse Sarnita-. Operatore.

-Ah, ah, animale!

-Cosa ridi, mammona? Luis, la patata dolce! –ordinò Sarnita, aprendo il palmo della mano con la fulminante autorità di un chirurgo nella sala operatoria. Veloce!

Luis si avvicinò e lei notò l'odore di caffè tostato che emanavano i suoi vestiti. Chiuse le cosce e scacciò ancora una volta la dolce fantasia di quello. Con le sue rugosità e i suoi pelacci, crudo e freddo, appuntito e allo stesso tempo consumato

dal contatto con tante mani e tasche: così lo immaginava ora mentre si faceva largo. Ma tutte le mani non avevano la forza per separare le sue gambe, tutta la diabolica abilità di Sarnita non arrivava a introdurre nemmeno la punta. Huy, huy, parlerò, disse Juanita con finta urgenza, ma lasciatemi andare, fatemi respirare…

Luis accese un mozzicone di sigaretta con la fiamma del cero. Si sentiva nella notte il cincin di orchestre lontane, un miscuglio di briosi ballabili che venivano da varie strade: Legalidad, Providencia, Encarnación e Argentona. Ululavano le sirene delle attrazioni di Plaza Joanic. Dentro l'ampio cortile di Can Compte, il cui muro di cinta sdentato si stagliava nero contro il cielo stellato, loro guardavano con occhi maligni l'orfanella legata con cinturoni di pelle di serpente alla porta sbruciacchiata e appoggiata orizzontalmente su pile di mattoni, in mezzo a una semina di detriti: una landa desolata e incolta, vecchi alberi mezzo carbonizzati da raggi o bombe, una terra che a tratti sembrava castigata da denti e artigli. Talvolta il vento alzava un'effusione di ceneri e fumo. Il rampicante saliva sul muro di cinta come un intarsio antico e polveroso, e a riparare la bambina prigioniera e seminuda c'erano i rami di un vecchio mandorlo il cui tronco era stato morso dalle pallottole; intorno a ciascun impatto, un cuore e un nome incisi con la punta di un pugnale, Susanna, Menchu, Fueguiña, Rosita, Virginia e Trini. Accoccolato vicino a Juanita, Martín giocava con il pugnale fra le mani. A voce bassa quasi da innamorato le diceva non avere paura, ragazza, Java sta ancora dormendo in macchina, forse non verrà neanche qua. Il Tetas e Amén si sedettero vicino a Luis, che distribuiva pasticche *juanola*[14]. Mingo, con i gomiti appoggiati sulla tavola operatoria improvvisata, guardava le mutandine bianche della prigioniera calate fino alle ginocchia sporche della polvere dei banchi di chiesa. Su tutte le facce brillava la luce gialla del cero che bruciava in mezzo al bidet, fissato con la sua stessa cera sciolta. Cacchio, Juanita, sei tosta, disse Mingo, non credevo che reggessi tanto.

-Un respiro, teppisti –disse lei-. Tu, coprimi un po'.

Mingo le abbassò la gonna fino a metà coscia. Da vicino veniva il canto dei grilli e da lontano la musica della *Fiesta Mayor*.

[14] Pasticche espettoranti a base di oli essenziali, in commercio dal 1906.

Martín si alzò grattandosi con il unghie il petto magro, dove penzolava la cordicella con la pallina di canfora, e lanciò uno sguardo torvo attraverso la notte chiara, a filo delle erbacce e della terra biancastra e sepolcrale che andava da Legalidad a Encarnación, fino alle rovine dell'immemore masseria costudita da quattro palme. Dopo i fossi e i detriti si vedevano staccionate rotte e recinzioni di filo spinato abbattute, rase al suolo come da un uragano. Da calle Escorial, sporgendo da sopra il muro di cinta, un lampione bagnava di blu il telaio ossidato della Ford tipo Sedan senza ruote né portiere, un guscione abbandonato, imputridito dalla pioggia. Dentro giaceva un'ombra immobile sopra tele di iuta sfilacciate, Java che illuminava il dorso della sua mano con una pila, guardandolo come se leggesse nella pelle. Martín gli toccò la spalla: Java, disse, vieni o cosa. Arrivo, alzandosi pensieroso, il pollice agganciato alla grossa fibbia di ottone della cintura. Arrivato da loro, appoggiò il piede sul bordo smaltato del bidet, il gomito sul ginocchio, guardo per un certo tempo la fiamma tremolante della candela e poi la prigioniera, dalla testa ai piedi: la sua rozza uniforme blu, la cravattina bianca, la crocchia da bigotta, la mutandine abbassate, lo sporco scapolare in mezzo alla faccia. Soprattutto, il suo sorriso torvo e sfacciato.

Juanita guardava lo straccivendolo con ansia e malizia, le orecchie accese come braci:

-Avevo proprio voglia di vederti, fanfarone. Cosa vuoi sapere? Dái, chiedi. Cosa cerchi?

Java non disse niente, per il momento. Fu Martín:

-È vero che tu e le tue amichette avete trovato delle munizioni sotterrate, qui?

-Merda –disse Juanita.

-È così che vi insegnano a parlare nella casa famiglia? –disse Amén.

Martín puliva la lama del pugnale sull'orlo della gonna della prigioniera.

-Questo territorio è nostro –disse-. Parla, o ti operiamo la pendice.

-Marchiala, Martín –suggerí il Tetas.

-Prima le metteremo fiammiferi accesi sotto le unghie.

Luis tirò fuori la scatola dei fiammiferi. La paura spuntò negli occhi di Juanita, sempre fissi su Java. Batté le palpebre.

-Qualcosa ho sentito a Las Ánimas, ma non ricordo –borbottò.

-Sputa, ragazza –Sarnita impugnando la patata dolce pelosa, aspettando un segnale di Java-. Cos'è che hai sentito?

-Che uno dei Luises aveva trovato qualcosa qua in giro.

-Cosa?

-Una bomba a mano.

-Dove?

-Che ne so, qua in giro –Juanita prese a muovere furiosamente il culo sopra le assi dissestate della porta –Slegami, tu, che mi sanguinano i polsi.

-Senti, tu vai molto a Las Ánimas? –le domandò Sarnita.

-Sí, e allora?

-Più forte, non ti sentiamo –disse Luis grattandosi il buco del culo con un dito-. Parla o ti facciamo la festa. Chi è stato a trovare le munizioni?

-Cosa ti gratti, maiale? –subito fece una faccia triste-. Hai i vermi? Ah, come te la passarai male. Vuoi sapere come mandarli via subito?

Luis annuì. Lei tornò a guardare Java, ma lo straccivendolo era immobile e silenzioso.

-Le domande le facciamo noi –disse Sarnita-. E non provare a cambiare argomento, bambola.

-Tanto da me non saprete nulla –disse lei -. Teppisti. Miserabili *kabileños*. Maiali indecenti.

Sarnità riflette, girò intorno al bidet scrostato su cui Java teneva appoggiato il piede, e lesse sulla faccia di Java, nel suo strano silenzio: le mani oscure che penzolano inerti, incrociate sopra il ginocchio, il fazzoletto colorato annodato al collo, i bermuda blu, il volto impasibile sopra la luce inquieta della candela. Che cosa stava aspettando il cisposo, perché non la interrogava lui, se era stata sua l'idea di farla prigioniera?

-Vediamo –disse Sarnita tornando da lei-. Chi di voi è stato a Las Ánimas, a parte Amén e il Tetas?

-Io ci sono andato una volta –disse Mingo.

-Niente. Bigotte e canti funebri.

-Tu cosa ne sai –disse il Tetas-. Hanno tavoli da ping-pong e una squadra di calcio, con un pallone regolamentare, e scarpini e magliette e tutto. E poi fanno rappresentazioni teatrali.

-Sí, ma in cambio ti fanno ingoiare ostie e recitare il rosario tutto il fottuto giorno –insistette Mingo-. E ti insegnano il catechismo, quelle bigottacce.

-Sono molto buone –disse Juanita-. Chiedilo a Amén, che è chierichetto. E danno la merenda…Giù le mani, tu!

-Ma insomma, chi ha parlato di andare a Las Ánimas? –disse Sarnita furioso.

-Java.

-E perché?

-Così potrà lavorarsi le orfanelle, non capisci, testone? –disse Martín -. Potrà interrogarle. Investigare su di loro.

-Già.

Java non prendeva parte alla discussione. Si era seduto su un sasso sotto il mandorlo e guardava Juanita. Risuonò lontano nella notte uno scoppio di voci e applausi da una strada in festa, ma i musicisti ormai dovevano essere stanchi e la musica si perdeva nel tragitto: arrivava soltanto un rimbombo monotono di grancassa e contrabbasso, un battito che sembrava appartenere alla notte più che all'orchestra.

-A mia madre piacerebbe che io andassi a Las Ánimas –disse Luis-. Dice che così starei meno per strada.

Liberata dalla porta-lettiga, ora con le mani legate dietro la schiena, la prigioniera veniva spinta da Sarnita verso il centro del capannello spettrale, vicino al bidet con la candela. Java si rigirava la torcia fra le mani. Sarnita si inginocchiò di fronte a Juanita e la fiamma si rifletta sulla sua testa rapata, piena di croste che curava con la polvere di zolfo. Chi ha trovato le munizioni, disse. Parla, disgraziata. Java si alzò. Martín ruggì: fa finta di non sentire. Si lanciò su di lei e entrambi rotolarono in mezzo a una sottile polvere di gesso. Juanita si ritrovò a quattro zampe e lui fu visto per un istante fugace attaccato alle sue natiche che si agitava freneticamente, che la colpiva con il pube come un cane. Scalciando, lei si voltò e mordeva l'aria, finché non si trovò schiacciata dal peso e dall'ansia di

Martín e si immobilizzò. Ruotò la testa lentamente e sputò nella polvere, e alzò piano le ginocchia, e poi, ancora più piano, cercò Java con gli occhi e dalla sua ambigua sottomissione gli dedicò quel sorriso come una smorfia. Avvicinandosi, Java la accecò con la luce della torcia, ma lei continuò a sfidarlo con gli occhi e la bocca ricurva, imbrattata dalla polvere e da una saliva sanguinolenta.

Mi ha morso, quell'animale, disse con strana indifferenza, leccandosi il labbro, sputando.

-Mollala –ordinò Java.

Martín si fece da parte, in ginocchio, e sbattè la polvere dalla gonna e dalle gambe di Juanita, che si stava già alzando. Animale, mormorò lei, bestia.

-Vieni qua, avvicinati alla luce –disse Java-. Come ti chiami?

-Lo sai benissimo, straccivendolo.

-Come ti chiami.

-Juanita. Tu, toglimi questa porcheria dai capelli. Fai piano, bruto!

Martín le ripuliva la testa, estraendo fili d'erba. Luis disse:

-«La Trigo[15]». Juanita «La Trigo», cosí la chiamano.

-Perché?

-Per il colore dei capelli, tonto. –Juanita agitò in aria la coda di cavallo-. Non vedi? Ahia…! Che manacce! E finiamo, dái, che devo tornare a calle Sors, la signorina ormai si sarà accorta che non ci sono. Che razza di casino per due fumetti malconci di *Merlín*, e senza copertina.

Si affrettò a precisare il Tetas: un almanacco e filare, bella, e lei protestò indignata, me avevate detto due, accidenti, un accordo è un accordo. Sarnità intervenne dicendo sí, d'accordo, ma devi lasciarti pungere.

-Niente da fare, furbetto. Che cosa credi.

-Beh, vi lasciate tutte toccare dai Dondi sul portone della Casa Famiglia…

-Bugia –disse Juanita-. Voglio andare via. Magari fossi rimasta alla Fiesta Mayor. Porci.

Java, che camminava a capo chino intorno a Juanita e alla candela, disse senza guardarla:

---

[15] "Grano" in italiano.

-Avrai quel che ti è stato promesso, più un altro fumetto di *Monito e Fifi* come mancia. Contenta? –Si fermò davanti a lei, sorridendo-. Ti piace la Fiesta Mayor del quartiere?

Qualcosa nel suo sorriso fece pensare a Juanita: ora si, ora potrei sentire la vera paura, potrei sentirla sopra di me, e nessuno mi sentirebbe gridare, nessuno verrebbe se mi stessi dissanguando.

-Se una potesse rimanere tutta la notte e ballare con chi le piace… -disse-. Ma la signorina, lo dicevo a questo qui mentre mi portava da voi, la signorina ci lascia stare fuori solo per un po'. Una passeggiata per vedere le vie decorate, le orchestre, i vestiti delle ragazze…

Comunque, si era divertita molto, aggiunse, prima andarono tutte alla Parrocchia e da lì, in compagnia del prete e di alcune catechiste, a fare un giro per le strade; che in calle Sors il prete era salito sul palco dell'orchestra per inaugurare la festa, e salirono anche Pilar, Virginia e Rosita, e il prete aveva fatto un bel sermone, cioè, un discorso, disse che era il primo anno che il comitato di quartiere lo invitava all'inaugurazione e che questo era di grande soddisfazione per la parrocchia e anche per Dio, perché così la chiesa sarebbe tornata a prendere parte alla sana allegria del popolo, dopo tante disgrazie e dolori a causa della guerra, e nel ricordare i caduti alcune donne piansero, ma poi il prete prese la tromba da uno dei musicisti e suonò, risero tutti molto e dicevano com è alla mano questo prete, e lo disse uno che dicono che era rosso, pensa.

-Neanche tu hai il padre? –disse Java.

Juanita fece spallucce, le labbra premute.

-Come tutte quelle della Casa –grugnì contrariata, sputando le parole-. I nazionalisti lo hanno fucilato, nel caso ti interessi. Insomma, cos'altro vuoi sapere, presuntuoso. A cosa ti servo. Martín mi ha detto che è per le munizioni…O non è per questo?

Java si stava togliendo il fazzoletto dal collo e lei disse, intrigata: mi benderai gli occhi? Mentre lui glielo annodaba alla nuca, cuando ormai non vedeva più nulla, potè odorare la stessa acqua di colonia che usava il tenente Conrado e che a volte si metteva la Fueguiña. La fecero girare come una trottola e notò sotto la

gonna la rapida mano, indovina chi è, lei si rivoltò scalciando, perse l'equilibrio, le mani di Java la sostennero dalla cintura: tranquilla, Juanita. E la voce ansiosa di Sarnita: è vero che un *moro*[16] al tuo paese ti ha scopato, mascalzone, e davanti a tuo padre? E le risatine del Tetas e di Amén.

-State zitti, cazzo –disse Java, ma lei notò che non metteva autorità nella voce-. Juanita, non avere paura. Adesso ti tolgo il fazzoletto e potrai tornare al ballo. Fidati di me. Voglio che tu mi dica soltanto una cosa.

-Se la signorina si accorge che sono scappata, mi ammazza.

-Dimmi, chi è adesso la direttrice della casa?

-La signorina Moix. Ormai è vecchia e non vede niente, ma si accorge di tutto. Io e la Fueguiña ce la svignamo sempre. Certo, la Fueguiña ha la fortuna di lavorare fuori dalla casa…

-Lavorate?

-Se lavoriamo? Cucire, ricamare, lavare i panni, stirare e pulire i pavimenti. Roba da niente. Tutto il santo giorno. E fabbrichiamo fiori di carta, di quelli che si usano per decorare le strade quando c'è il ballo. E facciamo anche il merletto al tombolo, e chi più ne ha più ne metta, tesoro. Altre hanno più fortuna e lavorano fuori, come domestiche o come assistenti, come la Fueguiña. Lolita va a un'accademia di taglio e cucito…

Qualcuno che non era Java la prese per le spalle e di nuovo la fece girare, e una voce roca per farle paura: vedi qualcosa, carina? Ma la voce dello straccivendolo, così vicina al suo orecchio, era l'unica che le desse i brividi:

-La direttrice che c'era prima, come si chiamava?

Juanità si stiracchiò. La sua testa, con gli occhi bendati, si erse un momento come se avesse captato un segnale nella notte, oltre la musica di grilli e orchestre. Gli altoparlanti della strada più vicina emettevano una voce nasale di cantante: il mare, specchio del mio cuore.

-Come si chiamava? –insistette Java.

-Io non so niente. Io sono arrivata alla casa quattro anni fa, i mori erano già entrati nel mio paese (le volte che mi hai visto piangere). Io, quando mi portarono

[16] Nome dato ai soldati franchisti, la cui rivolta partì dai territori spagnoli in Marocco.

qui a Barcellona, lei non era più direttrice, c'era già la signorina Moix (la perfidia del tuo amore).

-Ma tu hai sentito parlare di lei –disse Java-. Dalle altre orfane.

Juanita sentì una voce che usciva irritata dal pavimento, quella di Sarnita: sarai stronzetto, che storia è questa dell'altra direttrice? Che cosa cerchi, Java, su cosa stai investigando in realtà, cosa c'entra questo con le nostre munizioni? Ma lo straccivendolo non gli fece alcun caso, e dirigendosi a Juanita, nello stesso tono affabile ma freddo di prima, ripeté:

-Avrai sentito qualche commento su lei, dì la verità.

-La signorina Moix non vuole che parliamo di quella…Ci sarà qualche ragazza che l'ha conosciuta, suppongo, fra quelle più grandi. Ma è proibito nominarla. Io non so nemmeno come si chiamava.

-Perché è proibito?

Juanità sospirò. Avvertiva una tensione in tutti all'infuori che nello straccivendolo. Loro non capivano le domande di Java. Questo interrogatorio è una cagata, disse Sarnita. Si udì il clic del pugnale.

-Parla o ti marchio la faccia. –disse Java-. Io non scherzo, ragazzina.

-Per una cosa brutta che ha fatto una volta –sussurrò Juanita-. Dicono che una notte tagliò la testa a tutte le bambole delle ragazze della Casa. E in più adesso fa la brutta vita, dicono, come Menchu.

-Una troia.

-Esatto.

Notò le dita di Java sulla nuca, il fazzoletto le scivolò dalla faccia e la prima cosa che vide fu Sarnita seduto ai suoi piedi, guardando lo straccivendolo con impazienza e fastidio. Finalmente, disse Juanita, adesso i polsi, credo di aver perso sangue. Posso già andare? Luis offrendole una pasticca dal palmo tignoso della mano: vuoi una juanola?, con l'altra sfregandosi il sedere. Mettimela in bocca, così. Ehi, ma davvero hai i vermi?

-Avete avuto sue notizie? –insisteva Java con le sue domande-. Sapete dove vive adesso?

-Chiedi alla Fueguiña. Lei la conosceva, credo.

Java le diede le spalle, allontanandosi verso il telaio della Ford. Sarnita protestò di nuovo: che noia, e spinse la prigioniera fino a costringerla a sedersi sul bidet. La candela bruciava fra le sue ginocchia. Java si era appoggiato all'interno dell'automobile e da lì contemplava la scena, senza molto interesse. Luis e il Tetas la tenevano per le caviglie, Mingo le teneva i polsi dietro la schiena e Sarnita le chiudeva le cosce intorno alla fiamma. Adesso vedremo se parli o no, vedremo se dici a Java dove vive quella zoccola. E voltando la testa verso la Ford: è importante, Java? Lo straccivendolo arricciò la bocca e Sarnita aggiunse: lo vedi, cagna? Sputa.

-Ma io non so nulla, non l'ho mai conosciuta. Che vergogna, vergine, che vergogna.

-Sta facendo la stronza, Sarnita –disse il Tetas-. Le caliamo un'altra volta le mutande?

-Ti brucieremo la topina, ragazza –disse Mingo tagliando la strada a Martín-: Tranquillo tu, non ti spaventare, che non succede niente.

-Si brucierà.

Con gli occhi fuori dalle orbite lei guardava la fiamma della candela a pochi centimetri dalle cosce polverose e graffiate. Dibattendosi riuscì a liberare una mano e a graffiare la faccia del Tetas, che rotolò a terra esagerando un ululato.

-Juani la intrepida –disse Sarnita.

-Parla, brutta cagna.

-Ti infileremo la patata dolce su per il culo.

-Non so niente, vi dico che non so niente!

-Vediamo un po' –intervenne Java illuminandoli con la lanterna. Loro si fermarono, ma non le tolsero le mani di dosso. Il respiro strozzato di Juanita piegava la fiamma della candela-. Allora, se mi dici la verità ti lasciamo andare. Sai se aveva un segno particolare, hai mai sentito dire dalle orfane se aveva un segno sulla pelle, una cicatrice?

-Una cicatrice sulla pelle?

-Sí. Di quelle grosse…

-No. E te lo ripeto: chiedi alla Fueguiña. Io non so niente.

Java si fece pensieroso e tutti protestarono di nuovo: stronzo di un cisposo, che mistero nascondi? Raccontaci cosa cerchi una volta per tutte, chi è la zoccola della cicatrice. Java disse soltanto:

-Lasciatela, e che vada a ballare.

Juanita sorrise fra le lacrime, stronfinandosi i polsi doloranti. Poi si scrollò la gonna e i capelli.

-Messa così –disse Mingo- nessuno ti inviterà a ballare.

-E che me ne frega! Io ballo con la Trini.

-Luis, accompagnala –ordinò Java, e a lei-: Lo sai, sei parli di questo, se lo racconti a qualcuno, allora sí, allora ti sfregio quella bella faccia con un taglio e in più ti raso a zero.

-Ma non mi dire –canticchiò Juanita-. Nient'altro? Non volevate nient'altro da me, stasera? Vi credete molto furbi, no? Siete solo dei porci.

E girando sui tacchi si allontanò in direzione del buco nel muro di cinta che dava su calle Legalidad, inciampando fra arbusti e rifiuti, ma decisa e agile. Grattandosi il buco del culo, Luis si precipitò dietro di lei e quando fece per prenderle la mano lei lo schivò furiosa. Ma gli disse a voce bassa, quasi dolce: conosco un rimedio infallibile per i vermi, una collana d'aglio. Te ne regalerò una, anche se non te la meriti, no, porco.

E fu proprio quella notte che Java incominciò a interrogare tutte le orfanelle, cercando una pista che lo conducesse dalla puttana rossa. L'estate del '40, doveva essere. Strada per strada, scortato da *kabileños* con le tasche piene di polvere da sparo e pelli di serpente come cintura, per circa due ore percorse inutilmente il quartiere in festa. Incontrò molte ragazze della casa, ma non la Fueguiña. Il Tetas e Amén gli facevano strada penetrando fra le fiumane di gente con violenza, a gomitate e alzando le gonne delle ragazze e tirando loro i capelli. Volavano stelle filanti da un balcone all'altro e da un marciapiede all'altro, sopra coppie e guardoni che avanzavano accalcandosi in entrambe le direzioni. La banda si fermò per un po' davanti al palco di calle Sors, ammirando un frenetica esibizione di batteria dell'orchestra Melody. All'angolo di calle Laurel, in mezzo a un

capannello si ragazze eccitate che leccavano ghiaccioli al limone e all'arancia, un giovane artista vestito miseramente dipingeva bei paesaggi al pastello con rapidità sorprendente e lì vendeva sul posto per quattro soldi la mezza dozzina. Un anziano venditore di cialde che aveva montato la sua roulette con sigarette all'anice, filtri di carta e bottigliette di vermuth, fu espulso a malo modo da un agente in borghese che viveva in calle Argentona. Quasi nessuno si accorse del giovane trasandato con zainetto e testa rapata che si inclinava molto lentamente sul bordo del marciapiede; sembrava che si stesse chinando a raccogliere qualcosa, in realtà stava cadendo per la debolezza. Lo alzarono alla meglio e lo misero a sedere con la schiena contro la parete, e aveva un taglio sulla fronte e la figlia di una del quartiere, una ragazza con un attillato vestito verde, portò un bicchiere di latte che il giovane vagabondo non volle bere.

In fondo alla strada si sentivano degli applausi. Con i neri capelli impomatati e la faccia smunta da tubercolotico, un raffinato ballerino da padiglione faceva eleganti evoluzioni con la sua compagna bionda in mezzo a una cerchia di guardoni. Di fronte al portone della parrocchia, le orfane della casa-famiglia ballavano fra di loro brandendo borsellini di plexiglass verde. Alla domanda di Martín, dissero di non sapere dove si trovava la Fueguiña, ridendo come delle stupide, ma cosa volete da quella? c'è qui la Pili…In un vicolo scuro e deserto una coppia si bacia e loro si fermarono a scrutare le ombre con le vertiginose pupille, abituate a cacciare gatti nella tenebra più densa. Le campane di Las Ánimas batterono la mezzanotte. L'ombra silenziosa che s'incrociò con loro in questo momento era il fidanzato pistolero di Margarita: passava senza vederli con il suo volto terribile bucherellato dal vaiolo, bianco e duro come il ghiaccio. Sarnita si abbassò come se sentisse il fischio di un proiettile.

-Il «Taylor» -disse.

Il «Taylor» camminava con le braccia separate come se avesse i gangli sotto le ascelle, amareggiato, lento e lontano e con i suoi capelli nero vernice, e passò così vicino che loro captarono il sudore delle ascelle che odorava di cuoio.

Passata la mezzanotte, Java propose di fare due gruppi e di riincontrarsi più tardi. Eccetto lui e Mingo, si incontrarono tutti mezz'ora dopo al parco di

divertimenti in plaza Joanic. Nelle casette del tiro a segno chiesero un fucile e per una mezza *peseta* spararono a una bottiglia di anice finché la padrona non si accorse che utilizzavano dei pallini che aveva in tasca Amén, e ritirò loro il fucile. Salendo per Escorial, nel rompere a sassate il solitario lampione in angolo con San Luis, un vento improvviso che sbucò dall'oscurità buttò a terra Sarnita; fu come un'apparizione spettrale, avrebbe raccontato più tardi, un uomo alto e pallido che avanzava curvo contro la notte; per un istante potè vedere l'acciaio brillare nei suoi occhi, il giaccone blu da marinaio aperto e il suo alto petto nudo e tatuato; dal basco spuntavano ricci d'oro e la sua barba era bionda come il miele. Che gli venne addosso al girare l'angolo, disse, e che poi si allontanò a grandi falcate con le sue scarpe di corda blu sbrancate. Voleva aggiungere, anche se non potè o non ne fu capace, che quell'uomo sembrava venire non dalla notte più remota, ma da un naufragio, una tormenta o una taverna del porto con la sua vetrinetta macchiata.

-È lui –disse-. È il marinaio.

-Io non ho fatto in tempo a vederlo –disse Amén-. Che spavento!

-Non può essere. È in Francia –disse Martín-, se n'è andato su un mercantile.

-Allora è tornato.

-Sarà quello che porta caffè di contrabbando alla torrefazione clandestina dove lavori tu, Luís? –disse il Tetas-. Sicuro, sicuro.

-In effetti lo porta un marinaio –disse Luís-, ma non è questo qui. Questo è un *maquis*[17], ciccio, scomettiamo? Sicuro che ha la tessera dell'AFARE[18], mio padre ne ha una…

No no, lo interruppe Sarnita mettendosi a camminare, vi dico che è lui e che viene da Marsiglia, ha sempre voluto fare il marinaio. Volevano raccontarlo a Java, ma quella notte non lo videro più. E quando Mingo si riunì a loro, gli raccontò cos'era successo con la Fueguiña: lui e Java alla fine l'avevano trovata in calle Torrente de las Flores, e Java con lei fu più enigmatico che con Juanita, non le chiese nemmeno delle munizioni. A quanto pare non la riconobbe subito, era

[17] I partigiani antifranchisti.
[18] L'esercito repubblicano durante la Guerra Civile.

molto diversa dalla ragazza che aveva visto la prima volta, quell'ombra grigia in una rozza uniforme grigia e con i sandali di gomma. Ballava, disse, con uno che indossava dei pantaloni alla zuava, un certo Sergio, che Java conosceva perché gli aveva venduto dei romanzi di *Doc Savage* di seconda mano. La stringeva molto ma lei non voleva rendersene conto, oppure le piaceva. Sopra la sua testa ispida, i suoi capelli neri separati sulla fronte e raccolti in due grosse trecce, si estendeva fino in fondo alla strada il soffitto di ghirlande e strisce di carta velina sfrangiata e lampadine colorate. Innocenti e voraci, gli occhi dello straccivendolo vagavano per la povera gonna a fiori e il misero pullover rosso, smangiucchiato nelle maniche e ricoperto da una peluria luminosa, mentre lei si lasciava palpare dal suo compagno. Approfittando di una pausa dell'orchestra, si intromise fra i due e la invitò a ballare il seguente bolero, ma lei rifiutò. Mingo non sapeva come Java si fosse liberato del suo rivale, vide soltanto che gli diceva qualcosa all'orecchio, che entrarono insieme in un portone buio e poco dopo uscirono per riunirsi con la Fueguiña. Zoppicando un po', Sergio la fece ballare ancora, ma non arrivò in fondo al bolero. Fu come se all'improvviso gli fosse venuto un crampo terribile o gli avessero dato un calcio nelle palle, disse Mingo: rosso come un pomodoro, soffocando un grido, lasciò la ragazza e andò verso casa arrancando, reggendosi alle pareti come un cane ferito. Lei non rimase sorpresa né niente, soltanto un po' infastidita. Pensò che al poveretto gli fosse venuto un crampo alla gamba.

Al primo ballo si lasciò stringere come con Sergio, a mo' di tonta, come se non avesse coscienza del suo corpo e non le importasse. La sua voce era come il suo sguardo: torbida, fissa, di un'indifferenza sconvolgente.

-Come ti chiami?

Ci mise un po' a rispondere.

-María.

-Però ti chiamano la Fueguiña. Perché?

-Non so.

-Non ti ricordi di me?

Lei alzò le spalle. I suoi occhi di cenere si sporgevano dalla spalla di Java come da un parapetto.

-No.

-Hai mai mangiato gli involtini al tonno? – Stringendola un po' più in vita, Java aggiunse: -È tutta la notte che ti cerco.

-Bugiardo.

-Perché non indossi l'uniforme come le altre?

Quelle che lavoravano fuori dalla Casa, spiegò, quelle che andavano a cucire in case private o a fare le faccende a ore, potevano indossare abiti comuni. Chissà dove te ne vai, intonò fra i denti seguendo le battute dell'orchestra, chissà in che avventure ti metti…Sí, badava a un invalido, un ferito di guerra, per qualche ora al giorno. Quanto sei lontana da me. La direttrice della casa era buona, le trattava bene, adesso starà passeggiando con le altre per le strade in festa, forse la starà cercando, era già molto tardi.

-Come si chiamava l'altra direttrice?

-Che altra direttrice?

-Quella che c'era nella casa prima di questa, che aveva delle cicatrici e dicono che fosse molto rossa.

-La signorina Aurora- disse la Fueguiña.

-Non l'hai più rivista?

-No.

-E non sai dove vive?

-No.

-Dicono che adesso è finita per la strada.

La Fueguiña alzò le spalle.

-Dicono.

Per sbaglio lo calpestò e sorrise a mo' di scusa, scostandosi appena. Allora Java potè vedere il suo strano sorriso sbrecciato, i suoi denti rotti e malati. Lei lo guardava con sospetto e lui sosteneva quello sguardo. Accadde tutto molto in fretta: le luci si spensero e l'orfana si ritrovò con un lampioncino in mano, disse vado a prendere i fiammiferi e Java la sta ancora aspettando.

Di lei nemmeno l'ombra da nessuna parte. Dopo il ballo del lampiocino, quando ormai la cantante si era ritirata e l'orchestra suonava gli ultimi balli, le

donne cominciarono a strillare e le coppie a correre in tutte le direzioni. Attraversando una cortina di fumo nero e spesso, i musicisti saltarono il torrente da sopra il palchetto con i propri strumenti. Nel giro di qualche secondo la gente si accalcava sui marciapiedi e il palco deserto, emettendo fumo da sotto, bagliori intermittenti e esplosioni: bruciava la striscia di botti del giorno dopo, i sacchi di confetti per la fine della festa e alcune sedie pieghevoli. Una scintillante lingua di fuoco divorò le tende rosse del palchetto, visto e non visto. La urla del fuoco non si udirono finché le fiamme enormi non schizzarono fuori da una parte, piegandosi e leccando il pianoforte. Alle facce arrivava il calore come esalazioni di un animale ferito. Tiravano secchiate d'acqua e il fumo ora saliva denso e bianco verso la notte stellata. Java si dibatteva in mezzo a una doppia barriera di uomini, che esalavano un vapore snervante e appiccicoso, una furia muscolare che stranamente li rendeva fratelli a ogni scoppio di petardo. Montando sul marciapiede per schivare il getto d'acqua che scendeva lungo la strada, riconobbe per un istante la sua grave testa circondata dall'incendio, che si voltava, arruffata, e poi la sua faccia: illuminata dalle fiamme, fra la folla di donne, la Fueguiña guardava il fuoco in maniera rituale, coi suoi occhi antichi, ghiacciati, che registravano ogni dettaglio, ogni scintilla che volava verso l'alto come un pipistrello. Il bagliore la investiva, e lei lo accoglieva boccheggiando come se le mancasse l'aria.

Due uomini non poterono impedire a Java di liberarsi e di lanciarsi verso il lato opposto del palchetto, mentre scoppiavano gli ultimi petardi della striscia. Quando arrivò all'altro marciapiede, la Fueguiña non c'era più.

6

Avevo detto che non volevo nessuno qua in giro stasera. – Java si voltò a guardarlo, girò con molta energia e il mantello rosso gli svolazzò intorno, riflettendosi nello specchio. – Ciao, non sapevo che fossi tornato.

-Che cazzo ci fai vestito da Satana? – disse Sarnita.

-Da Lucifero.

-Ti hanno dato una parte nella funzione?

-Ancora no. Non toccate niente – ordinò Java, mentre si provava un pizzetto e dei baffi appuntiti che odoravano di colla.

Martín stava già rovesciando gli scatoloni sopra la mensola, e si provò una mascherina nera. Il Tetas indossava parrucche davanti allo specchio. Amén si cingeva la vita con una banda argentata provvista di spada, la sfoderò, baciò la croce e poi provò una stoccata. Mingo e Luis erano pronti a chiudere il passaggio, inserire i mattoni e accostare il baule. Java li fermò:

-Non c'è bisogno. Ve ne andrete subito.

-Sarnita voleva salutarti, ciccio, siamo venuti apposta. – Mugugnò Mingo -. E per fargli vedere il rifugio.

-Non vi devono vedere qui. – Java nervoso, Amén gli ronza intorno, lo osserva con un sorriso burlone, e lui -: Cos'hai da guardare?

Buttò i baffi e il pizzetto sopra la mensola. Amén gli tastò le corna che portava in fronte.

-Flosce come salsicce – disse. – Non somigli al Demonio, Java.

-Sembri il Capitán Maravillas –disse il Tetas– il mantello rosso è formidabile.

-Andate via, cazzo.

-Sembri un vescovo, piuttosto– disse Amén.

-Non vi ha mai raccontato di quanto ha conosciuto il vescovo? –disse Sarnita. – Più tardi ricordatemelo che ve lo racconto…

-Tetas, lascia a posto le parrucche –Java irritato, a spintoni-. Tutti fuori, forza.

-Senti una cosa- disse Sarnita. La lampadina del soffitto illuminava la sua testa pelosa, le cicatrici verde zolfo –Perché l'invalido non ti lascia partecipare alla funzione?

-Io so perché –Java di malumore-. Ma me la farà fare.

-Ce l'ha con te- disse Luis.

-Non ce l'ha con me. Ma stasera mi darà la parte, mi ci gioco mia madre. Ho un piano, ho fatto un patto con la Fueguiña e Juanita.

-Che patto?

Java non rispose. Vagava, avvolto nel mantello rosso come il cattivo in un film di spadaccini, il capo chino pronto all'attacco, lo sguardo distante nei suoi occhietti cisposi, le corna di straccio deformi che dondolavano.

-Com'è andata al paese?- disse.

-Mi hanno fatto impazzire.

Sarnita curiosava dentro una grande cassa di legno, pieno di piatti mezzi rotti avvolti in paglia e fogli di giornale. Sentí il ringhio di Java:

-Ve ne volete andare?!

-E tu resti qua?- disse Sarnita.

-Spegne le luci e si nasconde in sala, fra le panche –disse Amén-. E quando cominciamo a provare si siede e si fa vedere, come se fosse appena entrato dalla porta principale. Hai capito?

-No.

-Mi è dispiaciuto per tuo padre –disse Java molto serio-. Ha lasciato scritto qualcosa prima di impiccarsi, una lettera, l'indirizzo di una di quelle sciacquette che conosceva…?

Sarnita si stava guardando allo specchio: sputò a terra.

-Non sapeva scrivere.

Java si svestì. Si toglieva a tironi la pelle rossa da demonio. I suoi vestiti erano sul bidet. Sarnita vide il bidet e esclamò:

-Perché avete portato qua il bidet? O non è lo stesso?

Spostò i vestiti e vide le righe di polvere bruciata nella tazza candida: una fitta rete di linee color tabacco.

-È lo stesso –disse Luis, seduto alla turca sopra il baule-. È stata un'idea di Martín.

-Ben fatto –disse Sarnita-. Le orfanelle avranno tutte la topina sporca, gliela laveremo qui. Quando ne acciuffiamo una, Java?

-Tranquilli, si vedrà.

-Te le sarai fatte tutte amiche.

-Io? Ma va'. Su, andate via.

Sarnita curiosava fra le decorazioni.

-E le altre torture?

-Là dietro, ben nascoste–disse il Tetas.

-E quella campana?

-La Campana Infernale –disse Amén-. È una cosa nuova, ciccio, roba mai vista. Vuoi provarla? –Afferrò il martellò-. Mettiti dentro.

-Bestia, ti sentono –disse Java-. Molla il martello.

Seduto a terra, Java indossava i rudi stivali da militare, con la suola chiodata e la punta di metallo: loro li guardarono, invidiosi. Una regalino della vedova Galán?, disse Sarnita. Java si alzò e gli fece un cenno. Scostò il telo che copriva la piccola apertura nella parete e accedette al palco. Senza luce. Vieni, disse, e Sarnita lo seguì. La luce che filtrava dal telo era sufficiente per vedere il palco in tavolato, deserto, il minuscolo foro del suggeritore, imbottita di tela rossa, i candelabri di zinco ammaccato, e più in là la sala buia con le panche da chiesa, senza corridoio centrale. Java lo rispingeva nel camerino: hai già visto tutto, potete andare, e si mise a fianco al baule con un mattone per mano, pronto a chiudere il passaggio non appena se ne fossero andati. L'ultimo a infilare la testa fu Amén, e Java lo fermò per controllarlo: si stava portando via una parrucca da diavolo tra il maglione e il petto. Dammi qua, capra…andrai a finire all'Asilo Durán[19], tu.

Morivo dalla voglia di rimanere, ma ti ubbidimmo tutti, cisposo, ti lasciammo solo là dentro, sentimmo con quale piacere tappavi l'uscita e accostavi il baule. Uscimmo dalla porta del rifugio su Calle Escorial. Non era per niente freddo, le

[19] Fu una delle istituzioni "benefiche" del franchismo.

stelle brillavano, e non era tanto tardi: avevamo ancora il tempo per raccontare un *aventi* seduti sul marciapiede, sotto un'acacia. Vedemmo due donne vestite a lutto che correvano sotto la luce morente di un lampione, portavano sacchi sulle spalle, scomparvero ingobbite all'angolo di calle Laurel. Dopo, Amén si liberò del cinturone di plexiglass e propose di giocare alla *taba*[20]*:* quando non c'era Java finivamo spesso a fare a giochi da mocciosi.

Ma non se ne fece nulla: in realtà, furfante, quella notte avremmo voluto vederti recitare. Perciò ci separammo. Io accompagnai il Tetas fino a casa sulla strada del Carmelo; c'erano delle finestre accese nelle baracche, si sentiva una radio accesa, il pianto di un neonato. Salutai il Tetas e tornai al rifugio, rifeci il passaggio al buio e carponi, un ratto mi zampettava sulla gamba e lo tirai in aria con una manata, tolsi i mattoni e spinsi il baule.

Avevano già cominciato a provare sul palco illuminato, vocalizzavano lentamente simulando una rabbia infernale, riconobbi la voce del direttore di scena: «Mi arde l'ira nel petto, vomita raggi il mio incendio; se mi accendo io, si accendano tutti!». Morivo dalla voglia di vederti recitare. Nella parete di mattoni che mi separava dal palco c'erano vari fori della grandezza di una moneta: servivano per il giorno della recita, per sostenere le decorazioni. Scelsi il più basso e mi sedetti a cavalcioni su un tronco d'albero di cartone e chiusi un occhio: potevo vedere Juanita «la Trigo» vestita da Vergine che aspettava il suo turno dietro le quinte, con le mani giunte come se pregasse ma sbadigliando, e cinque pastori di Betlemme seduti attorno al fuoco e la pentola, con le casacche e tamburelli, e la suggeritrice dietro la buca; era la più grande della Casa ed era responsabile di riportare le orfane a calle Verdi prima di mezzanotte e senza scuse. La Fueguiña non si vedeva da nessuna parte. Mentre mi chiedevo dove fosse nascosto quello che dava gli ordini, le pesanti tende color miele si mossero appena, si sentì con chiarezza il doppio fischio di uccello là dietro, e dall'apertura spuntò la punta argentata del bastone. Dietro, il sottotenente sulla sua sedia a rotelle, la schiena diritta, i capelli unti e lucenti, il pizzetto nero, la faccia bianca

[20] Si tratta di un gioco simile ai dadi in cui si lancia un'osso dalla forma particolare, con probabilità e punteggi diversi per ogni faccia.

come la cera. La sahariana impeccabile, stretta, con le spalline rigide, gli dava un'aria da eroe fragile e ostinato, col bottone superiore slacciato che permetteva di vedere un panno sottile color crema avvolto al collo. Dirigeva la funzione dall'ombra, con autorità e fermezza. A volte invadeva bruscamente il palco manovrando il suo carretto con una destrezza e una rapidità diaboliche, accorreva compulsivo e zelante a ridisporre un personaggio, a correggere un dettaglio di un vestito, una posa, una parrucca. Portava il quaderno in grembo, sulla coperta viola che gli avvolgeva le gambe, il bastone in una mano e nell'altra la canna di bambù. Disse che il ritardo di Lucifero non era normale: dove si sarà cacciato, arriva sempre tardi, ma oggi ha esagerato. E la sua imprecazione preferita: accipicchia.

-Non verrà, mio tenente.

-Chi ha parlato? –Il direttore scrutò l'oscurità della sala-. Chi va là?

Morivo dalla voglia di vederti, mentecatto: come ti alzavi dall'ultima panca della platea, dalla penombra che ti aveva tenuto nascosto fino allora, come avanzavi sicuro e fiducioso per il corridoio laterale, come dicevi un'altra volta:

-Non verrà, signorino Conrado. Si è rotto un braccio.

-Cacchio! –esclamarono in coro i pastorelli.

-Ce ne ha sempre una, Miguel –disse la suggeritrice-. È così delicato…

-È un pappamolla, quello lì. –intervenne Juanita «la Trigo».

-Silenzio! –tuonò il direttore.

Eri già fermo a fianco ai lumini. Il tenente fece ruotare la sedia fino al centro dello scenario, frenò, i pastori si fecero da parte, la canna fischiò tagliando l'aria:

-Tu che cosa ci fai qui? –aggiunse il tenente, socchiudendo gli occhi per vederti meglio: miope, nervoso, vecchio, come ogni volta che ti vedeva troppo da vicino e in pubblico-. Chi ti ha dato il permesso di entrare?

-Mi manda sua madre. Dice che Miguel si è rotto il braccio giocando alla cavallina al Parque Güell. Non verrà, non potrà fare da Demonio.

Il direttore di scena riflettè per qualche secondo.

-È vero? –E le sue mani sottili spinsero le ruote, il quaderno scivolò dal suo grembo, ti diede bruscamente le spalle, chiamò la Vergine e la mandò al telefono della sacrestia per accertarsene. Ricorda, in casa di Miguel avevano il telefono e il

bidet. La Vergine tornò e disse è vero, le mani fervidamente giunte, ha il braccio ingessato e è a letto, mentendo con umiltà da Purissima: proprio come le avevi ordinato, furfante.

L'invalido non ti guardo neppure dicendo:

-Va bene, puoi andare.

-La signorina Paulina mi ha dato il permesso di vedere le prove. Mi piacerebbe molto essere del quadro scenico, mio tenente.

-Io non sono il tenente di nessuno. E ti ho già detto che qui siamo al completo…

-Mi piacerebbe fare da Lucifero, signorino Conrado. Lo so a memoria. Mi dia un'opportunità, per favore –insisti con tono di lagna e come scherzando, ma tutti sapevamo che quel tono celava una minaccia-. Le piacerà come lo faccio.

Salivi già sullo scenario, i tuoi passi risuonavano già sul tavolato e ti mettevi faccia a faccia con il tenente sorridendo, sicuro di vincere: lo palpeggiavi mentalmente, bastardo, si o no? Le gambe aperte e ferme, i pollici agganciati alle tasche posteriori dei pantaloni, il fazzoletto rosso al collo e la sciarpa sulle spalle: eri superbo, Java.

-Credo che le convenga, mio tenente. Mi faccia provare, vedrà come rimarrà soddisfatto.

-No –senza guardarti negli occhi, ma guardandoti-. Non insistere. –E manovrando le ruote, retrocedendo, frenando, girando la sedia come in cerca di un'uscita -. Miguel è insostituibile…Anche se a pensarci bene…Va bene, non perdiamo altro tempo, il Natale è alle porte. Lo sostituirai, ma solo per le prove. Non aspettarti altro, lui farà quella parte quando sarà tornato.

-Non verrà per molto tempo, signorino Conrado. E io so Lucifero a memoria.

-Vediamo, recitami qualcosa.

Uno schiarimento di voce, oscillando un po' e caricando il peso del corpo su una gamba, poi nell'altra, e finalmente alzando il braccio di fronte al tenente, fermo come al cinema quando cantano l'inno, e in tono vibrante e declamatorio:

-Tu occupi con alterigia e superbia un trono regio che non ti appartiene, sventurato. Contro chi ti sei ribellato, signore delle tenebre? Di traditori ne hai

un'infinità, un esercito che obbedisce ai tuoi ordini e esegue i tuoi progetti. Ma il trono e i vassalli, l'esercito, l'impero, a che servono se termini, oh vergogna!, oh vilipendio! umiliato e confuso, al punto che una debole Donna, una Donzella senza macchia, un'Aurora raggiante, con valoroso coraggio stampi sulla tua altezzosa fronte il marchio del suo amato piede…

-Piuttosto male –ti ammonì -. Bisogna declamare con ritmo. Sono versi, non dimenticarlo. Non è un discorso. Ma va bene, dài, tutti al lavoro. –Battendo le mani, facendo fischiare la canna nell'aria, gridando all'Arcangelo Michele; l'aveva spedito a prendere un bicchier d'acqua, e stava tardando-. Forza, quadro ottavo, scena dieci, bosco, battute e San Michele! Dove è andato a prendere l'acqua, in un pozzo?

Panoramica dello scenario: i pastori che si dispongono intorno al fuoco, suono di tamburelli, risate, Juanita la Vergine che corre a cercare San Michele, tu che supplichi il direttore:

-Posso vestirmi da Lucifero? Farà più effetto.

-Veloce però.

E non mi hai neanche visto, non ti sei guardato intorno nemmeno una volta mentre ti vestivi precipitosamente nell'oscurità, quasi al mio fianco: mormoravi manciate di versi, bisbigliando come una vecchia bigotta che scorre il rosario. E correndo allo scenario con il tuo superbo mantello rosso, le tue corna, la tua barbetta e i tuoi baffi fieri. Il direttore ti guardò e ti riguardò.

-Troppo stretti i pantaloni…Qui. Ma niente male. Cominci tu. Finale scena nove. Lo sai, te lo ricordi?

E in piedi in mezzo alla scena, le braccia incrociate sul petto, la testa come per caricare sul mondo, tu, Lucifero, ricorda:

Se volete sapere chi sono
ascoltate e lo saprete!
Io sono quel gran privato
che il re dalla sua casa cacciò
e costrinse finchè viva

all'abisso condannato.

-Alt! –tagliò il direttore-. Non è necessario che cominci così indietro. Dì solo il finale per collegarti ai pastorelli.

Java Lucifero:

...sappiate allora che davanti avete
il vostro nemico Lucifero!

Pastorelli:

Fuggiamo tutti, fuggiamo!

Arcangelo Michele apparso con la spada in alto:

Pastori: non fuggite, fermatevi!

Nientemeno che la Fueguiña, ma stavolta strabiliante, ciccio, con un corpo da leccarsi i baffi: casco d'argento con pennacchio rosso, tunica di seta bianca che le arrivava a metà coscia, il ventre stretto in un largo cinturone fulgente, stivali alti dorati e mantello blu e bianco sulle spalle, e, a chiudere tale accecante visione, il braccio nudo, che impugna la fiammante spada ricurva. E declamando:

E tu, dimmi, mostro orrendo!,
speri che il mondo in fiamme
plachi la tua sete?
Vattene, marrano, da qui!

Java Lucifero:

Fermo, Michele; non canti

vittoria a tal punto la tua voce
che non c'è ragione patentoria!

Direttore:

Perentoria!

Java Lucifero:

...perentoria, scusi.

Fischiò nell'aria la canna di bambù. Del lapsus ne approfittò l'Arcangelo Michele per estrarre un rossetto dalla cintura e truccarsi furiosamente le labbra, tenendo la spada in alto e le gambe aperte. Fra le guance arrossate la sua bocca era come un garofano rosso e su quel garofano sembrò che ti lanciassi all'improvviso con tanto impeto e senza avvisare, ubbidendo a un ordine sotterraneo dell'invalido, al che la ragazza si spaventò e lasciò cadere il rossetto. Mentre ti arrendevi ai suoi piedi con fracasso di tavole, alzando nuvole di polvere, le tue mani contratte cercarono appiglio fra le sue gambe, e trascinandoti fra maledizioni e zolfo infernale, birbone, piantasti le dita nelle sue cosce scure, tirandola per la gonna e lanciando occhiatine al regista con la coda dell'occhio, astuto furfante.

Arcangelo Fueguiña:

Superbo, insolente fiato!
tu al cielo ti opponi?
Ferma la tua voce, non vantarti
cantando vittoria!

Java Lucifero:

Non soffocare la mia rabbia!

Arcangelo Fueguiña:

Non mi toccare!

E salivi, ti arrampicavi su di lei come su una cuccagna, scivolando e sbuffando sulle sue formidabili gambe di Arcangelo, salivi e tastavi con le mani e le ginocchia e i gomiti, e lei così ferma e poderosa, così seria, fino a che non le spiaccicasti la faccia in mezzo al seno e scivolando ancora un volta non arrivasti fra le sue gambe e allora lei, come l'avrete provato bene sul terrazzo della Casa!, si agitò e sculettò come per scagliarti lontano intanto che stralunava gli occhi e alzava la testa e la spada fiammante verso il cielo, perdendo il filo del dialogo:

Superbo, insolente fiato!

Java Lucifero:

Maledizione, maledizione!

Invalido:

No, no! Sono sconfitto, sono sconfitto!

Java Lucifero:

Ahi, si, scusi! *Sono sconfitto, Michele…!*

Arcangelo Fueguiña:

Brucia, infedele!

Invalido:

Più brio!

Pastori:

Ahi ahi ahi!

Vergine Juanita:

Vergine!

Il regista tagliò battendo le tavole con la punta del bastone. E avanzando con la sua sedia a bocca aperta, come se gli mancasse l'aria, passò fra i pastorelli impauriti ammonendo dolcemente:

-Ti sei perso, Lucifero. Qui diceva…vediamo. –Sfogliò il quaderno, le dita veloci, ansimando ancora-. Sí, questo: *Aspide sarò, vendicativo.* Un'altra volta dall'inizio, forza, e meno rabbia in quel Michele, tesoro, più dolcezza, eh?, con fermezza ma con molta dolcezza, tu sei una guerriera celestiale, capisci? È l'eterna lotta fra il Bene e il Male, fra la Bellezza e la Bruttezza, diciamo, capisci?

-Sí, signorino.

Il regista ritornò alla sua postazione fra le tende del fondale.

-E tu sí, Lucifero: con furore, con rabbia, con autentico accanimento. Non avere paura di farle male, entra deciso.

-Sí, mio tenente. –Approfittando della pausa, Java aveva acceso una sigaretta e mandava cerchi di fumo contro il soffitto.

-Bene allora. Comincia da: *taci, mortale insolente.* Attenzione, pastori. Aprite lo sportello. San Michele, pronto…Molla quel rossetto per una buona volta!

La tenda era aperta di tre palmi e rivelava il fondale, una porta a riquadri. Rannicchiato fra le due ruote nichelate, guardandoli da sopra le mani incrociate sul pugno del bastone, l'invalido stringeva le gambe magre e tremolanti,

minacciando da un nido vermiglio di ombre. Lo scialle era scivolato dalle sue ginocchia e si trovava a terra. I suoi occhietti assopiti e umidi sembravano due punti di luci corrosi da un acido e il sangue gli colpiva le tempie con urgenza. C'era qualcosa di disumano nella sua immobilità di manichino rotto. Frustò l'aria con il mento, un gesto che denotava l'abitudine al comando, e ripetè l'ordine colpendo il pavimento con il bastone: via le sigarette. Java ubbidì traspirando un sudore insensibile, un'umiliazione accolta e studiata con freddezza.

Java Lucifero a un pastore:

Taci, mortale insolente,
o ti spezzerò qualche osso!

Pastore:

Signore, no, non lo faccia.
Avrà visto un animale!

Java Lucifero:

Sarete, in questi paraggi,
il pasto delle fiere selvagge!

Arcangelo Fueguiña brandendo la sua spada:

Fermati, mostro infernale!

Java Lucifero:

Tentativo vano, Michele!
Porto una pena mortale,
tale, che l'anima si sospende

e se anche il mio male non si intende
io so che è grave il mio male.

Mentre dicevi questo vidi l'Arcangelo alzare una gamba ben tornita e grattarsi il ginocchio con aria distratta. Si sentì il fischio di uccello da dietro la tenda, il colpo imperioso del bastone. La noia o l'indifferenza, per niente angelica, della ragazza che si grattava la pelle, irritava i nervi dell'invalido. Arcengelo Fueguiña:

Non dare ascolto alla follia, maligno,
non ti ribellare al potere divino!

Java Lucifero:

Aspide sarò, vendicativo!
Furie bruciano il mio petto,
ire, rancore, furore,
e un eterno dolore
inquieta il mio cuore!

Di nuovo l'Arcangelo, con un gesto sdegnoso, alzò il ginocchio per grattarsi, quando tu ti lanciasti contro il suo seno ubbidendo all'oscuro comando che arrivò dalla tenda. Lei brandì stupendamente la spada sopra la tua testa, ma questo le fece perdere l'equilibrio momentaneamente, e i pastori, a bocca aperta, videro Michele e Lucifero rotolare sulle tavole, annodati e rabbiosi in mezzo a un fruscio di mantelli che accese una lamma rossa e blu. A terra, a faccia in su e agitando le gambe, con Lucifero a cavalcioni sul ventre, l'Arcangelo riuscì infine a gridare:

Povero te, Lucifero
che al turpe male ti affidi!
La rabbia, mostro criminale,
arde nel vituperio,

ma rispetta questi misteri
senza peccato originale!

E subito dopo ti colpì furiosamente con il bacino finché non finisti catapultato per aria, cisposo. Quindi l'Arcangelo si alzò con la spada in alto, e quando attaccavi di nuovo, esclamò:

Guarda il braccio di Dio,
come ti getta ai miei piedi!

E cadesti arreso, ruggendo, sputando fuoco dagli occhi e dalla bocca, lei mise il piede sulla tua testa e tu ti trascinavi, tastando con gli artigli i suoi stivali alti, la gonnellina ormai fatta a pezzi e il largo cinturone color porpora, cercando un sollievo in mezzo all'agonia e mandando di tanto in tanto delle occhiate alla tenda, dove il bastone colpiva di nuovo terra.

Rannicchiato nella sedia, facendo le fusa come un gatto, il tenente Conradito strizzava gli occhi per cogliere meglio i dettagli. Dalla faccia da signorino istruito, dalla smorfia di disgusto che si dipingeva sulla sua bocca, uno avrebbe giurato che non gli piacesse e lo facesse soffrire, ma lo sguardo, vetroso, si era fissata su un punto nel vuoto e le sue lunghe dita strofinavano la coperta-sciarpa. Era come se guardasse senza vedere, consumando fino in fondo la sua strana cecità. Poteva far pensare che fosse perfino indignato, che qualcosa lo facesse infuriare, nel contemplare la lotta fra il Bene e il Male, e traspirava, tremolante e rigido sulla sua sedia, muto, accecato, attanagliato da un improvvisa fitta di dolore alle gambe.

Caduto di spalle e con il piede di San Michele sul petto, ti alzasti un po' per poi aggrapparti alla sua cintura e dire:

Maledizione! Sono sconfitto!
Da ora in avanti, nemico Michele,
io mi confesso sconfitto.

Ormai arreso al tuo potere
sarà per sempre Lucifero.

E carponi, come un coccodrillo di fuoco, dando zampate e morsi all'aria, sprofondasti sotto il palco. Che bello, cisposo, che bello è stato. E il regista ti diede la parte, perché te l'eri guadagnata. Anche se te la fece sudare; io me ne andai a casa, era già molto tardi, ma più tardi lo vennì a sapere: cinque volte ancora dovesti ripetere la scena con l'Arcangelo Fueguiña, attorcigliato alle sue cosce di guerriera celestiale.

Il Tetas gemette, colpendosi l'orecchio con il palmo della mano:

-Ah! Mi si è infilato un seme nell'orecchio.

-Perfetto! Non lavarti mai più e ti crescerà un girasole come al Capitán Blay –disse Amén.

-Al capitano gli si era infilata una lenticchia, coglione –disse Luis.

-State zitti, cazzo! –ordinò Sarnita-. Vai avanti, Martín.

Come potevano giocare con le bugie, scambarsi tante fandonie, cosa li incitava a farlo, dov'erano quel giorno? Non lo so, Sorella. In tanti posti. Li vedo seduti in cerchio sulla scalinata del parque Güell, o tutti insieme a cavalcioni sul Drago di ceramica, reggendosi per la cintura, scalzi o lanciando grida di guerra; vagabondando per i terrazzi del quartiere come gatti tignosi e famelici; stesi sui marciapiedi fra le loro bancarelle improvvisate di fumetti e romanzi economici di seconda mano; mendicando qualche monetina per il Cottolengo di Padre Alegre, o delle pasticche per la tosse nel Dispensario del Centro Parrocchiale.

Quell'inverno c'era dappertutto un odore dolciastro e persistente di fango e foglie marcie, di scarpe bagnate messe a asciugare vicino alla brace. Le piogge e i freddi intensi furono di stimolo per le migliori *aventi* di Martín nella bottega di Java. Loro le ascoltavano mangiando semi di zucca e lupini, immersi fino al collo nella montagna calda di stracci e carta e accerchiati dall'acqua che cadeva dalle grondaie rotte: la bottega era l'ombelico del mondo. Le scarpe di Sarnita

emanavano fumo a fianco alla brace, ma lui non ci faceva caso, bocconi sulla pila di giornali a grattarsi le giunture infette delle dita. Le *aventi* di Martín lo lasciavano di stucco. La nonna uscì dalla cucina con mezzo sigaro spento fra le labbra e un pentolino con il minestrone, ma quando li vide ritornò a nascondersi. Quel pomeriggio Mingo arrivò correndo, morto di freddo e con il moccio che gli colava fino al labbro; veniva dal laboratorio con il suo grembiule da apprendista e la sua grande sciarpa marrone incrociata sul petto come due cartucciere, e aveva l'incarico di consegnare dei gioielli molto preziosi all'amante di uno, disse, una bionda platino che viveva nello sfarzo al Ritz con due cagnolini pechinesi. C'era andato altre volte ed era la consegna che più gli piaceva fare, la troia gli dava sempre cinque pesetas di mancia e dice che un giorno gli aprì la porta con un camicione trasparente e le si vedevano delle calze nere con giarrettiere e dei cappezzoli color rosa. Lo stesso Java diceva che era una troia da favola, assicurava che un pezzo grosso del contrabbando si innamorò di lei quando la vide e gli venne l'idea di lasciarle cadere nella scollatura un assegno bancario in bianco con la firma e che lei aveva scritto un nove e dopo 69 zeri, tutti quelli che ci stavano. Il 69 è il numero porta fortuna delle troie di lusso, disse il Tetas. Fra i gioielli che le portava Mingo c'era un braccieletto d'oro massiccio dal quale pendeva uno scorpione, anch'esso d'oro e dotato di articolazioni. Praticamente camminava. Mingo permise loro di tenerlo in mano un po' per uno, e fu allora che Java spiegò ancora una volta quella storia che gli scorpioni, quando si trovano accerchiati dal fuoco e senza via di fuga, si rivolgono contro se stessi e si suicidano infilzandosi con l'aculeo avvelenato della coda. Disse anche che lo scorpione è un insetto malefico che porta sfortuna e rappresenta l'odio tra fratelli, la capacità di autodistruzione che c'è nell'uomo, ricordi questa storia, cisposo? ci avevi promesso un'*aventi* a proposito di tutto questo.

Le prima indagini fra le marchettare del Roxy, la visita come spia al bar Continental, entrando con il sacco di tela di materasso in spalla e la bilancia attaccata alla cintura, cantando: carta, bottiglie, con voce roca da adulto; il primo incontro con il guercio che venne fuori che anche lui cercava quella troia, quelle prime scintille della Fueguiña che sarebbero diventate un incendio, cisposo,

davvero ci divertivano? Davvero potevano sembrarci tanto emozionanti come i film del cinema Rovira o Delicias o Roxy? Giorno dopo giorno tirando il carretto, facendo suonare per le strade la tua campana decorata con una striscia di straccio rosso e una rinsecchita pelle di coniglio, lo sguardo attento ai balconi e alle finestre, a volte in compagnia della nonna che camminava dietro sorvegliando il carico, le orecchie sorde all'interminabile grido: «peeellidiconiiiiiglio…?», che si infilava in tutte le case, in tutti i negozi, laboratori e taverne del quartiere, insieme al nome: Ramona.

-Ramona? Non l'ho più vista, tesoro, non viene più da queste parti –disse la padrona del Continental, che faceva colazione con una grande tazza di malto nero e denso come catrame. Versò del cognac nell'intruglio, e, nel riporre la bottiglia sullo scaffale, dando le spalle a Java, lo guardò da sopra la spalla con la bocca storta-. Ti è piaciuto e vuoi rifarlo, vero, furbetto?

-Non è per questo, signora. Le devo portare un messaggio. Dove si trova? Dove vive?

-Non lo so. –e un'altra volta il sorrisetto-. Che cosa ti ha fatto che non riesci a dimenticarla, mio re?

Java si sistemò il sacco in spalla e grugnì contrariato, i gomiti appoggiati alla vetrina, con quella simpatica poltronaggine attorcigliata alle reni e alla lunghe gambe. La signora lo guardava fisso, ora preoccupata:

-Senti, ti ha attaccato qualche schifezza?

-No, no.

-Ah, mi sembrava strano. Perché è molto pulita, questo sí.

-Sa se era fissa in qualche casa?

-Che io sappia, no. Proprio ieri lo dicevo a mio fratello: sono mesi che nemmeno l'ombra. Come se la terra l'avesse ingoiata. Sembri stanco, tesoro. Vuoi una birra? Già che sei venuto, ti do una pelle di coniglio, aspetta.

Era mattina presto: una cenere tenue aggovigliata alla luce, sedie a gambe all'aria sopra i tavoli, il pavimento appiccicoso cosparso di ossi di olive e segatura mezzo spazzata. Il fratello della padrona, la scopa in mano e seduto in un angolo, parlava con il signor Justiniano, che oggi indossava la casacca militare nera.

Sopra le loro testa, nella penombra del soppalco, una puttana molto giovane, quasi carponi sul marmo del tavolo, faceva colazione con pane e sardine in scatola, lo sguardo ancora assorto nelle fatiche della notte prima.

-Che strano che non sia più passata di qua –disse Java agganciando alla cintura la sanguinolenta pelle di coniglio.

-Si è portava via qualcosa dalla camera da letto?

-No, no.

-Con quelle non si può mai sapere.

-Dove l'aveva trovata?

-Qui. Di solito veniva a cominciare la notte. Mangiava qualcosa e non parlava praticamente non nessuno. Se non trovava subito un cliente, andava in giro a cercarlo. Finisci la birra –aggiunse abbassando la voce, notando di sfuggita l'occhiata del guercio-, quello non vuole che entrino i minori.

-Sto lavorando, io, ho la Cadillac fuori. Chi è?

Si voltò a guardarlo e vide la benda sull'occhio, le tempie canute, la bocca amara sotto il baffo-mosca. La sua grande mandibola, un monumento quadrato alla volontà di comando, si erse leggermente nel restituirgli l'occhiata da sopra la spalla.

Java gli voltò le spalle con ostentazione. Abbassando ancora di più la voce, la signora: Non lo conosci? Beh, è amico del pagano, ti conviene averci buoni rapporti, non sfidarlo mai, non contraddirlo, tesoro, e se per caso un giorno te lo trovi seduto a fianco al cinema, attenzione, alzati e su il braccio quando arriva l'inno, bene in alto, credimi, senza prenderlo in giro e tieni la bocca chiusa, adesso comandano loro. Già lo so, signora. E lei, in un sussurro: è lui che mi avvisa quando c'è lavoro per te, sempre con varie richieste sul giorno e l'ora e che non sbagli ragazza, ha un brutto carattere. Dev'essere una specie di segretario dell'invalido.

-Ma lei non trattava direttamente con lui?

-Non l'ho mai visto. Me la sbrigo con quello.

E indicò il signor Justiniano seduto al tavolo: il delegato locale, disse, il capoccia che dicono, il sindaco del quartiere, ma in realtà un capettino, uno dei

tanti. Lo vedrai in giro a reclutare ragazzi, a te non ti ha mai fermato per la strada per parlarti dei Campi Giovanili? Avrà qualche timore nei tuoi confronti. Un bastardo, a dire il vero, ogni mese passa a riscattare la quota dell'Ausilio Sociale e i contributi per la Falange del distretto, non si lascia sfuggire neanche un bar lungo la strada, in cambio mi lascia vendere sigarette di contrabbando, lo sai, tesoro: è uno di loro, di quelli che si dedicano a succhiarti il sangue, che ci vuoi fare. Con quello che mi tolgono, qualcuno si starà facendo una villa.

-Pazienza, signora –disse Java-. Sono tempi brutti.

-No, ma io e lui ormai ci capiamo. Perché se io gli devo dei favori, anche lui ne deve a me. E sto zitta perché mi conviene, so quello che faccio.

Java aveva alzato la testa per guardare la troia nel soppalco: mangiava con la sua flemma nottambula, lo sguardo incredulo nel vuoto, le smorfie di disgusto brillanti per l'olio.

Lo straccivendolo notò nel profilo l'unico occhio del delegato, nero, insistente. Si era alzato e camminava verso la porta, seguito dal fratello della signora.

-Io bado ai miei affari–disse la signora vedendo che usciva con la coda dell'occhio-. Mi dicono: il tal giorno alla tal ora porti la coppietta, quello mi dà la chiave e i soldi, io vado all'appartamento e mi faccio accomodare, e quando il lavoro è finito, pulisco un po', chiudo e a casa.

-Lì non ci vive nessuno? Non ha mai visto la madre?

-No. Credo che viva in un altro appartamento sopra o sotto, non so, tutto il palazzo è della vedova e hanno affittato tutti gli appartamenti tranne due. In quello dove vai tu, dormono solo ogni tanto il figlio e una ragazza che si prende cura di lui. È lì che vivevano prima, ma hanno traslocato dopo la morte del padre, credo. Eppure ancora ci sono cose di valore in quell'appartamento, non manca niente!

-A proposito –disse Java-, niente per adesso, signora?

-Niente. Ti avviserò io, preferisco che tu non venga da queste parti –di nuovo la malizia ridanciana nei suoi occhi imbrattati-. Ti piacerebbe che la prossima volta fosse con questa Ramona, eh, svergognato?

-Beh, si.

-Una cosa ce l'ha, la ragazza, è pulita. Si vede. –Finì il caffè-malto, mise la tazza nel lavandino-. Aspetta, vediamo…Balbina! –guardando la ragazza del soppalco-. Hai visto Ramona?

Ergendosi come se si svegliasse, Balbina agitò la permanente: no no, arricciando la bocca senza rossetto. Java stava già salendo la scala di legno, vide il buco della calza nel ginocchio, i suoi grossi fianchi imbottiti di logoro satin che debordavano dallo sgabello, delle mani lentigginose e una faccia graziosa a più non posso. Rimase in piedi davanti a lei.

-Lei è amica di Ramona?

-Cosa vuoi?

-Devo portarle un messaggio e non so dove si trova.

-Viveva in una pensione. Ma si è spostata. Dovendomi cinquantacinque pesetas.

-Ma dove?

-A te l'ha detto? Beh, a me neanche. –Alzò gli occhi e guardò Java con scherno-. Non sapevo che le piacessero i giovincelli…

-È molto che la conosce?

Lei fece un gesto vago con la mano, accompagnato da una smorfia di insicurezza: proprio tanto, pensa che fortuna, ragazzo, da quanto erano entrambe vergini, ridendo e masticando a tutto spiano, pensa da quanto tempo, Sarnita, strozzandosi dal piacere di ingoiare, che fortuna trovarla lì nel Continental e con la sua risata piena da zoccola nel ricordarlo: da quanto avevano entrambe un altro nome e un'altra fica, tesoro, meno consumata, e anche un altro lavoro: domestiche in una villetta di Gracia, due servette come due fiorellini a servire una coppia con una figlia e dei nonni molto anziani. Il casino della guerra andava avanti già da un anno, il terrore si era già infilato in tutte le case di signori e un bel giorno i suoi decidono definitivamente di andare a vivere al paese, e chiudono la villetta. Loro si trovano senza lavoro. La Ramona per la seconda volta: aveva già servito in un'altra casa poco prima che cominciasse la guerra ed era successo qualcosa con il signorino che era ai militari, la Balbina si immaginava che cosa anche se la sua amica non glielo raccontò mai: allora viveva ancora intensamente il suo primo

amore, la Ramona, un bravo ragazzo che poi morì sul fronte di Aragona, non per la mitraglia ma per il freddo, erano fidanzati dai tredici anni e si amavano con vera passione, una storia da lacrime, ragazzi. Perciò, quei primi giorni senza lavoro, perse nel mezzo di un tumulto civile del cazzo, alle due servette resta soltanto un fidanzato sulla prima linea di fuoco, se mi vuoi scrivere sai il mio indirizzo, ma molto presto non arrivano nemmeno le lettere, loro non hanno lavoro né soldi, e la trappola scatta: sembra che tutto fosse stato disposto affinché le due ragazze aprissero le gambe, sia che gli piacesse il pisello sia che non gli piacesse, e loro le aprono. La Balbina comincerà molto prima della Ramona ma di questo lei non si ricorda più, porta gli uomini alla villetta dove aveva lavorato come domestica, ha una chiave e una clientela di allucinati soldati in licenza, libertari, vibranti, inceppati, rannicchiati soldatini fra le sue gambe, come bambini spaventati. Prima che la villetta venga confiscata dagli anarchici, rimane incinta e una notte di bombardamenti del trentotto incontra la Ramona che dorme nella stazione della metro con un uomo: è mio zio Artemi, le dice, e la Balbina, che aveva sempre pensato che non avesse famiglia: tesoro, non farmi ridere che abortisco sul posto, sicuro che anche tu ce l'hai più aperta di un ombrello. E quella croce di rubini che porti al collo, non mi dirai che l'hai avuta in cambio di niente? È notte di allarmi e presagi, fra la moltitudine che giace sconvolta e mezzo addormentata nel corridoio, una bambina urina a covino e senza calzoni, e il calcio di una pistola spunta fra i risvolti di una giacca a righe sopra un uniforme da meccanico. Nessuna delle due ha più via di scampo. Si incontraranno di nuovo dopo la guerra e condivideranno una stanza in affitto e alcuni dei clienti più spregevoli, ma per poco tempo: la Balbina pesca un fidanzato formale, crede di potersi sposare e la Ramona va a vivere in una pensione. Non sembrava più la stessa, Sarnita, disse: tinta bionda, ossigenata, così magra, così triste e provata e con le sue cicatrici, con suo zio in carcere e i nervi distrutti da quella strana paura, quegli incubi di sangue che non la facevano dormire. Negli ultimi tempi ci vedevamo poco, conclude la Balbina, qualche volta qui o nel bar Alaska, è sempre al verde.

-Un villetta in calle Camelias che era rimasta chiusa, con rose bianche e una palma nel giardino? –disse Sarnita sbattendo le palpebre al sole, con la mano a fare da visiera-. Con una bambina che al tempo aveva otto anni e che adesso ne avrà tredici? Allora è quella, Java, la stessa villetta e la stessa bambina che profuma di mandarini dolci, lo stesso catorcio nero con gasogeno che molla scoregge come la nonna.

-Hum. Non bisogna fidarsi molto di quello che dice una troia –meditò Java.

-Quando i padroni riaprirono la villetta, mangiavano ancora la salsiccia che si erano portati dal paese: pensa alle pelli che trovammo, e la scarola e i mandarini –insistette Sarnita-. È vero, quella zoccola non ti ha ingannato.

-Può essere. –Java si puliva i denti con uno stuzzicadenti-. Questa roba l'ha lavata tutta tua madre?

-Tutta –disse il Tetas.

Erano stesi al sole nel terrazzo del Tetas, il bucato ondeggiava sopra le loro teste spargendo un fresco odore di detersivo. Si sentivano fitte voci di donne di sotto, nel cortile. Java sputò lo stuzzicadenti.

-Bisogna avvisare gli altri –disse-. Che vengano stanotte. Porterò la Fueguiña per fare da Vergine.

-Non sarebbe meglio quella bambina della villetta? –disse Sarnita-. Se è vero che ha conosciuto la domestica, ti può interessare…

-Un altro giorno. –Java sminuzzò attentamente tre mozziconi, la cartina da sigarette appiccicata al labbro per una punta-. Susana è una lesbica.

Quando andava a lavorare con la nonna e il carretto mangiavano insieme seduti sul marciapiedi di una strada qualsiasi, dovunque gli venisse fame: zuppa di ceci o di lenticchie che la vecchia si portava in un portavivande. Lei se la godeva proprio quando andavano a vendere la carta: mangiavano in una taverna del Paralelo e poi la nonna si comprava un sigaro, era una fumatrice accanita. Quando usciva da solo per il giro di raccolta, Java pianificava di modo che all'ora della siesta si trovasse vicino a casa di Sarnita o del Tetas, nel Cottolengo: minuscoli terrazzi con lenzuoli bagnati battuti dal vento, che mandava frustate di detersivo sulla

faccia, un cielo blu di primavera in cui galleggiavano pesanti aquiloni di carta di giornale.

-Tutto il santo giorno per la strada, si avvicina a casa solo per mangiare.

Le lamentele delle vicine risalivano dai lavatoi, intrecciandosi in aria alla canzone emessa all'unisono dalle radio, ritornelli allegri come lustrini al sole, come pesciolini argentati che si mordono la coda.

-Puoi dirlo forte, sí. Ma così danno meno da fare, dái. Quel mascalzone dello straccivendolo, con loro fa tutto quello che vuole.

Voci sbattute a tempo con il bucato, con i fischi di uccello come frecce nel cielo e le grida di bambini e cani nelle colline vicine:

-E l'altro, il figlio della «Preñada», che soggetto. Sembra che ora frequentino un po' di più la parrocchia, ma non sarà per imparare il catechismo, non farti illusioni.

-Cazzo –grugnì il Tetas –Oche.

-Qual è tua madre, Tetas?

-Quella che grida di più.

-Beh, il mio, da quando è diventato chierichetto, almeno so dov'è quando non lo vedo.

-Questa –disse il Tetas.

-Andiamo. –Sarnita si alzò in piedi-. Bisogna avvisare anche Luis? È parecchio fottuto con la tosse, si sente da un kilometro.

-Le pasticche che gli dai tu –disse il Tetas scendendo le scale-. Più ne prende, più tossisce. Sono infette, ciccio, dicono che adesso nei laboratori ci lavorano dei tisici, li prendono perché costano meno…»

-Questa è una balla.

-Alle dieci –disse Java salutando-. Tetas, non ti dimenticare il pezzo di rotaia e la corda.

Quella notte, quando Sarnita arrivò al camerino, Fueguiña era già pronta da Vergine, seduta molto rigida su una sedia. I capelli sciolti, i piedi nudi e uniti, la

tunica bianca, la mantella blu, e sotto niente, si notava. Avevano acceso dei candelabri e li distribuivano strategicamente. Java spense la luce del tetto e ne mise due a terra, uno a ciascun lato della Fueguiña, che sembrava non avesse paura, non si lamentava mai. Disse solo: Qui? Perché qui? Meglio sulla scena.

-Prima proveremo un po' qui –disse Java-. Fingi di chiamarti Aurora.

-Mi avevi detto che avremmo provato io e te da soli…- e diffidando degli altri, guardando i preparativi, la scatola di fiammiferi fra le sudicie mani di Amén-: Anche loro hanno una parte?

-Oggi non proveremo I Pastorelli -disse Java, correggendo la posizione dei candelabri-. È una recita nuova che ha inventato Sarnita. Vedrai, vogliamo fare una sorpresa al signorino Conrado. Hai capito, piccola? Nuova recita.

-Come si intitola?

-Aurora, l'altra figlia di Fu-Manchù –disse Sarnita.

-Al regista piacerà di sicuro –disse Java-. Prima dammi le mani, lasciami fare, non avere paura.

-E tutto il tempo così, legata?

-No. –Sarnita dolce come un guanto, avvicinandosi con la corda alla schiena-, tutto il tempo no. Dipende da te, ragazzina.

Vedrai, è una funzione molto speciale, diceva il bastardo: quella testa rapata, e dentro quell'immaginazione indiavolata, cisposo, ti ricordi? E guarda com'è andato a finire. Non è scritto, ne la tua parte ne quella di nessuno di noi, sono cose che ancora devono succedere ma le sappiamo a memoria e tu le imparerai, Fueguiña. Comincia così: tu fingi di avere le mani legate nella schiena e che vogliono farti parlare, stanno già preparando la tortura. Alzati.

La portò nell'angolo, la mise a sedere a cavalcioni sul bidet, in mezzo a un fortissimo odore di piscio, le unì le mani dietro la schiena e si preparava e legarle i polsi. Allora lei lo guardò con occhi improvvisamente furiosi:

-Tu no –disse, e spostò gli occhi da Sarnita per guardare Java-: Che non mi tocchi nessuno a parte te.

Dio sa come faceva a scappare dalla Casa delle orfane. Loro pensavano che potesse andare così: facevano il bucato di Las Ánimas e di altre parrocchie, teli di

altare e vesti talari, a volte il bucato era così tanto che si faceva notte prima che le bambine avessero finito di stirare, avevano due ferri a carbone e uno di essi lo prendevano in prestito da una vicina, la Fueguiña scendeva in strada a riportarla e non tornava più nella Casa.

-Pronta, Aurora?

Inginocchiato, Java le legò i polsi dietro la schiena, la spettinò attentamente, le separò le ginocchia e le buttò la schiena all'indietro, e lei chiuse gli occhi: cavalcava contro la notte e il vento di un ricordo. Così va bene, disse lui, avvicina ancora i candelabri, Sarnita. Dieci candele disposte in gruppi, cinque per ogni fianco, che lanciavano riflessi sopra le sue guance di mela e i suoi occhi di sabbia. Cosa fingo di fare?, chiese, perché sono seduta qui sopra? guardando il bidet schifata, e Luis ridendo: fingi di cavalcare, sciocca, e adattati, dove vuoi che lo troviamo un cavallo? Assistito da Mingo e Amén, il Tetas portò la lattina di polvere da sparo con una certa solennità, come se fosse un viatico. Java prese la lattina, fece alzare un momento la Fueguiña e versò attentamente una striscia sottile di polvere lungo il bordo semicircolare del bidet. La rimise a sedere con le gambe aperte, con l'interno delle cosce che sfiorava i due estremi della scia di polvere, una vipera nera con due teste. Così va bene, no, Sarnita?, disse Java, e accese il cero pasquale decorato con il nastro d'argento e lo fece ondeggiare davanti agli occhi della prigioniera. Si sedettero tutti silenziosamente a terra. Fatto?, disse lei, cosa devo fare adesso?, seguendo la fiamma con gli occhi che non mostravano paura né curiosità, solo sdegno o schifo, cosa devo dire? Quello che vuoi, disse Sarnita con voce screpolata e misteriosa, ma fingi di essere stata sequestrata dai mori e che ti faranno la festa se non parli. E si gettò a terra carponi come un vecchio cane, sostenendosi il mento con le tignose mani rosate, guardandola mezzo addormentato, facendo le fusa: dái, cisposo, interrogala, com'è emozionante averle così, mordile una tetta, pisciale sulla schiena, che parli. Un'altra occhiata furiosa di lei dedicata specialmente a Sarnita: è questa la tua parte, rognoso pelato, istigarli contro di me? Sí, Aurorita, questa è sempre la mia parte, far sí che i cattivi siano cattivi, mi piace. E adesso rispondi a tutte le nostre

domande se non vuoi vedere marchiata a fuoco la tua pelle delicata. Allora si chiamava Aurora.

Aurora? disse lei, della Casa, e anni fa? La stessa, disse Java, ricorda, parla, sputa il rospo, disse Sarnita. Così non vale, io ero molto piccola, chiedimi qualcos'altro. No, dev'essere questo, faceva lo stesso lavoro che fai tu adesso, era la servetta dello stesso signorino, disse Java impugnando il cero pasquale, avvicinando la fiamma alla polvere da sparo. Lo stesso no, lei andava solo a fare il letto nel suo appartamento da scapolo, non è mai andata all'appartamento di calle Mallorca, che è molto più grande e da più lavoro. Ma adesso mi ricordo, non rompere, disse la Fueguiña entrando nella parte, ma con dei dubbi: devo rispondere subito o resistere un po' di più? Parla, maledetta, vuota il sacco: che cosa accadde quando lui finì i militari? Ora sorridendo maliziosa, quella gran cagna, adattandosi alla parte di eroina dura che non teme di essere stuprata, non so niente, accidenti, non mi ricordo, al tempo io ero una bambina. E Sarnita, sputa il rospo o ti mettiamo lo Stivale Malese che stritola il piede. E Java: che cosa puoi dirci di lei? Niente. Tu l'hai conosciuta. Sí, ma niente, insistette lei, mi ricordo soltanto un po' della sua faccia così bella e delle sue scarpe verdi con i tacchi alti.

Java avvicinò la fiamma al bordo del bidet, a un centimetro dalla polvere, e lei non battè ciglio, ma le sue cosce si fecero tese. Seduti per terra, gli altri la guardavano trattenendo il fiato. Prima bruciale i peli della topina, furfante, i capezzoli, marchiale una tettina, dalle una bella lezione. Lei tirò il petto in fuori e il suo sorriso maligno e sbrecciato planò per un istante sopra i capi chini. Bella, è vero che è stato un moro a spaccarti i denti? Sarnita le afferrò i capelli e con uno strattone le buttò indietro la testa e ordinò: devi dire ancora una volta io non so niente, così io ti strappo il vestito. Ah, anche questo, maiali? disse lei. Lasciala stare, che parli subito, propose Java. Non ti spaventare, Aurora, non guarderemo tanto, non rovinare tutto adesso che stai andando bene. Va be', strappa, disse lei, ma solo un pochino e non la parte di sopra, meglio la gonna che è già stracciata, e in ogni caso vedete già tutto, siete furbi voi, ma non pensiate che io mi ciucci il pollice, così, adesso basta, anche questo fa parte della funzione, porci? Non potrei indossare dei calzoni rossi da demonio? Vedremo, ma adesso sputa il rospo, di'

tutto quello che sai su quella puttana, forza, non è emozionante?: noi a ammirarti tutti stesi a terra intorno al bidet, a un palmo dalla tua tunica stracciata, col grugno aperto e gli occhi accesi, gli orgogliosi baffi di Martín staccati e appesi storti, Luis imbozzolato nel mantello rosso e sconvolto dalla tosse.

-Parla, disgraziata, sappiamo che eravate molto amiche, che lei ti voleva molto bene e qualche volta ti lasciava dormire con lei nel suo letto.

-Io ero così piccola, avevo una gran paura delle bombe. Vi giuro che morivo dalla paura.

-Adesso non hai paura? –disse il Tetas.

-Non avrò mai più paura.

-Ah. Non lo sai che la guerra non è finita, che resta tutta la gente che si è data alla macchia? Chi può dire di non avere paura?

-La sottoscritta lo dice –replicò la Fueguiña.

-Ah. Una povera orfana senza padre né madre, una murciana tonta che ogni giorno lo deve tirare fuori a un invalido per farlo pisciare.

-È vera questa storia, Fueguiña? –disse Sarnita.

-Gli reggo solo l'orinatoio.

-Bugia –il Tetas.

-E non sono murciana. Sono di Lugo e mi chiamo María Armesto.

-Bugiarda-

-Taci, Tetas. –Java senza guardarlo-. Basta con le cazzate. Andiamo avanti –avvicinando ancora la fiamma alla polvere-. Parlerai, Aurora?

-No.

-Parla se non vuoi bruciare viva, ragazzina.

La tosse pietrosa di Luis la distrasse, mentre Java, per nulla brusco nella voce, che rappresentava il suo ruolo piuttosto male: canterai perfino il *raskayú*[21], disse, e la fiamma stava già sfiorando la polvere, e di colpo ffffuuuu…! come una navicella spaziale che fa cilecca, e la fiammata blu scaturì dalle ginocchia di Aurora, due nuvolette nere salirono fino alla sua faccia. Accidenti, esclamò, vedendo le due rabbiose fiammelle che avanzavano lungo il bordo del bidet verso

[21] Titolo di una celebre canzone censurata durante il franchismo.

le sue cosce: due ragni veloci che andavano in direzioni opposte, liberando fumo come due minuscoli treni veloci e lasciandosi dietro dei residui color tabacco. Non provò ad alzarsi, non fece forza nelle mani legate, non mosse un solo muscolo, un solo capello. Col mento attaccato al petto, osservava in silenzio il rapido avanzare dei due fuochi e li vide arrivare alla carne, e solo allora, quando sembrava che stessero per mordere, allargò un po' le gambe e rimase immobile, senza battere ciglio, guardandoli spegnersi bruscamente a qualche millimetro dalla pelle. Ha due gran coglioni questa ragazzina!, ammirato il Tetas, e perfino Java sembrava impressionato.

Tranquillamente, lei alzò la testa e fronteggiò il suo inquisitore.

-La sottoscritta parla quando vuole, così tu ti cuoci per bene –e aggiunse, dopo aver agitato la chioma nera-: Davvero, non mi ricordo bene, suppongo che vi riferiate alla Menchu, un'altra che scappò dalla Casa per fare la bella vita, o così dicono. Loro sì che si dicevano tutto, le più grandi, ma io ancora non avevo l'età per lavorare fuori dalla Casa…

-Menchu, hai detto?

-Mi disse che era molto buona con tutte le ragazze, che aveva un fidanzato che si chiamava Pedro, e che andava a fare le pulizie ad ore. Andava ogni giorno all'attico del signorino Conrado per fargli il letto, glielo faceva da quando aveva quattordici anni, quando lui studiava e suo padre era ancora vivo, prima della guerra. Col tempo tutta la famiglia finì per volerle bene. Lui ancora non era paralitico e dicono che fosse molto buono con lei, che le faceva dei regali…

-E perché? –disse Sarnita-. Perché avrebbe dovuto essere buono con una ragazzina, perché avrebbe dovuto farle dei regali?

-Non strillare, accidenti.

-Parla! Perché?

-È peccato, non lo dico.

-Tetas, portami le tenaglie –disse Sarnita-. Le torceremo i capezzoli.

-Insomma, lei e il suo fidanzato Pedro –disse la Fueguiña- si vedevano di nascosto nell'appartamentino del signorino Conrado che lei andava tutti i giorni a pulire. E il signorino lo sapeva. Sapeva che lì si baciavano e si toccavano, e

malgrado lo sapesse non lo disse mai, non lo disse mai alla signora né alla direttrice della Casa. Perché…? Ah! Non tirarmi i capelli, animale! Il fidanzato andava lì di mattina quando il signorino era già uscito, la trovava che stava spazzando o sbattendo i tappeti o cambiando le lenzuola del letto e facevano tutto lì dov'erano. Dicono che lei glielo lasciasse fare con piacere. Non so nient'altro. Ah! Lasciami i capelli, bruto!

Un appartamentino confortevole e giovanile, grazioso, coi mobili di tubo nichelato e tanti libri, posacenere di cristallo scolpito e cuscini con disegni cubisti. Quando Aurora andava via dopo aver pulito, lui tornava che aveva appena fatto colazione nel caffè vicino e si chiudeva a studiare. Lo scoprì per caso un giorno, Sorella, come se l'avessi visto: lui che si china a fianco al letto dove passava ore e ore steso a studiare per una professione che non avrebbe mai esercitato, ancora così alieno all'uniforme gloriosa e alla sedia a rotelle e alla mitragliatrice che lo avrebbe distrutto anno dopo anno come le termiti, me lo vedo, inginocchiato sul tappeto col capo chino e assorto, ipnotizzato dal fulgore metallico dell'accendino che apparteneva a Pedro e lui lo sapeva, guardandolo per un lungo istante lì dov'era, caduto a fianco al comodino, guardandolo senza toccarlo, con occhi da maniaco; gustando quella bruciante rivelazione, quel cielo che si apriva nella sua vita e che riservava per il suo corpo un mattino di ombre; passeggiando per la stanza e strappandosi i capelli per la gioia, parlando, ridendo da solo, esaminando il letto in cerca di una traccia, odorando le lenzuola, il cuscino, gli asciugamano, cercando come un cagnolino l'odore dei suoi capelli, della sua pelle, misurando con l'immaginazione il solco dei loro corpi sul materasso, calibrando il loro peso, sentendo forse i loro gemiti. Con il corpo adagiato sul letto, piangendo di felicità, pregando grazie.

-E che altro, Aurora? –sussurrò Amén vicino al candelabro che zampillava-. Che cosa fece allora, perché non spifferò tutto a sua madre?

-Perché il signorino è buono, perché è un gran cavaliere, educato dai gesuiti, e non andrà mai in giro a raccontare i peccati degli altri –disse lei.

-Neanche se i peccati li fanno i casa sua, sul suo letto?

-Esatto.

-Non fare la mocciosa –disse Sarnita socchiudendo le palpebre come un gatto: scrutava il passo elastico di Java intorno alla prigioniera, il suo silenzio riflessivo. Lo vide fermarsi davanti a lei, chinarsi con la candela in mano e lasciar cadere alcune gocce di cera bollente dentro il bidet, fra le sue cosce pallide, lasciando lì la candela attaccata per la base. La fiamma scagliò ombre sussultanti sulle pareti.

-Che cosa vuoi fare?! –disse lei-. Il fuoco lo sai che non mi fa paura, però non mi deve toccare nessuno a parte te o me ne vado.

Sarnita aggiunse:

-Avanti, parla se non vuoi diventare la Donna Marchiata.

-Niente minaccie, bavoso.

Un attico nella calle Cerdeña con un terrazzino pieno di gerani da dove Pedro e Aurora, abbracciati, guardavano il campo di calcio dell'Europa e le piste di cenere dell'Ispano-Francese. Un appartamento da scapolo ricco, un nido per un corpo di vent'anni che ancora non era arrivato ad accendersi per niente e nessuno. C'erano trofei di caccia, racchette da tennis, coppe vinte in gare di tiro al piattello, mappe incorniciate delle campagne africane e una collezione di stivali da cavallo disposte a batteria lungo la parete, capricci da figlio e nipote di militari. Galleggiando nell'euforia vendicativa dell'indigente, Pedro si beve il suo cognac e si fuma i suoi sigari, si immerge nell'acqua profumata della sua vasca da bagno per ore intere, si avvolge nei suoi asciugamani e nei suoi accappatoi, cammina scalzo sui suoi tappeti e si mette perfino le sue cravatte. E lui lo sapeva nel momento stesso in cui accadeva, reggendosi la fronte ardente su un libro di testo in Facoltà, o in casa di sua madre, o alle milizie. Se la Repubblica non gli porta via tutto, diceva Pedro, nudo davanti alla fila di abiti appesi dentro l'armadio, lo farò io, signorino di merda, lo fotterò. E lui lo sapeva, Sorella, e lo sopportava, non si lamentò mai dei furtarelli di Pedro, anzi: giunse persino a mettere il cognac sul comodino, a portata di mano, così poteva bere rimanendo a letto, giunse persino a comprarsi una vestaglia corta color rosso ciliegia perché la usasse lui, e fece persino collocare strategicamente uno specchio, e lasciò delle riviste pornografiche come dimenticate in un cassetto aperto, c'è gente del genere. Ma perché?

-Per eccitare le coppietta, Sorella.

-E questo è tutto –disse la Fueguiña-. Non so altro.

-Noi pensiamo di sí.

-Se non parli, si faremo spegnere il cero unendo le gambe –minacciò Sarnita.

Ubbidendo al segnale di Java, Sarnita soffiò ad una ad una sulle candele nei candelabri. Rimase soltanto la fiamma del cero pasquale che bruciava tranquillamente fra le cosce pallide di Aurora. Fingi che se riesci a lasciarci al buio, Aurora, disse Sarnita, qualcuno verrà a salvarti. Lei lo guardò con sospetto. Cosa stai tramando adesso, pidocchioso, cosa rimugini guardandomi così, mangiandomi con gli occhi? Parla o spegni il cero, maledetta, non hai altra via d'uscita. Aurora afferrò il cero con le cosce, nel mezzo, senza riuscire ancora a raggiungere la fiamma; riprovò allargando le gambe molto lentamente, sulle punte dei piedi, tentò il colpo, provò varie volte aprendo e chiudendo le cosce e la fiamma oscillava spostando le ombre dietro di loro, che la guardavano in silenzio e sconcertati. Dopo diversi tentativi soffocò la fiamma con l'interno tremante delle cosce, su cui scorrevano gocce di cera calda. Non si lasciò scappare ne un gemito, ne un sospiro. Di colpo si trovò al buio e presa in braccio, trasportata da un'altra parte, palpeggiata e d'improvviso baciata sulle labbra, accidenti, in piedi, legata a un tronco rugoso con le mani dietro la schiena. Sentiva un rumore di passi intorno, un frenetico viavai, risate, inciampi, un dito che la stuzzicava là sotto. La bocca sorprendentemente dolce e esperta tornò da lei un'altra volta, e ancora, e alla terza lei gli concesse la sua, accidenti, com'è dolce, la perse, la ritrovò, al sapore di liquirizia e sussurrando una richiesta, per favore lasciami fare, non dirò niente, orientandosi alla cieca, lasciando che altre mani percorressero le sue cosce, salendo…

-Basta. Basta.

-Urca, urca…

-Fiammiferi, presto.

-Non dirò niente, Ramona, per favore…Per favore.

-Come hai detto?

E regalini: cominciò con le caramelle per lei e finì per regalarle calze nere, camicie da notte trasparenti e abbinamenti di raso, giarrettiere con i merletti,

mutandine e reggiseni da film, che tipo. Accettalo, Aurorita, per quando ti sposerai, è un modo per ringraziarti dei tuoi servizi qui, le dice. Andava così, Sorella, come se lo vedessi: lui preparava lo scenario, disponevi i suoi «quadretti», curava i dettagli, sceglieva il vestiario, sempre biancheria intima molto raffinata, e facilitava gli incontri della coppietta: Aurora, anche lunedì starò fuori tutto il pomeriggio, potresti venire a cambiare le tendine. Sí, signorino, come vuole il signorino…Un giorno successe una cosa che avrebbe potuto farla insospettire, ma lei non ci fece caso. E cioè che per pulire il pavimento aveva sempre riempito il secchio nel bagno attiguo alla camera da letto, ma a partire da un determinato giorno, proprio poco dopo che il suo fidanzato perdesse quell'accendino dorato che lei gli aveva regalato per il compleanno, il bagno rimase sempre chiuso dall'interno.

Era come se il dito stesse esplorando un fiore umido: petali setosi si aprivano uno dopo l'altro. Di colpo il dito serpeggiò nella zona più sensibile, e lei agitò il culo. Non si liberò di lui, sembrava un panno impazzito, e il sussulto colpì prima il suo ventre e poi il suo cuore. Finalmente sentì sfregare il fiammifero e la fiamma li liberò tutti dalle tenebre. Ora, legata al falso tronco d'albero che il Tetas reggeva da dietro, la corda attorcigliata attorno a tutto il suo corpo, salendo dalle caviglie al collo. Senza paura, con una smorfia burlona, i suoi occhi cercavano la bocca dolce e ansiosa, cercando di riconoscerla. Sei stato tu, approfittatore di merda, disse. Tutti a girarle intorno, una mano e poi un'altra, sei stato tu, finché Java non le scostò i capelli dalla faccia e lei potè vedere Martín che accendeva di nuovo i candelabri. E adesso, maiali, approfittatori? Non doveva salvarmi qualcuno, imbroglioni? Ancora no, Aurora, parla se vuoi evitare le cento frustate o di portare per sempre il Marchio a Fuoco sulla schiena. Altri strattoni alla tunica, giù le mani, porco, chi ti tocca, zoccola?, la maschera che scivola sopra il naso di Mingo, la cintura in mano pronta per frustarla, e con l'altra reggendosi i pantaloni che gli cadevano.

-Ti faremo schizzare la pelle, Aurora.

-Non essere ridicolo. Ho sete, datemi un sorsino d'acqua alla liquirizia. E slegatemi subito, non voglio provare più questa stupida recita, lo dirò al signorino

Conrado. –Ora la Fueguiña si dibatteva per davvero, infilandosi i viluppi della corda nella carne-. Slegatemi subito, maledetti.

Java le aprì il coltello davanti alla faccia. Falle il marchio di Zorro, cisposo, disse Mingo, e Martín: potremmo infilarle una banana e vedere che faccia fa, e lei senza battere ciglio: meglio mangiarsela, tonto, gli occhi fissi sul coltello. Java molto tranquillo: zitti tutti e tu dimmi, ragazzina, lei arrivò a capire quello che succedeva nel bagno? Non si rese conto che faceva dei «quadretti»? Ora la Fueguiña si dibatteva fra le corde. «Quadretti»? E che roba è, una qualche porcheria…? Java applicò la punta affilata del coltello sulla sua guancia, ma sorrideva nel dire: non fare la finta tonta, carina, sei l'ombra del paralitico, conosci la sua vita meglio di chiunque altro, le sue manie, i suoi segretucci. Ahi ahi ahi, mi pungi, bruto, lasciami stare, ti dico che non so nient'altro.

-Va bene.- Java abbassò il coltello fino al suo petto, introdusse la lama sotto la corda e la tagliò-. Sei libera, ragazzina. Non raccontare a nessuno quello che è successo o ti pungerò per davvero, d'accordo?

-D'accordo.- La Fueguiña vestendosi dietro lo specchio, il Tetas la spiava accovacciato, gli altri spegnevano le candele-. Quello che mi piace è il vostro rifugio.

-Ti accompagno fino a calle Verdi –disse Java.

-Posso andare da sola, non ho paura. Mi regalate la scatola di fiammiferi?

Arrivati in plaza Rovira lei gli scappò correndo. Aspetta, vuoi che ti accompagni o no? Era ormai passata la mezzanotte e Java aveva la fame infilata nel cervello. Gli ultimi ubriachi uscivano dalle taverne come topi, ombre sbandate che sfregavano contro le pareti, biascicando rochi rimproveri e confuse infamie, vomitando negli angoli un vino pestilenziale. Java la vide poco dopo ferma in un ingresso buio, che gli faceva cenno, vieni, sorridendo, vieni sciocco, e lui pensò: le è piaciuto, sa che era la mia e vuole ripetere. Arrivato al portone, lei lo tirò per la mano attirandolo verso l'oscurità, ma di colpo si liberò e lui non la vide più; tastò alla cieca le pareti e il corrimano appiccicoso delle scale, inciampò fra dei

bidoni della spazzatura e sentì molto vicino il rumore di carta stropicciata, i coperchi metallici che ballavano sul pavimento. Le sue gambe si attorcigliarono al corpo accovacciato di lei, quando sentì strisciare il fiammifero e vide la fiamma che cresceva rapidamente fra i fogli di giornale e la spazzatura impilata in mezzo all'ingresso. Cosa fai, matta?, disse, e la Fueguiña ridendo lo tratteneva, gli impediva di spegnere il fuoco, cosa pensi di fare?, il bagliore che accendeva le loro facce. Sui sampietrini della piazza risuonava il bastone del sorvegliante. Tutte le ombre dell'ingresso retrocedettero di colpo verso la guardiola della portinaia, spinte dalla grande fiamma, rivelando le pareti scrostate, da scala dai gradini sconnessi, il corrimano tarlato e le scarpe di corda blu indossate da piedi senza calzettini, grandi e pallidi. La Fueguiña soffocò un grido. Circondato da un fumo spesso e puzzolente, Java capì che non sarebbe riuscito a spegnere il fuoco e afferrò la mano di lei, immobile come una statua che osserva il nulla, e scapparono correndo.

Ora, la pelle tesa delle spalle contratte, avvolta con arroganza come una garza, era l'unica cosa nel corpo che conservasse un certo velato splendore di gioventù.

Gli ordinarono di lasciare la gomma dell'acqua, di inserire la testa nel supporto di legno e di portare la sega; lui obbedì fischiando e poi con mano tremante e premurosa gli scostò i capelli neri e ancora ribelli arricciati sulla fronte, e prima che la sega lo toccasse glieli pettinò precipitosamente all'indietro. Fu l'unica cosa in cui il custode si mostrò diligente. Non potè o non volle obbedire, quando il medico, mentre si lavava le mani, gli ordinò di cominciare a segare, e non fu capace di introdurre la sonda nelle arterie, non aiutò come altre volte in cui forse fu più ubriaco di questa, ma sempre sicuro e con un senso del'umorismo che normalmente veniva celebrato dagli studenti: conosceva il lavoro a memoria, lo avrebbe fatto meglio e più pulito perfino dello stesso medico legale. E soltanto quando, avendo finito con i gemelli, così identici nel loro delicato stupore, così vincolati alla madre attraverso il flusso di sogni che suggerivano le loro rigide faccine grigie, sentì grugnire ricucili e vedi di lasciare tutto pulito bene, oggi sei

un disastro, custode del diavolo, lui cominciò a reagire, sguazzando su quella torbida materia liquida a terra privata bruscamente di un passato. Dopo il medico legale uscirono gli ultimi studenti. I quattro corpi giacevano aperti sopra il marmo. Li avrebbe puliti bene, con il mestolo gli avrebbe tolto tutta l'acqua dal torace e dal ventre, li avrebbe ricuciti e poi annaffiati per l'ultima volta, li avrebbe lasciati come nuovi anche se nessuno sarebbe venuto a vederli, anche se nessuno avrebbe chiesto di loro. Aveva già pronti i flaconi di formalina. Introdusse la mano nel petto freddo e annegato e posizionò dolcemente il cuore sul palmo. Lo tenne così un istante, sul palmo della mano, sognando i suoi battiti. Cambiò lo scalpello con le forbici e poi impugnò l'ago e il filo, guardando, ora sí, l'espressione serena del morto, la pelle viola e gli occhi non del tutto chiusi, quel bollore remoto di intrighi e menzogne. Biascicò grugniti e motivetti, in mare corrono le lepri, cucendo la pelle in sutura continua, furiosa, in montagna le sardine, tutta la pelle dal basso verso l'alto, dal pube allo sterno.

10

Prima del tramonto la farmacia era già un nido di ombre. Oltre le inferriate dell'alta finestrella che dava sulla strada, gambe avvolte da calze bianche sguazzavano ancora in un sole radente e sbiadito, ma intorno al custode e alla suora, lì dentro, la notte guadagnava minuti sul giorno man mano che trascorreva settembre. Quando lei si alzò per accendere la luce, il custode riempì furtivamente il bicchierino di liquore, lo vuotò in un sorso e lo riempì di nuovo. Ti vedo, scherzò la suora di spalle, e mentre lui pensava cazzo, questa suora ha gli occhi dietro la testa, si aprì la porta e spuntò la testa di un'infermiera: ti chiamano dalla segreteria, sembra che siano arrivati dei parenti. Ñito alzandosi, non può essere, di parenti zero, mormorò nell'incrociarsi con la suora, che gli raccomandò di fare attenzione alla sua faccia.

-Il lato sinistro, ti ricordi? Se è lei, avrà il segno.

Non la riconobbe. Poteva essere una qualunque fra quelle più grandi che rimasero sole, la Rosa, la Nuri, la Isabel, una qualunque di loro con trent'anni di più. Aspettava seduta sul bordo esterno della panca come se stesse per alzarsi, la schiena molto tesa, i gialli capelli raccolti in un crocchio dietro il cappellino nero, le mani incrociate sul grembo, e, fra le dita, un documento e la carta d'identità. Le avevano già consegnato le due valigie malmesse e umide, rinforzate con delle corde, e si trovavano al suo fianco, ai piedi di tre ragazze vestite di scuro, allineate lungo la parete con aria svogliata, gli occhi neri pieni di nebbie romantiche. Ñito si presentò alla donna e un'immagine, che Suor Paulina gli aveva dipinto durante una qualche conversazione, attraversò la sua mente: una zitellona come questa che spingeva la sedia a rotelle dell'anziano per le strade del quartiere, indifferente agli scherzi della marmaglia, lo sguardo fangoso nascosto dietro gli occhiali da sole e la metà sinistra della faccia trasformata in una cicatrice nera e rossa, color vino. Ma non era lei.

C'era molta affluenza di visite, le file di malati e incidentati di fronte agli ambulatori si andavano allungando. Il custode si offrì di accompagnarla al

deposito, ma lei disse che stava aspettando dei documenti, che complicazioni, è possibile che siano andati persi tutti i documenti? Lui non lo sapeva, ma sicuramente era andata così, in mare si erano aperte le valigie e quindi...il possibile era stato recuperato, ma poi, cosa importa, ormai a loro tutto questo non serve più a nulla. Si sedette vicino a lei: ce la farà da sola, signora direttrice?, indicando le valigie, vuole che gliele spediamo?, pesano abbastanza perché dentro c'è quello che prima stava in tre o quattro, le altre le ha fatte marcire l'acqua. Lei rettificò: non era la direttrice della Casa, era una delle assistenti, no, ormai non erano più in calle Verdi, è più di quindici anni che si sono spostate grazie alla generosità del signor Galán, che dalla morte di sua madre è diventato il protettore della Parrocchia. Sua madre era stata la madrina che aveva esaudito i desideri delle orfane meritevoli, e lui continuava quella grande opera. Ñito annuì in silenzio, pensieroso, e poco dopo parlò della donna affogata con i suoi due figlioletti e suo marito. Quindi, lei, commentò, era appartenuta alla casa, prima di sposarsi? Anche dopo, rispose l'assistente, sempre, anche se se ne vanno per mettere su famiglia continuano sempre a far parte della Casa, la relazione viene mantenuta e quelle che hanno avuto fortuna nel matrimonio o nel lavoro non si dimenticano mai della loro prima casa, per esempio Pilar ci aiutava con delle donazioni, poverina, anche se non fu felice nel matrimonio i soldi non le mancavano, questo no, è l'unica cosa che suo marito fu in grado di fare, molti soldi…

Si interruppe per chiedere al custode se era venuto qualcun altro, dei signori, gioiellieri? sí, disse lui, ma io non li ho visti, credo che abbiano insistito molto per farsi carico delle spese di sepoltura, evidentemente era molto apprezzato nel lavoro, rappresentante di gioielleria, no? doveva essere di grande valore. La donna sospirò e si strofinò le palpebre arrossate. Può darsi, disse, ma Dio sa che se sono qui è per lei e per i bambini, l'ha fatta soffrire tanto che non muoverei un dito per lui, il Signore lo perdoni.

Allora, mentre aspettava che la chiamassero in segreteria, lasciò morire intenzionalmente la conversazione. Si impose di farlo, perché la fatalità di alcune persone, le disgrazie del prossimo in generale e in particolare i conflitti famigliari

scatenavano la sua già naturale loquacità. Quel custode rispettoso e attento, ma sporco, senza età, il cui sguardo decrepito sembrava scrutare dietro le parole, rimase al suo fianco in silenzio, ridotto a una presenza solidale, ma non con lei o con il suo dolore, piuttosto con un'altra oscura oppressione che il tempo non aveva distrutto né attenuato. E più tardi, dopo essergli andato dietro, avendo seguito i suoi inconsulti passi da scimmia lungo i soffocanti corridoi in direzione del deposito, un vento dell'infanzia gli colpì la faccia, un odore di polvere da sparo bruciata e di legno di portapenne, forse irripetibile nella memoria. Avanzando fra le putride cantine di questo vasto ospedale, qualcosa di molto peggiore del dolore e della vecchiaia e della morte si dilatava infinitamente. Perché, come poteva quest'uomo vivere qui, come poteva qualcuno seppellirsi vivo, rassegnarsi a questa sporcizia e a questa miseria e più solo di un morto fra i morti? Ci conoscevamo da ragazzi, disse lui senza voltarsi, camminando curvo e instabile, si direbbe senza nessuna considerazione per la propria occupazione, come se in essa avesse soltanto cercato rifugio da una pioggia di offese che una qualche volta lo aveva lasciato inzuppato fino all'anima. E quando lo vide sputare attentamente nel fazzoletto, la donna, come se avesse percepito la vaga presenza di un degrado senza nome capace di contagiarla, accelerò il passo decisa a finire il prima possibile.

In piedi davanti ai gemelli si fece meticolosamente il segno della croce, evocando per un istante i loro giochi, le loro abitudini e il loro carattere: com'erano strani, disse, non li ho mai capiti, così composti presi singolarmente, così normali e persino insignificanti, e insieme così cattivi, bugiardi e vendicativi. Girandosi verso la defunta i suoi occhi si inumidirono di nuovo, e la mano, tremante ma decisa, si mosse verso la fredda guancia per darle qualche buffetto mentre mormorava Signore, Signore, povera bambina, povera Pilar. Era necessaria l'autopsia?, anche a queste creature? Sono gli ordini, signora, rispose lui da dietro, appoggiato alla parete, senza perdere un solo dettaglio. Si rallegrò che fossero puliti, vestiti e pettinati, e che lei li vedesse così.

Uscendo avrebbe giurato che lei non avesse degnato il defunto di un solo sguardo.

-Lascerò qui le valigie. Vi occuperete voi di portarle all'appartamento di Pilar? La domestica se n'è già andata, ma domani ci sarò io.

-Le porterò io stesso –disse Ñito.

Riunendosi alle orfane nel corridoio, la donna chiese loro una matita per appuntare l'indirizzo, ma il custode disse non c'è bisogno, scuotendo il capo con aria burlona, non sbaglierò strada, no.

Pilar?, rimuginava di ritorno alla farmacia, Pilarín? Poteva essere una qualsiasi di quelle che ogni domenica attraversavano il quartiere a coppie in direzione di Las Ánimas, con le loro mantiglie bianche da quattro soldi e i loro libri di preghiere, una fra le tante in mezzo al doppio serpente di uniformi blu, cravattine bianche e sandali di gomma, guidate dalla signorina Moix; una qualunque con trecce e fiocchetti rossi e un freddo maligno infilato fra le palpebre, una bambina che in strada era capace di fare linguacce di fronte alla commiserazione della gente, che faceva capannello con le sue compagne intorno al simpatico arrotino nella plaza del Diamante, che ogni mattina scherzava con il giovane spazzino, un ragazzo con la faccia da vecchio e gli occhi da gatto, o che correva a vedere i pannelli di foto al cinema Verdi, questo sabato vedremo *La ciudad de los muchachos* e *Chicago*; Pili, in terza fila c'è lo straccivendolo e com'è bello, svegliati, bimba, digli qualcosa…Sí, una fra le tante, un volto anonimo, arrossato e vivace come quello di tutte le altre; un moscerino morto che non si fece mai notare molto ma i cui occhi dovettero registrare tutto, cammuffata fra le altre per spiarlo quando andava alla Casa-famiglia ogni venerdì per riempire il sacco di carta: oggi verrai con me, ciccio.

-Non sei mai stato lì, Sarnita, non hai mai visto le orfanelle nel loro sugo? Oggi verrai con me.

-Me lo immagino, furfante. Ti vedo che entri gridando: Bambine, in sala!

-Frena, non fare la bestia –diceva Java.

-Allora, di scopare non se ne parla?

-No, cosa pensavi.

La scura e ripida scala di vecchi gradini imbarcati, pensava, il primo pianerottolo che puzza di vagabondi, la porta negra con la toppa ovale del Sacro

Cuore, regalo del tenente Conrado: Fermati, pallottola. Le bambine guardano dallo spioncino prima di aprire, senti le risate, i bisbigli, le gare dietro la porta. Aspetti con i fumetti in mano, il sacco in spalla e la bilancia attaccata alla cintura, apre sempre lo stesso girino in punta di piedi che arriva appena al buco della serratura, hai il Guerrero del Antifaz e Monito e Fifí?, e scappa via correndo con il bottino in mano. Signorina, lo straccivendolo! Una riverenza mezzo per scherzo, buona sera, direttrice, c'è qualcosa per me, carta, stracci, bottiglie? Intorno si agitano le orfane, si affacciano e ridono: il fidanzato della Fueguiña, il Lucifero più bello di Las Ánimas, una di quelle doveva essere Pilar. Di santarelle zero, ciccio, e con tutto quello che le fanno pregare: ballano pigiate nei dormitori, nascondono romanzi e canzonieri sotto i materassi, ritratti di artisti del cinema e di cantanti, sanno a memoria *Besame mucho* e *Perfidia*. Dal terrazzo, al buio, durante le feste di San Giovanni e San Pietro, approfittano della musica dei terrazzi vicini decorati con lampionici e ballano le une con le altre, facendo i turni per controllare che la direttora non le scopra.

-Sono uno sballo.

Nel terrazzo c'è uno stanzino con dei lavatoi, ci tengono degli stracci vecchi e dei ritagli di carta sottile e crespa, di vari colori, con cui fanno i fiori artificiali e i festoni che adornano le strade del quartiere nelle feste di settembre. Ti accompagna sempre una delle orfane perché tu non faccia scherzetti con il peso, Virginia o la Fueguiña, e c'è sempre un po' di tempo per provare la recita.

-Che figlio di buona donna, cisposo, che razza di slinguazzate vi date tu e quella ragazza…

-Frena, Sarnita, frena.

-È proprio arrapante la ragazzina, non dire di no.

-Ce n'è anche un'altra che mi piace, ma fa la santarella. Pilarín. Sai di chi parlo, ce l'hai presente? Una piuttosto seria, più educata delle altre, alta, molto fine. A volte viene lei a controllarmi quando peso, ma non si lascia toccare nemmeno un capello, anche se sono sicuro che è una di quelle che il giorno che si lasciano andare…

E dovette andare così. Un ragazza snella, fragile, ma di caviglia grossa, di grandi tette flosce.

-Comunque, la tua fidanzata non è la Fueguiña?

-Sí, sí. María è un'altra cosa. Quelle tettine come limoni…

-E lo fate direttamente lì, sul pavimento del terrazzo?

-Di quello niente, dái, tu t'immagini sempre di più di quello che è.

Le nere sottane che ondeggiano al vento come campane funebri, i rocchetti e le tovaglie d'altare che gocciolano dai fili, il bucato di Las Ànimas ad asciugarsi al sole e il tubare della piccionaia nella terrazza vicina. Java seduto di spalle contro la balaustra, a lato la Fueguiña con il quaderno in grembo.

-Vuoi provare ancora? –disse lei-. Accidenti, ma se sai a memoria perfino la mia parte. Che noia.

-Siete curiose, voi orfanelle –disse Java-. Dimmi una cosa. Come fate tu e Juanita a scappare e venire al rifugio?

-Abbiamo un trucco –lei facendo l'occhiolino al sole-. Vieni, alzati. Vedi il cestino di corda che va da balcone a balcone, sopra la strada? Non ti sporgere troppo, furbone. È la nostra teleferica. Il balcone di fronte è della padrona dell'osteria di sotto, vedi?, lì vivono i Dondi. Tre fratelli come la peste. Ci scambiamo messaggi e lettere con la la cesta. Il più grande è tisico, vedi il vetro bucherellato, sul balcone, dove esce il tubo della stufa?, beh, lì c'è lui, sempre a letto, e sulla stufa bolle giorno e notte una pentola d'acqua e eucalipto, un così buono odore…I fumetti che ci porti tu, quando li abbiamo letti tutte, li spediamo di là con il cestino, ma poi non li vogliamo più perché tornano con i microbi, io li brucio.

Quando una voleva scappare scriveva il suo nome su un pezzo di carta, lo metteva nel cestino e tirava la corda fino a farlo arrivare all'altro balcone; c'era sempre un Dondi che faceva compagnia al malato; prendeva l'avviso e sapeva già quello che doveva fare: scendere all'osteria, attraversare la strada e salire alla Casa per dire alla direttrice: mia madre chiede se può far uscire la tale ragazza per venire a fare le pulizie. A volte era vero, e visto che pagava in cibo…

-E quando è una bugia?

-I Dondi ci danno qualcosa perché la signorina non abbia sospetti, cioccolato, un sacchetto di farina per fare le frittelle.

-In cambio di cosa, Fueguiña?

-Di un bacio. In fretta e furia, niente, al buio, nel portone di sotto.

-Solo un bacio?

-Juanita si lascia alzare la gonna.

-E tu?

-Io cerco di scappare, sciocco. Geloso?

-Io? Scherzi, neanche fossimo sposati. Dái, vieni qua.

Nella parte posteriore del terrazzo, sotto, c'era un piccolo orto dal quale salivano farfalle bianche che giravano intorno ai panni stesi: un corridoio di sottane nere in cui loro si baciavano in piedi, senza che nessuno potesse vederli. Il volo dei piccioni era un fragore bianco nel blu del cielo, il seno della Fueguiña si faceva appuntito. La avvolge con le braccia, accarezza il suo corpo improvvisamente rotondo e languido, stranamente docile, privo di ossa. La sua uniforme blu strofinata mille volte nel bucato sembra una pelle finissima. Java perde perfino la nozione della fame. Nella stanza dei lavatoi, lei gli reggeva sempre il sacco mentre lui lo riempiva di carta. La abbracciò di nuovo.

-Quando ti sposerai con me, Fueguiña?

-Mascalzone. Chissà con che intenzioni mi fai la corte.

-Parlo sul serio.

-Dillo a Pilar, non venire da me con queste storie.

-Tu mi piaci di più, ladruncola. Mi sono innamorato di te. Stai calma.

-Non mi trovi magra, straccivendolo?

-Lascia l'invalido e scappiamo insieme…Quando smetterai di portarlo a passeggio e di pulirgli il moccio e la cacchina?

-Mai –improvvisamente seria, liberandosi dalle sue mani-. Mai, per favore. –Non perché provasse schifo per il signorino né tantomeno per pietà. Sembrava, semplicemente, un riflesso nervoso di quella tristezza che emergeva di colpo sulla sua bocca sdentata, semiaperta, e sui suoi occhi socchiusi: come se la stessero già baciando o fosse disposta a farsi baciare immediatamente.

Era allora che lui rimaneva sconcertato, quando intuiva in quella ragazza condiscendente, anche se di reazioni imprevedibili, lo stesso terrore senza fondo, lo stesso destino atroce che vide un giorno sulla pelle di Ramona, scura e sporca come una stigmate: anche in questo corpo rachitico, in questi denti sbeccati e in questi occhi morti operava la misteriosa putrefazione della città, quell'indifferenza di pozzanghera infangata che riceve piogge ripetute di umiliazioni e inganni. Forse per questo Java domandò:

-Ancora glielo devi tirare fuori per farlo pisciare? –sorridendo.

Lei aveva la faccia girata da una parte: di nuovo l'invalido afferrò la sua mano indecisa nell'aria e le piegò il braccio dietro la schiena, attirandola verso di sé, giocando: Perché opponi resistenza, se sai che Conrado ha molta forza nelle mani, anche se è paralitico?

-Dí, forza. Perché glielo devi lavare –insistette Java –e rimetterglielo a posto, e abbottonargli i pantaloni? Che noia dover andare così presto ogni mattina, no? che noia vestirlo a letto, lavarlo, fargli i massaggi alle gambe…

In un momento in cui lei si distrasse, lui le imprigionò le mani fra le cosce, ridendo come un bambino.

-Nessuna noia, ci sono abituata. Questo no, adesso no, può entrare qualcuno.

-Puoi liberarti, se vuoi, bimba, puoi togliere le mani da sopra. Così. Puoi farlo, se vuoi…

Il tenente se la passa alla grande, aveva detto Sarnita, e Java: non ti credere. Prova a metterti nei suoi panni: il dolore lo sveglia puntualmente, dice lei, mai dopo le otto. Gli piace essere maneggiato senza riguardi, con energia. Con un manata lei scosta il lenzuolo e mette la bacinella sotto le sue natiche: strofinargli il petto con la spugna inzuppata di sapone, le ascelle, le ginocchia, fra le gambe. Girarlo e ora la schiena, le cosce, le caviglie. Tagliargli le unghie dei piedi. Massaggi con l'alcol alle gambine ogni giorno più magre e si direbbe più corte. Quando vedeva che si lamentava di forti dolori, lo faceva senza che lui dovesse chiederglielo. Non lo guardava nemmeno: gli occhi chiusi e la faccia verso il soffitto, ancora mezzo addomermentato, come nei sogni e strofinando i polpastrelli sul lenzuolo, tutto il tempo, come se stesse sbriciolando il fitto

cespuglio di fili. Levandosi nel tentativo di liberarsi, le mani di lei tremavano un po'.

-Non farti scrupoli, diamine, qui sento sollievo. Qui. E devi essere proprio tu: non ti vergogni, un uomo nudo? –disse Java.

-Povero. Ha avuto infermiere, signorine di compagnia, praticanti che vanno a fargli le punture, domestiche di sua madre di completa fiducia…Ma non gli duravano tre giorni. Io sí. Mi preferisce perfino a quel brav'uomo del signor Justiniano, che per lui è come un cane.

-Non scendono dall'appartamento di sopra per aiutarti?

-Non ho bisogno di nessuno. Di sopra sua madre ha la cameriera personale e la cuoca e adesso vuole prendere di nuovo l'autista. Ma lui non sopporterebbe nessun'altro a parte me e Justiniano, lo ha detto chiaro e tondo alla signora. Perché preferisce me? Io non lo so, e non sono una stupida.

Sono già nei suoi panni, cisposo: il pupazzo rotto che si fa cullare e viziare e attizzare da un'orfana lasbica, il soldatino di piombo zoppo che ha vinto la guerra, capriccioso, maniacale, prepotente. Lei lo mette a sedere sul letto, gli sistema i cuscini dietro la schiena, gli porta gli strumenti per radersi e torna in cucina a preparare la colazione. Poi passerà lo straccio sulla sedia a rotelle, metterà una goccia d'olio nell'asse che cigola. E dopo mezzora, un'altra scampanellata dalla camera da letto: vestirlo, mettergli gli stivali che ha scelto, prenderlo in braccio, profumato e pettinato, e metterlo a sedere sulla sedia. Un anno fa ancora ce la faceva da solo, appoggiandosi alle stampelle, ma la spina dorsale non lo regge più. Ce l'ha marcia, bimba, che lavoro duro il tuo.

-Non serve forza, ma abilità –disse la Fueguiña-. Pesa meno di una piuma. Giù le mani, per favore, è tardi. Se qualcuno ci vede. Cosa pensarà lei di una povera ragazza come me…Non va bene eccitarsi così.

-Un giorno lo troverai morto nel suo letto, come un uccellino. Così non può andare avanti.

-Ma ché, il signorino vivrà più di noi, diamo tempo al tempo. Per carità, oggi l'ho insaponato due volte e gli ho fatto tre massaggi, lì non ce la faccio, no, per favore, a volte non mi dispiace ma oggi non ce la faccio –supplicava, ma si

lasciava guidare la mano, accendendosi nella segreta combustione di lui-. Perché, perché, cosa si sente facendo così…

Poi spingeva la sedia e uscivano nel corridoio, una sequenza di porte di cristallo intagliato spalancate, che si ripetono come in uno specchio. Attraversavano il salone e raggiungevano la galleria, e prima di fermarsi la sua mano si allugava verso il quotidiano sul tavolino. Lo lascerà di fronte alla grande vetrata colorata accesa dal sole, davanti alla colazione: il suo caffè molto forte, le sue fette di pane tostato, la sua marmellata e il suo burro. E lei di nuovo alle sue faccende: spazzare, vuotare i posacenere, fare il letto, spolverare. Con gli occhi bassi, decisa, soffocata, canticchiando un motivetto: inspiegabilmente contenta, Sarnita, come delle nacchere.

Mi piace quella casa, disse abbagliata, come mi piace, ciccio. Tutto quello che c'è. Gli armadi pieni di abiti ben piegati e che odorano di naftalina, le vetrinette con collane e ventagli, miniature, crocifissi d'avorio e di madreperla, e i lampadari del salone e i globi di luce nelle camere da letto. Tutto. Persino quella foto di Mussolini montato su una motocicletta infernale con berretto e giacchetta di cuoio e dedicata di proprio pugno «Al signor Galán, con abbraccio romano», che si trovava sul tavolo dello studio di Conrado e aveva inserito nell'angolo del portaritratti un'altra foto piccola di suo padre. Perfino il fermacarte con le pallottolle che gli avevano tolto dalla spina dorsale le piaceva, e la sciarpa gialla che aveva indosso suo padre quando lo uccisero. E spiegava con voce sognante com'era il bagno: di mattonelle verdi, con una vasca rosa, con dei rubinetti dorati a forma di pesci con bocche larghe e code intrecciate. E il grande tappeto della camera da letto, che è una quadro famoso, mi ha spiegato ridendo il signorino: non sfregare così tanto con la scopa, che le macchie di sangue nella sabbia non sono vere, sciocchina.

Parlami della camera da letto, diceva Java, e lei la descriveva come un sogno: la porta foderata di velluto, color melanzana, e la stanza lunga e il letto molto basso, e i lenzuoli di cotone filato, e il copriletto rosso e un solo cuscino. Sul soffitto, il fulgente lampadario di cristallo, un'esplosione di colli di cigno, poi il divano con le frange e foderato con una tela verde, a righe, e il paravento con

cherubini e nuvole di madreperla, il silenzioso tappeto e le scure sedie decorate, a una delle quali c'era sempre appeso un cordone viola con nappe e una cappa con fasce e un misterioso scudo nello schienale. Diverse paia di stivali da equitazione lucidati e disposti in batteria ai piedi dell'armadio, le pesanti tende color miele e i due balconi sempre chiusi, senza lasciar passare neanche uno spiraglio della luce del giorno.

-Come fai a sopportarlo, giorno dopo giorno dopo giorno?

-Non si muove per non dare fastidio, poverino. Come sembra serio alle prove, vero?, come sembra pesante e antipatico. Beh, è come un bambino, a casa, come un bambino spaventato. Ha paura di rimanere da solo, di farsi la pipì addosso o di raffreddarsi. Non permette a nessuno di vedere il foro nella gola, le brutte ferite della guerra, solo io gliele ho viste mentre gli cambiavo l'asciugamano, gli piacciono colorati e non è una mania, è allergico alle sciarpe di seta, non lo sapevi?

Un'altra chiamata e via a spingere la sedia a rotelle fino alla biblioteca: lì scrive le sue lettere, telefona all'amministratore, rivede i conti di sua madre, la riscossione degli affitti, archivia le fatture. Dicono che quasi tutte le case del quartiere sono della signora, oltre ai terreni di Las Ánimas e di Can Compte, che le furono requisiti durante la guerra e che adesso ha riavuto indietro. Ma Conradito ha molti dispiaceri, la gente non paga, l'ho sentito maledire per telefono, strillare, minacciare: in quei casi sembra un'altra persona.

A metà mattina la signora scende a trovarlo. Come sta, se ha bisogno di qualcosa, se vuole qualcosa di speciale per pranzo. A volte gli fa vedere la lista della spesa. Poi si distrae con quello che gli piace, legge testi di teatro, copia a macchina la parte di ciascun personaggio, decide a chi assegnarle e i costumi, a volte mi chiama per chiedermi se mi piacerebbe fare questa o quella parte, per provare, provarmi un abito. Si inventa i soggetti di recite che scriverà più avanti, si ispira con delle poesie, con delle canzoni.

-Lo scialle non ti sta bene. Toglitelo.

-Proviamo ancora.

Appoggiata all'uscio del bordello guardava accendersi la notte di maggio. Una mano sul fianco, nell'altra la sigaretta e un garofano ai capelli, il vestito a pois molto attillato, scollato e senza maniche. Passavano gli uomini e lei sorrideva, finché alla sua porta non si fermò il cavallo. Pastorella, mi dai il fuoco? Avanza di qualche passo, lascia scivolare dalle sue spalle lo scialle verde. Fai un giro intorno a me, con arroganza, la schiena dritta, così, la sigaretta non è una matita, la vita è una spiga, fermati, un po' larga di fianchi, unisci le gambe, così va bene. Bisogna cucire l'orlo, rammendare quelle calze, pitturare di verde quelle scarpe, fissare il tacco, il resto può andare. Peccato che tu non abbia gli occhi verdi, tesoro. Adesso vieni e io fuoco ti darò, non avere paura di fare male alle mie gambe, così, per favore.

-Lo faccio meglio quando so la parte a memoria….Per esempio, Magnolia.

-Non indossi niente sotto, Magnolia?

-Quello no, lì no, ho paura, straccivendolo.

-Tu sei Magnolia e io il soldato.

-Quello che dice lei.

-Vorresti concedermi un bacio finché riscuoto, donna, che so di andare oggi a morire? –cantava.

-E dove li trovi i vestiti? –domandò Java.

-Sua madre mi regala vecchi vestiti.

Se le gambe non gli fanno molto male, è allegro. Ma vi ha già detto la direttrice che quelle canzoni, disse Java, sono peccato. Beh, e allora, a lui piacciono e dice che no, che di questo non bisogna confessarsi. Verso mezzogiorno lo porta all'ascensore. Se non c'è corrente lo lascia seduto su una poltrona e porta la sedia a rotelle giù per le scale, lasciandola sul portone. Sale un'altra volta, lo avvolge nello scialle, lo prende in braccio, lo porta giù e lo mette a sedere sulla sedia. Se c'è il sole vanno a passeggio, ma con questo tempo di solito fanno qualche giro intorno all'isolato attaccati alle pareti, evitando i mulinelli di foglie secche, chiacchierando, provando: Uscimmo che era già molto tardi e andammo a passeggio per una Parigi antica, macchiata dalla luna. Lei ride.

-Magnolia, dimentica quella data e dimentica il mio nome, e cercati un uomo che tu possa amare.

-Piano, piano.

-Scusa, Magnolia, se per qualche istante il mio modo di essere ti ha illuso. Ricorda soltanto che sono un soldato e che forse non mi vedrai mai più.

Prendono una camomilla in qualche bar e al ritorno lo lascia con sua madre al terzo piano, lì mangia e passa il pomeriggio, a volte. Lei, dopo aver mangiato in cucina, ritorno alla Casa-famiglia e la mattina dopo si ricomincia.

-I giorni di pioggia e umidità sì che sono tristi. Gli si pianta il mento sul petto, gli si piega la schiena come a un vecchio, si vede che la mitraglia si muove dentro di lui e gli strazia i nervi. Affilate scheggie di mitraglia che gli girano intorno ai polmoni, che gli pungono il cuore e lo stomaco. All'inizio credeva di sentirla che si muoveva, la pallottola, ma sono le budella, gli piangono sempre le budella, è la mancanza di esercizio. Allora chiama il signor Justiniano, si chiudono nella biblioteca e giocano a scacchi; il sindaco ha con lui una pazienza infinita e gli vuole bene come a un figlio, si dispera quando lo attanaglia il dolore, l'ho visto piangere di nascosto dall'unico occhio che ha.

-E cosa succede di pomeriggio? Non vai mai di pomeriggio?

-A volte. A portarlo a passeggio dopo mangiato, ma torniamo subito a casa ad aspettare i suoi amici, per questo mi fa comprare qualcosa lungo il tragitto. Fanno merenda insieme.

Java rise, passandole il braccio intorno alle spalle e attirandola a sé.

-E chi sono i suoi amici, cosa fanno lì, cos'hai visto?

-Io niente. Non entro neanche. Lo lascio sulla porta…

-Dell'appartamento di sua madre o del suo?

-Del suo. Mi sorride e dice grazie, Magnolia, ora puoi andare.

-Ti ricordi di un pomeriggio che ti fece comprare degli involtini al tonno, ti ricordi che io ero nel bar?

-No.

-Tu sei scema o lo fai, ragazzina?

-Lasciami, mi fai il solletico. E finisci di pesare questa roba, che si fa tardi. – Restò in silenzio mentre lo guardava pressare con entrambe le mani la carta dentro il sacco, guardava il fazzoletto colorato nella sua nuca, i suoi capelli neri arricciati. Aggiunse-: E non credere che sia sempre così, un invalido da compatire, non credere che non si diverta. Ha degli amici che lo chiamano per telefono e che lo vanno a trovare con le loro fidanzate o amiche, gli raccontano le barzellette e lui ride; sai come lo chiamano per scherzo? Ex futuro cadavere, ciao, cadavere, gli dicono quando arrivano, ma non è un insulto né niente di simile, lui mi ha spiegato, in guerra si chiamavano così. A volte lo portano in campagna con la macchina, e conversano al caffè *El Oro del Rin,* e perfino…preparati perché ci rimarrai di stucco: perfino una di quelle porcherie ho trovato un giorno nel water, un preservativo. Ci sono rimasta di sasso pensando non può essere, non lui, sarà stato qualcuno dei suoi amici, credo che alcuni pomeriggi presti loro l'appartamento. Lo va anche a trovare spesso un suo amico intimo, il figlio del gioielliere della signora, e l'amministratore. Ma soprattutto il signor Justiniano, che gli fa le commissioni e gli racconta storie divertenti su un figlio suo che vive negli accampamenti giovanili. E con loro ride, si dimentica della sua disgrazia. Io, quando sto meglio è i giorni che abbiamo le prove a Las Ánimas e andiamo in taxi, come la domenica per andare a messa con sua madre. È un'altra persona quando il dolore gli da una tregua, davvero.

-Guarda che buon peso che vi faccio, poi non lamentatevi.

-Piantala, la tua bilancia non è truccata né niente, straccivendolo. Credi che ci succhiamo il pollice?

E tu, Sarnita, che ti vanti tanto di sapere tutto, di vedere tutto, prova a metterti nei panni della Fueguiña e a vedere dove ti rompi di più, spingi la sedia a rotelle, forza, sia con il freddo che con il caldo, portalo su e giù da un secondo che in realtà è un quarto contando il piano ammezzato e il piano nobile, forza, vedrai che piacere. Ma pensa anche che emozione condividere con lui le solennità della Parrocchia, la Pasqua e il Corpus, quando conduci la sedia sotto il palio, lui con la sua uniforme di gala e i suoi stivali scintillanti, alla sua destra il prete e alla sua sinistra la signora, tutti calpestando i tappeti di fiori e segatura colorata fatte dai

fedeli inginocchiati in strada tutta la vigilia, illuminandosi con lanterne e candele, pensa che bello andare con lui sotto il palio e avvolto dall'incenso e dai canti sacri. O per la Via Crucis del Venerdì Santo, ogni anno esce a percorrere le strade del quartiere; anche lui trasporta la pesante croce sulle spalle durante una stazione, sempre la nona: Gesù cade per la terza volta, perché sa che siamo tutti peccatori e allora dà l'esempio, il pezzo di legno ha il suo peso anche se i portatori lo aiutano e la Fueguiña spinge la sedia, tutti la guardano, i vicini affacciati dai balconi e da finestre alle quali sono appese trapunte viola e nere, impressionati di fronte al suo sforzo e vedendolo ogni anno più debole e rugoso ma che non gli tolgano la nona stazione; con l'uniforme e le cinghie e gli stivali alti sembra più agguerrito sotto la croce, tutti possono contemplarlo piacevolmente, visto che la comitiva fa una pausa in ciascuno degli altari improvvisati in corrispondenza dei portoni, e lui li conosce tutti, tutti gli devono dei soldi e dei favori perché le case in cui vivono sono della signora Galán, tutti si inginocchiano e si battono il petto quando passa lui. Signore, Signore, perdonaci. Lui sa che sono tutti lì e che percepiscono il suo potere e la sua forza ma non li guarda nemmeno, passa molto rigido dalla vita in su, le braccia incrociate sul petto decorato al valore e gli occhi bassi, concentrato in qualche intimo furore. E altre cose emozionanti ancora deve vivere la Fueguiña riparata dalla sua ombra protettrice, per questo non è strano che lo apprezzi, lo compatisca e lo difenda, anche tu lo difenderesti dalle nostre burle, Sarnita, anche tu arriveresti forse a affezionarti a lui e ti abitueresti a baciare la mano che ti ordina e ti palpa e ti manipola e ti picchia, perché è così che è un'orfana, sono tutte così: delle bambine senza casa e senza famiglia sospirando sempre per una casa e una famiglia.

Bibliografía

Antomarini, B. (2013). *La preistoria acustica della poesia*. Turín: Nino Aragno Editore.

Aristóteles (2002). *Poetica*. Turín: Einaudi.

Bal, M. (2002). *Descrizione, costruzione di mondi e tempo della narrazione.* In Il *Romanzo*, Vol. II, *Le forme*. Turín: Einaudi. pp. 189-224.

Barthes, R. (1982). *Il grado zero della scrittura*. Turín: Einaudi.

Gould Levine, L. (1979) *Si te dicen que caí: Un calidoscopio verbal*. In *Journal of Spanish Studies: Twentieth Century*. Vol. 7, No. 3 (Winter, 1979), pp. 309-327. Philadelphia: Society of Spanish and Spanish American Studies.

Garvey, D. (1980). Juan Marsé's *Si te dicen que caí: The Self-reflexive Text and the Question of Referentiality*. Vol. 95, No. 2, Hispanic Issue (Mar., 1980), pp. 376-387. Baltimora: John Hopkins University Press.

Marsé, J. (2007). *Adiós Muchachos.* Milán: Frassinelli.

Marsé, J. (2010) *Si te dicen que caí.* Barcelona: Cátedra.

Mounin, G. (1998). *Le problèmes thèoriques de la traduction.* Paris: Gallimard.

Ortega y Gasset, J. (2001). *Miseria e splendore della traduzione*. Génova: Il Nuovo Melangolo.

Praloran, M. (2002). *Il tempo nel romanzo.* In *Il Romanzo,* Vol. II*, Le forme*. Torino: Einaudi. pp. 225-250.